



ELLA WÜNSCHE

*Mi corazón
te seguirá*

DOS ÉPOCAS,
UN SECRETO
DEL CORAZÓN

Novela

MI CORAZÓN TE SEGUIRÁ

ELLA WÜNSCHE

CONTENTS

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Epílogo](#)

© 2019, 2025 Ella Wünsche

Todos los derechos reservados

Título: Mi corazón te seguirá

Autora: Ella Wünsche

Contacto: autorin@ella-wuensche.de

Diseño de portada: Daniel Morawek, utilizando imágenes de depositphotos.com (Vadmary, mazzzur, Veneratio, icholakov01) y Magnific/Mystic.

Traducción del alemán: Problem Solved

Edición digital: Marzo 2025

PRÓLOGO

*Frontera entre Alemania y Suiza
16 de diciembre de 1940*

La noche era fría y el cielo estaba despejado. La joven mujer aferraba con fuerza el volante de cuero, tanto que sus nudillos se tornaron blancos. Una y otra vez tenía que obligarse a mantener los ojos abiertos, pues estaba cansada por el largo viaje en coche. Por fin, una señal indicó que Lörrach estaba a solo dos kilómetros, la pequeña ciudad fronteriza que conectaba Alemania con la neutral Suiza.

Al llegar a la ciudad, intentó recordar el mapa que había estudiado tan minuciosamente antes de su partida. Ya había estado aquí una vez hace algunos años, aunque en tren y de día. Pero ahora eran más de las diez de la noche, las luces de las calles estaban apagadas desde hacía tiempo y las ventanas de las casas cubiertas con telas negras. A la luz de los faros apareció una señal que indicaba la dirección hacia el puesto fronterizo suizo. Precisamente ahí era donde no quería ir. Eso significaba que tenía que girar aquí para llegar a su destino.

Cuando por fin pudo ver el pequeño bosque, se detuvo al borde del camino rural. Las luces de los faros se apagaron. Por un momento no vio nada más que oscuridad, pero poco a poco sus ojos

se acostumbraron. A la luz de la luna podía distinguir claramente el bosque frente a ella. Miró a su alrededor una vez más. No se veían coches ni patrullas por ninguna parte. Finalmente, se giró hacia el asiento trasero y levantó la manta que lo cubría. En voz baja, casi inaudible, dijo: —Hemos llegado.

El joven se incorporó. La miró, con miedo y tristeza en sus ojos. Acarició suavemente su mejilla.

—Gracias.

Ella intentó sonreír, luego salieron del coche. Del maletero, él sacó una pesada mochila y se la puso sobre los hombros. Mientras corrían por el prado hacia el bosque, no dijeron ni una palabra. Solo cuando llegaron al borde del bosque, él dijo: —No sé cómo agradecerte por esto.

—Y yo no sé cómo vivir sin ti.

—Nos veremos en unas horas —prometió. Luego la abrazó y la besó.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Habían repasado el plan tantas veces. Él atravesaría el bosque y en pocos minutos estaría en Suiza. En libertad. Este tramo de la frontera era confuso y difícil de vigilar. Era poco probable que fuera detenido por los soldados fronterizos. Sin embargo, él había insistido en que ella no fuera con él, sino que condujera el coche hasta el paso fronterizo y entrara a Suiza de manera normal. Solo por si acaso, había dicho. A ella no le podía pasar nada, muy diferente a si la atrapaban en el bosque.

—¿No debería ir contigo después de todo? —preguntó ella.

—No te preocupes. Mañana por la mañana nos encontraremos en Basilea. Además, el coche nos será útil. Si lo vendemos, tendremos suficiente dinero para seguir viajando. —La abrazó y la besó una vez más—. Todo saldrá bien —dijo.

—¿Tú crees? —preguntó ella con voz temblorosa.

Él la miró con firmeza y asintió con tanta determinación que le dio nueva confianza.

—Tengo que irme ahora —dijo él.

Ella le apartó un rizo de la cara y asintió. Cuando ya había dado unos pasos, lo detuvo una vez más y lo besó. A lo lejos se oía la alarma aérea, pero no prestó atención al estridente sonido.

Probablemente era una falsa alarma. ¿Por qué bombardearían esta zona rural?

Él la abrazó una vez más y ella inhaló su aroma. Luego desapareció en el bosque.

Ella se quedó inmóvil por un momento, mirándolo alejarse. Luego emprendió el camino de vuelta al coche.

¿Qué dirían sus padres cuando se dieran cuenta, en uno o dos días, de que no volvería?

De repente, oyó el ruido de aviones que se acercaban. ¿Se habrían desviado los bombarderos de su ruta? Eso ocurría con frecuencia cuando los escuadrones volaban de noche sobre Alemania, pero con un poco de suerte simplemente pasarían de largo. Difícilmente bombardearían la neutral Suiza. Sin embargo, se apresuró a volver rápidamente al coche.

De repente, hubo un fuerte estallido en una de las colinas cercanas, seguido de varios más. El fuego de la boca de un cañón antiaéreo iluminó el cielo.

Sus piernas se movieron más rápido por sí solas. El rugido de los motores de los aviones se hacía cada vez más fuerte. En el siguiente momento, la primera bomba explotó, tal vez a doscientos metros de distancia en el campo. La onda expansiva la derribó.

CAPÍTULO 1

Heidelberg, Alemania
Presente

La nieve cubría las calles. Desafortunadamente, en los últimos días solo había llovido, por lo que debajo de la capa de nieve había una traicionera capa gruesa de hielo, sobre la cual ella había resbalado al bajar del tranvía. ¡Y eso con su nuevo abrigo de invierno! Era un abrigo de lana beige de corte sencillo y ajustado, y lo había elegido porque le daba un aire serio, según ella. Pero ahora no quedaba mucho de eso, ya que se balanceaba torpemente sobre los caminos congelados.

Nevaba cada vez más fuerte y se enfadó consigo misma por no haberse puesto un abrigo con capucha. Por suerte, su café favorito, el Café Sehnsucht, no estaba lejos. Siempre le había gustado el nombre: Sehnsucht. Sonaba un poco a nostalgia. A ensoñación y, por supuesto, al deseo de buena comida y el mejor café de la ciudad. Poco después, cruzó la calle con cuidado y entró en el acogedor local.

—¡Hola! ¿Lo de siempre? —preguntó Laura al reconocer a Eva.

La joven asintió. —Sí, un café con leche, por favor.

Se colocó en su lugar habitual en la barra. Normalmente no tenía tiempo para sentarse en una mesa y reflexionar cuando venía. Solo

necesitaba la cafeína para despertarse. Después, generalmente se dirigía a su trabajo en la redacción, que se encontraba en una calle lateral, pero hoy primero tenía que ir a una cita de investigación. Sin embargo, el café se había convertido tanto en su segunda sala de estar que no se privaba de hacer una breve parada aquí, incluso si significaba un desvío.

—¿Está sucio mi abrigo? —preguntó mientras Laura preparaba el café detrás del mostrador.

Ella la miró desconcertada. Cuando Eva repitió su pregunta y se dio la vuelta, Laura la inspeccionó por todos lados. —Aquí en el costado está mojado. ¿Te has caído?

Eva asintió. —Sí, las calles están como un espejo y me he caído.

Laura asintió con empatía. —Yo también me he agarrado a las vallas después de bajar del coche.

Ambas se rieron.

—La mancha mojada seguramente se secará pronto —la consoló Laura—. El abrigo es realmente bonito.

—Gracias.

—Tan elegante —añadió la dueña del café.

—Todo mi sueldo de pasante se ha ido en él.

Laura asintió con comprensión.

—Espero que los colegas me tomen un poco más en serio con él. También me he recogido el pelo en un moño a propósito.

Laura sonrió. —Te queda mejor el pelo suelto, pero ciertamente pareces más seria. Un poco como una profesora.

Eva sonrió y explicó: —¿Sabes? Ya no tengo ganas de escribir constantemente sobre estos aburridos romances de farándula y temas regionales.

—Bueno, a mí me gusta leer sobre farándula —dijo Laura—. Y la gente se toma muy a pecho los temas regionales.

—Pero escribir una y otra vez sobre el nuevo peinado de celebridades locales de tercera categoría, solo porque una vez estuvieron en un programa de casting, o la historia exclusiva del hogar de la princesa del carnaval, es tan... —Eva bostezó.

—Eres joven, esto es solo el comienzo —la consoló Laura.

—Eso crees tú, tengo colegas que llevan veinte años escribiendo lo mismo. Tal vez debería pasarme a la televisión —suspiró Eva con resignación.

—Allí tampoco es mejor. No te preocupes. Eres ambiciosa, ya encontrarás tu camino.

—Deseo por fin una historia que atrape a los lectores, ¿y sabes qué me toca hacer hoy? —Laura negó con la cabeza—. Entrevistar a una centenaria.

—Eso es genial. Tal vez tenga algo emocionante que contar.

—Eso espero. Pero con mi suerte, improbablemente ni siquiera recuerde su nombre! En cualquier caso, el alcalde de Eppenheim estará allí para entregarle un ramo de flores. Luego le haré algunas preguntas. ¿Cómo se sentirá uno al ser tan mayor?

Eva tomó un gran sorbo de café.

—Probablemente no muy bien físicamente —opinó Laura.

Eva asintió, tomó otro sorbo, miró su reloj y dijo con pesar: —Tengo que irme.

Tomó el tranvía hacia Eppenheim, en realidad un municipio independiente, pero tan cerca de Heidelberg que todos hablaban de Heidelberg-Eppenheim. Se bajó en Jakobsgrasse y caminó hacia un viejo edificio de apartamentos. Frente a la puerta estaba Tom, el fotógrafo de la editorial, fumando un cigarrillo. Se saludaron con un beso al aire fugaz. El cálido olor a cigarrillo y café llegó a la nariz de Eva y se sintió mal.

—¿Ya llegó el alcalde? —preguntó.

—No he visto a nadie y llevo quince minutos aquí.

—¿Tan temprano?

—Mi esposa me dejó aquí, necesitaba el coche. Tengo que ir directo a tomar unas fotos con Freddie después.

Ella asintió.

—Te ves diferente hoy —dijo el fotógrafo.

—¿Ah, sí? —respondió ella, tratando de sonar lo más casual posible, como si no supiera a qué se refería.

El hombre de mediana edad sonrió y no dijo nada más. Ella lo observó más detenidamente. Su colega parecía como si estuviera a

punto de salir de excursión, llevaba una gruesa chaqueta funcional y botas de senderismo voluminosas.

—Vamos a entrar, así no tendré tanto estrés para encontrar el mejor ángulo cuando llegue el alcalde.

Eva asintió y presionó el timbre con la inscripción *Selig*. Poco después, la puerta principal se abrió y entraron al pasillo. En el primer piso se abrió la puerta de un apartamento, en la que estaba un hombre de unos sesenta años.

—Buenas tardes, ¿son ustedes del alcalde? —preguntó.

—Somos del periódico, pero el alcalde también vendrá pronto —respondió Eva.

El hombre asintió y los invitó a acercarse con un gesto.

Poco después, Eva y Tom entraron en el espacioso apartamento.

—Me llamo Karl Beier. Mi tía está en la sala de estar —dijo el hombre.

Eva y Tom lo siguieron. La sala de estar estaba decorada a la antigua. En un sillón orejero verde oscuro estaba sentada una anciana con cabello blanco y fino. Llevaba unas gafas gruesas y sus ojos azul claro parecían algo agrandados por los cristales gruesos. Muy diferente a lo que Eva había esperado, su mirada no era en absoluto ausente, sino despierta y clara.

—¿Quién es usted? —preguntó la señora Selig, sin saludar a los visitantes.

—Mi nombre es Eva Daniels y este es el señor Kaiser, el fotógrafo, somos del periódico —dijo ella, esbozando su sonrisa más amable.

—¿Y qué quiere el alcalde de mí? —preguntó la anciana.

Eva se encogió de hombros.

—Seguramente traerá un ramo de flores para felicitarla como una de las habitantes más longevas de la ciudad. Y yo escribiré sobre usted.

Se quitó el abrigo, pues empezaba a sentir calor. Era evidente que a la señora Selig le gustaba tener bien caldeado su apartamento.

La anciana tenía las manos cruzadas sobre su regazo.

—Aunque me gustan las flores, preferiría una tarta, al menos podríamos comerla ahora mismo. Ya he recibido suficientes flores.

La señora Selig señaló la parte trasera de la habitación, donde varios ramos de flores adornaban dos cómodas, dos mesas y un alféizar.

Eva sonrió.

—¿Y no ha recibido ninguna tarta de cumpleaños?

La señora Selig se encogió de hombros.

—Y si la recibí, no lo recuerdo. Hubo un trozo de pastel.

—Tía, demasiado azúcar no es bueno para ti —intervino el señor Beier—. ¿Y qué harías con una tarta entera? Ya te traje dos trozos de tu pastel favorito.

—No, de tu pastel favorito —replicó la señora Selig—. A mí me gusta más el pastel de queso con nata o el pastel Donauwelle.

El señor Beier sonrió algo avergonzado y se rascó la nuca. Sus escasos cabellos grises enmarcaban su cabeza como una corona.

—Su sobrino parece preocupado por su salud —intentó mediar Eva, aunque en realidad le parecía una desfachatez no haberle conseguido una tarta de su gusto a la pobre mujer que había logrado alcanzar la marca de los cien años.

Como una niña pequeña, la señora Selig puso los ojos en blanco y respondió:

—Como si el azúcar importara a estas alturas.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta. El señor Beier se apresuró a abrir. Le oyeron saludar al alcalde con gran amabilidad. Sonaba mucho más entusiasmado que cuando ellos habían llegado.

—Lameculos —murmuró Tom mientras rodeaba el sillón orejero, intentando encontrar el mejor ángulo para un retrato—. Y ahora una sonrisa, por favor.

La señora Selig lo miró y comentó con sorna:

—Menos mal que mi dentadura postiza brilla tanto —Luego sonrió a la cámara.

El alcalde fue breve pero amable. Su traje a medida y su corte de pelo impecable le indicaron a Eva que este puesto era solo un paso intermedio hacia una gran carrera en Berlín. Venía acompañado de su jefe de prensa, quien también tomó algunas fotos.

Con galantería, entregó a la anciana un ramo de flores desproporcionadamente grande, tras el cual la menuda mujer casi desaparecía. Miró nervioso su reloj mientras felicitaba a la señora Selig por este acontecimiento tan especial en su vida. Luego posó sonriente junto a ella para una foto, y el señor Beier se apresuró a unirse.

El alcalde hizo a la señora Selig algunas preguntas de rigor:

—¿Qué planes tiene para el futuro? —y— ¿Cómo se siente uno con cien años?

Sin embargo, como la mayoría de las personas con prisa, ni siquiera esperó su respuesta, sino que dijo directamente:

—La próxima vez espero tener más tiempo y podremos charlar un poco más.

—Pero entonces con pastel —respondió la anciana con firmeza.

—Por supuesto —Le dio una palmadita en el hombro—. Por cierto, también es un honor para mí hablar con usted como testigo de la época, como hija de un miembro de la resistencia.

Por un momento, la anciana pareció sumirse en sus recuerdos. Sus ojos azules brillaron húmedos. Pero sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz fuerte del alcalde.

—Querida señora Selig, le deseo un día maravilloso! Siga celebrando un poco más, pero no demasiado, y hasta pronto.

Estrechó la mano de todos con firmeza y se despidió, manteniendo su sonrisa amable. El señor Beier acompañó a los ilustres invitados a la salida.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas más? —preguntó Eva.

—No tengo mucho que hacer, así que pregunte —respondió la señora Selig.

Mientras Eva miraba a la anciana, se le ocurrió una idea.

—Un momento, por favor —se disculpó.

Se acercó a Tom y le susurró algo al oído.

Él suspiró y objetó:

—Tengo que estar en Mannheim en una hora.

Eva lo miró con ojos de cachorro suplicante, y Tom puso los ojos en blanco.

—Está bien, ¿tienes dinero?

—Eh, claro —Sacó veinte euros de su cartera y Tom se despidió de las dos mujeres con un gesto mientras se dirigía hacia la salida.

—¿Qué está tramando? —preguntó la señora Selig algo desconcertada.

—Un secreto —respondió Eva con una sonrisa.

La anciana se rio y Eva casi pudo imaginar cómo debió haber sido de joven, sin las arrugas, rubia, con sus ojos azules que entonces probablemente brillaban aún más que ahora. Su boca pequeña armonizaba con su rostro ovalado. Sin duda debió haber sido muy guapa.

—¡Me encantan los secretos! —exclamó la señora Selig.

—A mí también —respondió Eva guiñándole un ojo.

—¿Y ahora quiere saber más de mí? ¿Solo porque he vivido tanto?

—Es poco común que las personas lleguen a los cien años.

—Es cierto, pero tampoco es tan agradable. Todos mis amigos ya han muerto, no me queda nadie más que Karl.

Eva miró a la anciana. ¡Qué sola debía sentirse! Echó un vistazo a su lista de preguntas. Había anotado algunas frases típicas: *"¿Cómo hay que alimentarse para llegar a los cien? ¿Hace deporte? ¿Era todo mejor antes?"*

Comenzó con el primer punto de su lista.

—¿Cómo se siente al cumplir cien años?

La anciana respondió con tristeza:

—Tal vez se sentiría bien si estuviera en el cuerpo de una mujer de sesenta años y tuviera a todos mis seres queridos a mi alrededor. Pero así... solo es una espera... —Suspiró—. ...una espera por el alivio final.

En realidad, la segunda pregunta de Eva habría sido: *"¿Tiene algún consejo especial para nuestros lectores sobre cómo llegar a esta edad?"* Pero le pareció demasiado banal considerando lo que la señora Selig acababa de decir. Cerró su cuaderno de notas y en su lugar preguntó:

—¿Quiénes eran sus seres queridos?

—Ay, algunos ya no están desde hace tanto tiempo que apenas los recuerdo —respondió la señora Selig con tristeza.

Eva asintió nuevamente. —Hay muchas fotografías en su cómoda. ¿Le gustaría contarme algo sobre ellas?

Eva señaló el hermoso mueble antiguo de madera oscura, sobre el cual se alineaban imágenes de diferentes décadas.

—Esas son solo las piezas de exhibición y están llenas de polvo.

El señor Beier volvió a entrar. —Tía, y señora... eh, ¿cómo era su nombre?

—Eva Daniels.

—¿Desean algo de beber?

—Yo quiero un jugo, de uva, pero por favor que no esté muy frío, si no me dolerá la garganta —respondió la anciana.

—Para mí solo un vaso de agua, por favor.

El señor Beier asintió y salió por una segunda puerta que evidentemente conducía directamente desde la sala a la cocina.

—En la cómoda hay álbumes de fotos, allí encontrará toda mi vida —continuó la señora Selig, como si nunca las hubieran interrumpido.

Eva se levantó y abrió el armario. Descubrió al menos quince álbumes.

—Hay tantos aquí, ¿cuál debo tomar?

—Los dos primeros.

Eva sonrió. Sacó un grueso libro verde oscuro con encuadernación de cuero y grabados en oro. Sus padres también tenían álbumes así. *Esto podría ser una larga entrevista, pensó. Pero qué más da, no tengo citas de investigación después y simplemente explicaré que tardé una hora más.*

Eva lo consideró una buena acción, hacer compañía a una anciana solitaria en su cumpleaños y escuchar las historias que sus familiares probablemente ya no podían oír. Acercó el segundo sillón, más pequeño, al de la señora Selig y le colocó un álbum en el regazo.

El señor Beier regresó con dos vasos.

—Aquí están las bebidas. Tía, tengo que irme otra vez. En dos horas llegará la comida a domicilio y esta noche el servicio de enfermería. Aquí están tus controles remotos. Si pasa algo, simplemente presiona el botón rojo, ¿de acuerdo?

Señaló su muñeca, donde la señora Selig llevaba una pulsera con un botón rojo. Luego, el hombre le dio unas palmadas en la espalda a la anciana, tan torpes como las del alcalde, y se fue.

—Qué amable que su sobrino se preocupe tanto por usted —comentó Eva cuando él se había ido.

—Solo estaba aquí porque es mi cumpleaños y el alcalde quería venir. Probablemente espera heredar algo.

¿Estaba amargada la anciana o el señor Beier realmente tenía motivos deshonestos? Eva no lo sabía y simplemente asintió de manera indeterminada. Justo cuando había abierto la primera página del álbum de fotos, sonó el timbre de la puerta.

—No había tenido tantas visitas en años —dijo la señora Selig.

Eva pensó que la dama tenía cierto sentido del humor. Se levantó para abrir. Era Tom, que sostenía una caja con pasteles.

—Ahora me debes una grande —dijo, le entregó el cambio y desapareció.

Eva le gritó: —Eres un sol, gracias.

Cerró la puerta y llevó la caja a la sala. La anciana la miró sorprendida.

—Creo que un cumpleaños tan especial debe celebrarse como corresponde —explicó Eva.

Abrió la caja, que contenía diferentes trozos de pastel.

—Mi colega no pudo conseguir un pastel entero, pero definitivamente hay tarta de queso y crema, y Donauwelle.

La señora Selig miró incrédula el pastel. —¿Apenas me conoce y compra esto para mí? —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, sabe, yo también tenía ganas de pastel, especialmente de Donauwelle.

—Soy Margarethe —dijo la señora Selig en lugar de una respuesta, con una sonrisa alegre—. Puedes llamarme Grete.

—Eva —respondió la joven. Luego dijo—: Voy a buscar platos, ¿de acuerdo?

Grete asintió y Eva fue a la cocina. El mobiliario probablemente era de los años sesenta, funcional, no del todo de su gusto. La estufa y el refrigerador eran nuevos. Descubrió la vajilla en un

armario de madera. Sacó dos platos, una pala para tartas y tenedores de postre.

—¿Qué le gustaría primero? —preguntó a la anciana.

La señora Selig señaló la tarta de queso y crema. Eva tomó un trozo de Donauwelle.

—Se ve delicioso —suspiró Grete.

Cuando Eva le entregó el plato con el pastel, pudo ver que sus manos temblaban. Sin embargo, inmediatamente se llevó un trocito a la boca y suspiró con deleite. No hablaron hasta que se comieron la última miga. Después, Eva volvió a colocar el álbum en el regazo de la anciana.

—Ahí están los recuerdos de los primeros años de mi vida —dijo Grete, y su mirada pareció divagar hacia el pasado—. A veces es como si hubiera sido ayer.

Con un asentimiento, la anciana instó a Eva a abrir el álbum. —Esa soy yo de bebé con mis padres. Elisabeth y Fridolin. Mi padre era pastor y un hombre tan fino. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no lloró—. Yo era la segunda y última hija de mis padres. Mi hermano era siete años mayor.

La foto mostraba a una hermosa mujer joven y a un hombre de unos treinta años, que sostenía a un bebé que miraba con escepticismo a la cámara, vestido con un traje de bautizo blanco. Los padres tampoco sonreían, como sería el caso en las fotos modernas, sino que parecían más bien serios.

—¿Esa es usted?

Grete se rio. —Era un bebé adorable.

Eva sonrió. —¿Fue en su bautizo? —preguntó.

La anciana asintió.

Siguieron pasando las páginas. Había fotos de los primeros días de escuela de su hermano y de ella. En una imagen, toda la familia estaba de pie frente a un edificio de ladrillo, al lado había pegada una foto de Grete y una niña más o menos de su misma edad.

—Esa es mi prima Eva.

—¡Se llamaba igual que yo! —exclamó Eva.

—Sí. Y también tienes algo de ella. Era mi mejor amiga cuando éramos niñas.

Parecía que los pensamientos de Grete se desviaban hacia recuerdos tristes, así que Eva señaló a la otra niña en la foto y preguntó: —¿Y esa es usted?

—Sí, eso fue en nuestra confirmación.

Las chicas en la foto tenían alrededor de catorce años, lo cual tenía sentido, ya que a esa edad los niños en la iglesia protestante hacían su profesión de fe pública en la ceremonia de confirmación, una celebración que tradicionalmente se festejaba a lo grande entre los protestantes. En consecuencia, las jóvenes en la foto llevaban vestidos oscuros muy elegantes. Ambas tenían el cabello recogido, como correspondía a la ocasión. Grete era rubia, su prima tenía el pelo oscuro y una sonrisa bonita y encantadora.

—Éramos inseparables. Nuestras madres eran hermanas. Los primeros años de su vida los pasó en Karlsruhe, pero cuando tenía ocho años, se mudó con su familia a Heidelberg. Su padre a menudo estaba desempleado, así que la familia se quedó con nuestra abuela común.

—¿Aún vive? —preguntó Eva y al momento siguiente se mordió los labios. ¿Qué tan probable era que la amiga de la infancia también hubiera llegado a los cien años?

Grete se encogió de hombros y de nuevo sus ojos se llenaron de lágrimas. —No lo sé. Creo que no. Ni siquiera sé por qué el buen Dios me mantiene aquí tanto tiempo.

Eva observó la fotografía amarillenta, que tenía un patrón de pequeños triángulos en el borde.

—¿No lo ve como un regalo? —preguntó Eva.

Grete soltó un áspero "¡Ja!", como si Eva acabara de contar un mal chiste. —Todos mis seres queridos están muertos, y desde hace mucho tiempo, y estoy completamente sola aquí. Ya conociste a Karl. Es el único que me queda. —Miró a Eva fijamente a los ojos y preguntó—: ¿Cómo puede ser eso un regalo?

La joven no supo qué responder y por eso rápidamente cambió de tema: —Cuénteme sobre los buenos años, sobre su infancia.

Grete asintió y cuando sonrió, pareció como si esa época volviera a estar presente ante sus ojos.

—Mi infancia fue hermosa, maravillosa —dijo en voz baja—. ¿Habrá alguien más que haya tenido una infancia tan hermosa?

Su voz sonaba vieja y frágil, y aun así Eva la escuchaba con gusto. Se preguntó cómo se vería ella misma a esa edad y cómo sonaría su voz. En cualquier caso, ya no se podía reconocer mucha similitud entre la joven confirmante de cabello rubio en la foto y la anciana sentada a su lado.

—Vivíamos en Heidelberg en una hermosa casa parroquial —contó Grete—. Nos iba bien. Mi hermano y yo tuvimos una infancia despreocupada. Los pastores eran muy respetados en aquella época y no nos faltaba nada. La casa parroquial era un edificio grande e imponente justo al lado de la iglesia. Y en aquel entonces, mucho más que hoy, era el centro de la comunidad de la iglesia y un punto de referencia para las necesidades de la gente del barrio. Los domingos, nuestra casa parroquial siempre olía a pastel recién horneado. Mi madre solía hacer un pastel de manzana. Entonces la cocina olía maravillosamente dulce a manzanas, almendras y una pizca de canela. Y a veces también horneaba una tarta de queso y nata, siguiendo una vieja receta familiar. La crema era tan maravillosamente ligera y suave.

Grete tuvo que sonreír. —Esa ya era mi tarta favorita en aquel entonces —dijo—. A menudo jugábamos con otros niños en la calle frente a la casa. Pero cuando Hitler llegó al poder, las cosas se volvieron más difíciles. No fue fácil para mi padre, porque los nazis no eran amigos de la iglesia. En el vecindario vivía un profesor universitario que era como un padre para el mío. Y era judío. Tenía cuatro hijos, tres mayores y uno tardío. Emil era aproximadamente un año mayor que yo. Jugábamos juntos casi todos los días. Cuando Eva se unía, nuestros juegos favoritos eran papá-mamá-bebé o la gallinita ciega.

Grete sonrió al recordar aquella época.

CAPÍTULO 2

Heidelberg Weststadt, Ciudad al Oeste, verano de 1927

La estrecha calle estaba desierta. Solo unos cuantos gatos, en busca de algo comestible, merodeaban por el empedrado. De no ser por los grandes y viejos castaños, la calle no se habría diferenciado de otras en el barrio. Eran los árboles los que le conferían cierta elegancia. Frente a las grandes casas de estilo modernista, había aparcado un único automóvil, una flamante limusina Mercedes Tipo 400 de seis plazas. Pertenecía al profesor Jakob Rosenbaum. Siempre que podía, volvía a casa al mediodía para comer con su familia. La mayoría de los otros padres estaban en el trabajo y las mujeres se sentaban solas con los niños a la mesa, generalmente en la cocina, ya que la mesa del comedor solo se usaba los domingos y cuando venían visitas.

Todas las casas tenían jardines delanteros cuidadosamente atendidos. Casi parecía que hubiera una competición de jardines en la calle. El tipo de plantas era similar, pero cada ama de casa intentaba dar un toque personal a su casa con algunos detalles. Al final de la calle se encontraba la casa parroquial y detrás de ella la iglesia, cuyo portal de entrada daba a la calle paralela más grande. La iglesia de Cristo era un edificio joven, construido a principios de

siglo, cuando el barrio oeste de Heidelberg se desarrolló como nueva zona residencial.

La casa parroquial era un imponente edificio modernista de dos plantas con salas comunitarias en la planta baja y la vivienda del párroco en el primer piso. De repente, se abrió la puerta y una niña pequeña de unos seis años salió corriendo a la calle. Se abrió una ventana en el piso superior y la madre de la niña le gritó: —¡No te ensucies, Grete!

La niña asintió con entusiasmo. —¡Sí, mamá! —gritó en respuesta y bajó corriendo por la calle. Se detuvo junto al automóvil negro de los Rosenbaum al otro lado de la calle y se miró en el cristal, cuando de repente alguien gritó —¡Bu! Grete se sobresaltó y al fondo se oyó la risa maliciosa de un niño.

—¡Emil, tonto! ¡Qué susto me has dado! —gritó ella enfadada, pero Emil solo se rio con picardía. Llevaba pantalones cortos, calcetines hasta la rodilla y una camiseta a rayas.

—¡A que no me pillas! —la desafió.

Ambos corrieron gritando alrededor del coche cuando Emil chocó con otra niña que caminaba por la calle y que, por la fuerza del impacto, cayó al suelo. Emil y Grete se detuvieron asustados, mientras los grandes ojos marrones de la otra niña se llenaban de lágrimas.

—¡Evi! —exclamó Grete sorprendida. Era su prima, que se había mudado a Heidelberg hacía dos semanas. Desde la casa parroquial ya veía a la madre de Eva corriendo hacia ellas.

—¿Ya has ensuciado la falda nueva? —gritó esta enfadada.

—No es culpa suya, yo la empujé —dijo Emil valientemente, y Grete pudo ver que estaba nervioso.

—¿Quién eres tú? —preguntó su tía.

—Emil, vivo aquí —señaló la casa justo detrás de ellos.

La madre de Eva miró brevemente la casa y luego a él. —Si vuelves a empujar a mi hija, te llevarás una bofetada, ¿entendido?

Emil asintió.

—Tía Johanna, no fue a propósito, solo estábamos jugando —intervino Grete.

Su tía la miró y sonrió. —Bien, voy a entrar a ver a tu madre y tú te aseguras de que Eva no se ensucie.

Grete asintió obedientemente. Mientras tanto, Eva se había levantado y se sacudía el polvo de su falda azul oscuro. Emil la observaba a escondidas. Cuando su madre desapareció en dirección a la casa parroquial, dijo tímidamente y en voz baja: —Lo siento.

Eva se encogió de hombros. —De todos modos, no me gusta esta tonta falda —dijo, y la tensión general se disipó en risas.

—Esta es mi prima Eva —presentó Grete—. ¿Queremos jugar al escondite?

Los otros asintieron. Más tarde jugaron a la gallinita ciega y finalmente Emil sacó su colección de canicas. El tiempo pasó volando. La madre de Emil les trajo limonada y los niños hicieron una competición para ver quién podía beber más rápido. Emil iba ganando, pero entonces se rio y se atragantó, así que al final ganó Eva.

Entonces las niñas oyeron las voces de sus madres. —¡Grete!, ¡Eva! —gritaban alternativamente.

Obedientemente, las dos corrieron hacia la casa parroquial sin despedirse. Emil las vio alejarse. Entonces Eva se dio la vuelta una vez más y le sonrió para despedirse. Eso era todo lo que necesitaba. Feliz y con pequeñas luciérnagas en el estómago, corrió a casa.

El resto del día no pudo dejar de pensar en la niña de ojos oscuros. Escuchó la conversación de sus padres durante la cena solo a medias; se trataba de política, como tan a menudo últimamente.

—¿Qué crees, permanecerá este Hitler en prisión? —preguntó la madre de Emil, una mujer morena de facciones delicadas.

—Apenas puedo imaginar que haya gente que realmente lo vote a él y a su partido. Sobre todo después de ese libro absurdo que escribió durante su encarcelamiento. Solo espero que mucha gente lo lea. Eso les abrirá los ojos.

—Está en contra de nosotros, los judíos —dijo Esther pensativa mientras cortaba un trozo de su patata.

—Muchos lo han estado. Ha habido tantos pogromos en la historia. Pero ahora somos una democracia, algo así ya no puede suceder —intentó tranquilizarla el padre.

—Mi abuela siempre decía que los seres humanos son capaces de todo.

—Ay, Esther, tu abuela siempre veía lo malo en todo. Además, somos alemanes. No te preocupes.

Esther miró a su marido. Era un profesor respetado, seguramente sabía más que ella sobre la situación política. Probablemente tenía razón y ella se preocupaba demasiado.



En el tiempo que siguió, los tres niños se vieron con más frecuencia. La tía de Grete visitaba a menudo a su hermana y siempre traía a su hija. La mayoría de las veces, las mujeres se sentaban en la cocina y hablaban. La madre de Eva hablaba mucho y la madre de Grete, como esposa del párroco, estaba acostumbrada a escuchar. Su marido era el consejero espiritual de los hombres, ella la confidente de las mujeres. Y como las mujeres hablaban mucho más fácilmente de sus problemas, muchas más personas buscaban su consejo, un oído atento y una taza de café que los que acudían a su erudito marido.

A menudo, durante las conversaciones con su madre, Grete veía a su tía sacar un pañuelo del bolsillo y secarse las lágrimas. También el nombre de su marido salía a relucir una y otra vez. La pobre tía, su marido realmente le hacía la vida difícil.

A Grete no le caía bien. Era muy estricto y la mayor parte del tiempo se enfadaba por algo o alguien. Se alegraba de que Eva viniera solo con su madre, aunque el tío Albert una vez más no tenía trabajo y, por lo tanto, en realidad tenía tiempo.

Por las noches, Grete a menudo escuchaba a escondidas cuando sus padres conversaban. Entonces su madre le contaba a su padre un poco sobre los problemas de su hermana, no los detalles contados en confianza, sino lo que era obvio, como el desempleo del cuñado.

—Ay, cariño, tu hermana es una mujer agradable, pero ¿por qué tuvo que elegir precisamente a este Albert...?

—Hace diez años aún se veía muy bien y ella era joven —defendió Elisabeth a su hermana.

—La última vez incluso elogió a ese Adolf Hitler —comentó su padre con ira contenida.

Su esposa se encogió de hombros y respondió despreocupadamente: —Ah, ya se le pasará.

—Él piensa que Hitler defiende a los desfavorecidos y cree que los judíos nos están quitando todos los buenos trabajos. —Fridolin se rio irónicamente—. Los judíos ciertamente no tienen la culpa de que él sea pendenciero y perezoso.

—¡Frido! —lo reprendió ella—. No delante de los niños.

—Disculpad, niños, espero que no hayáis escuchado.

Grete y su hermano negaron con la cabeza.

—No, no he oído nada —respondió su hermano, y Grete lo miró sorprendida. ¿Sería cierto?

—Quiero que el contenido de esta conversación no salga de aquí —les advirtió su padre.

Los niños asintieron obedientemente y su padre no dijo nada más.

A la madre de Eva le sentaban bien las visitas a su hermana y, para alegría de Grete, se convirtieron en reuniones semanales que duraban varias horas y generalmente tenían lugar los jueves. Emil siempre esperaba a sus compañeras de juego en la valla de la iglesia después del almuerzo. De vez en cuando, las mujeres salían a la calle para ver cómo estaban los niños. Entonces conversaban con la madre de Emil. Esther y Elisabeth eran buenas amigas, al igual que Fridolin y Jakob.

Un día, después de despedirse de Esther, la madre de Eva preguntó: —Oye, ¿son judíos?

—¿Por qué? —Elisabeth la miró sorprendida.

—Bueno... *Jakob, Esther.*

—¿Es eso importante?

Su hermana se encogió de hombros. —Solo porque Albert dice que ellos tienen la culpa de toda la miseria en el país.

—¿Desde cuándo escuchas todo lo que dice tu marido? —preguntó Elisabeth enojada—. Son nuestros amigos y no quiero que

hables mal de ellos.

—No lo he hecho. —Su hermana puso los ojos en blanco—. Solo pregunté si... —Hizo un gesto con la mano—. Da igual.

A los niños no les interesaban estos problemas de adultos. Emil, Eva y Grete simplemente esperaban con ansias las tardes juntos. Emil a menudo le preguntaba a Grete cuándo volvería Eva. En ese entonces, ella pensaba que simplemente se divertía más jugando los tres. Solo más tarde comprendió por qué lo hacía.

CAPÍTULO 3

Presente

—Creo que Emil ya estaba enamorado de Eva en ese entonces, aunque habíamos acordado firmemente que nunca nos enamoraríamos —contó la anciana mirando a Eva.

—Suenas como una infancia realmente hermosa —comentó Eva en lugar de una respuesta.

—Emil y yo ciertamente tuvimos una buena infancia, pero para Eva fue algo diferente. Sus padres discutían con frecuencia, el dinero era un problema. Sin embargo, ella no nos contaba nada de eso en aquel entonces. Al contrario, a menudo parecía incluso de mejor humor que nosotros. Yo solo sabía de los problemas en su casa por las conversaciones de mis padres. Ellos...

Grete se interrumpió cuando de repente sonó música.

—Oh, disculpe, es mi teléfono —dijo Eva. Rebuscó en su bolso, pero no encontró el móvil de inmediato—. Ah, aquí está —murmuró. Miró la pantalla y se disculpó—: Oh, tengo que atender un momento. —Eva, hola.

Asintió y dijo: —Sí, estaré en la oficina en una hora. —Luego colgó.

—Ya es muy tarde, querida Grete. Lamentablemente, tengo que irme —dijo con pesar.

—Que ustedes los jóvenes siempre obedezcan a ese teléfono. Si alguien me lo hubiera profetizado hace cincuenta años, no lo habría creído.

Eva se encogió de hombros. —La maldición y la bendición de la modernidad.

—Fue agradable que me escuchara —suspiró Grete.

—Volveré con mucho gusto. Su historia es fascinante.

—Muchos han dicho eso y luego nunca los volví a ver.

Eva la miró con una sonrisa pícaro. —Volveré, porque amo el pastel de crema tanto como usted —prometió.

Grete la miró escrutadoramente, como si quisiera decir: "Quién sabe si puedo creer eso".

Cuando Eva se despidió y cerró la puerta tras de sí, la invadió la tristeza. ¿Cómo se sentiría ser tan mayor y además tan sola? Pensó en qué se podría hacer contra la soledad. Seguramente habría clubes para personas mayores. Pero, ¿Grete aún estaba en condiciones de salir? Tenía que averiguarlo la próxima vez sin falta.

Cuando llegó a la redacción, la oficina estaba vacía. Todos estaban con el jefe en la sala de reuniones, le explicó Milena, la recepcionista. —Se trata otra vez de reinventarse. —La joven se encogió de hombros—. Entra tranquila.

Eva se quitó el abrigo, se deslizó en la sala de reuniones y se colocó justo en la puerta.

—¡Ah, aquí está nuestro futuro periodístico! —exclamó su jefe Martin a modo de saludo. Tenía casi sesenta años y, en su opinión, poco talento para la redacción y los contenidos. Solo había podido fundar su editorial porque sus padres eran adinerados. Sin embargo, tenía sentido para los negocios. El producto principal de la editorial era un semanario regional con una gran sección de publicidad, que se distribuía gratuitamente a los hogares de Heidelberg, Mannheim y alrededores. En algunos municipios más pequeños, había cerrado contratos con las autoridades locales que les permitían integrar sus boletines municipales con las notificaciones oficiales en la parte principal de su semanario, a cambio de un pago. Por supuesto, también vendía servicios de redacción a los municipios y hacía que

sus empleados escribieran los textos, por ejemplo, cuando un alcalde visitaba a algún homenajeado, como hoy.

Eva suspiraba internamente cada vez que entraba en la sala de redacción y escuchaba los temas que le esperaban en los próximos días. ¿Era realmente esta la razón por la que se había convertido en periodista?

A pesar de muchas historias con mujeres en el pasado, Martin se comportaba de manera más bien paternal con Eva. Bueno, era amigo de su padre y probablemente esa era una de las razones por las que había conseguido el puesto de aprendiz.

—¿Y bien, cómo fue con la centenaria?

—Bien —respondió Eva escuetamente.

—¿Cuántos segundos tardó el alcalde en largarse? —preguntó un colega, y los demás se rieron.

—Estuvo al menos cinco minutos —respondió ella.

—Bueno, entonces tienes material de sobra —se alegró Martin—. Ya sabes, Eva, siempre asegúrate de que el alcalde tenga un buen espacio. Por cierto, me encantó tu artículo sobre esas bodas de oro en Edingen. —Dirigiéndose a los otros empleados, dijo—: Así es como se ve nuestro futuro, gente. Sigue así, Eva.

Eva se sonrojó y sus colegas no encontraron tan geniales estos comentarios. Después de la reunión, la mayoría fue a buscar un café y hablaron sobre el próximo fin de semana, pero no con ella. Eva se dirigió a su pequeño escritorio y encendió el ordenador. Escribió unas líneas sobre su visita a Grete, pero el artículo no le gustaba del todo:

El alcalde entrega un ramo de flores a la homenajeada y le desea muchos años más de felicidad. La señora Selig no tiene una receta secreta para llegar a los cien años. ¿Ayudará la tarta de nata que tanto ama incluso a su avanzada edad?

Aunque todo esto era cierto, no reflejaba realmente su encuentro con la dama y, sobre todo, la visita del alcalde. Pero difícilmente podía escribir cómo se había comportado realmente el alcalde.

Eva tomó notas sobre lo que Grete le había contado acerca de su infancia en Heidelberg. Al menos eso daría para unas cuantas líneas. Pero, ¿sería suficiente? Tal vez podría buscar en Google el nombre

del padre de Grete. Como pastor, su nombre podría aparecer en las páginas web de la parroquia en la sección histórica. *Selig, un nombre interesante para un pastor*, pensó sonriendo.

De hecho, encontró varias entradas bajo *Fridolin Selig Iglesia de Cristo Heidelberg*. Pero para su sorpresa, la mayoría de los artículos no trataban sobre la iglesia, sino sobre la resistencia durante la época nazi. ¿No había usado también el alcalde el término *resistente*?

Parecía que el padre de Grete había sido miembro de la Iglesia Confesante, la corriente dentro de la Iglesia Evangélica que se había opuesto a la apropiación de la Iglesia por parte de los nazis. Sabía que algunos pastores que habían pertenecido a la organización también habían terminado en campos de concentración. El miembro más conocido era sin duda el teólogo Dietrich Bonhoeffer. ¿Y Fridolin Selig? Aparentemente había ayudado a varias familias judías. Él también había sido internado en un campo de concentración durante la guerra, del cual sobrevivió, aunque con la salud debilitada.

Cuando Eva había leído sobre situaciones similares en el pasado, la habían afectado por un breve momento, pero nada más. Sin embargo, ahora que había conocido a la hija del señor Selig y sabía más sobre él como padre, se le encogía el corazón. La historia la conmovía. Por eso siguió investigando tan concentradamente que ni siquiera se dio cuenta de que se hacía cada vez más tarde.

La mayoría de sus colegas ya se habían ido cuando la recepcionista llamó:

—Me voy ya.

—Chao, Milena —respondió Eva y miró el reloj.

No había averiguado mucho, sobre todo no había terminado de escribir su artículo, había pasado horas en Internet buscando más información para su artículo.

Probablemente Grete podría haberme contado todo esto, pensó resignada. Apagó su ordenador y se puso el abrigo. No quedaba nadie más. Anotó rápidamente su horario de trabajo de hoy y se fue.

Estaba oscuro y apenas había gente en la calle cuando salió. Afortunadamente, la nieve y el hielo ya se habían derretido y solo quedaban como barro en los bordes de las calles.

¿Ir a casa ahora? No, no tenía ganas. En su lugar, fue una vez más al Café Sehnsucht. Seguramente aún podría conseguir una deliciosa sopa allí. Ya eran las ocho, pero el café cerraba a las diez y había sopa mientras durara.

El café está bastante vacío para esta hora, pensó Eva al entrar. El único cliente era Luca, el amigo italiano de Laura. Eva lo había visto a menudo en el café. También era periodista, había viajado como reportero a numerosas zonas en crisis y había trabajado como freelance para periódicos y canales de televisión de renombre. Esto impresionaba tanto a Eva que hasta ahora no se había atrevido a hablarle. Con su trabajo, lo cool era prácticamente exclusivo para él. Pero hoy parecía nervioso y caminaba de un lado a otro entre las mesas, sobre las que había grandes ramos de flores. ¿Acaso se había metido en una celebración privada?

Se dio la vuelta, efectivamente, había un cartel en la puerta de entrada que no podía leer desde dentro. Al entrar ni siquiera lo había notado. ¿Acaso decía que era una reunión privada? Eva estaba a punto de volver a la puerta para comprobarlo cuando Alex se le acercó.

—Hola —saludó amablemente.

—Hola, dime, ¿hoy es una reunión privada? —preguntó Eva insegura.

Él se encogió de hombros y sonrió. —Por así decirlo. Luca ha alquilado el café. Se está tramando algo.

¡Qué lástima que Alex estuviera comprometido! Le caía muy bien y al principio había venido al café principalmente por él, hasta que se dio cuenta de que tenía novia. Pero para entonces ya se había enamorado del ambiente aquí.

Ella le devolvió la sonrisa, dijo: —Bueno, entonces —y se dispuso a irse.

Pero Luca les gritó: —Puedes quedarte si quieres. No tienes que irte a casa con hambre por mi culpa.

—No quiero molestar —respondió ella.

—No, no —la tranquilizó Luca—. No pasa nada si el café no está completamente vacío, ¿o qué opinas, Alex?

El camarero se encogió de hombros y le dijo a Eva: —Ya lo has oído, si quieres pedir una sopa, adelante.

—Bueno, entonces me gustaría un té de hierbas y una sopa deliciosa, ¿qué tenéis?

—Para el té de hierbas puedo recomendar el *Aroma de Jardín* y en cuanto a la sopa, tenemos minestrone o sopa de zanahoria y coco.

—*Aroma de Jardín* suena bien, y tomaré la minestrone.

Alex desapareció en la cocina y Eva se dirigió al rincón de antigüedades para pasar el tiempo y aliviar la tensión que se sentía en el aire. Observó los objetos que estaban expuestos allí. Entre viejas cámaras fotográficas y cubiertos de plata, había una máquina de escribir mecánica de metal. Había visto una igual en una de las fotos de Grete. En ella aparecía junto a su padre en el despacho de este. Era una instantánea, algo bastante raro para aquella época. *Erika* se leía en grandes letras en el borde superior de la máquina, probablemente el nombre del modelo.

Cuando Alex volvió con el té, Eva regresó a la barra y le preguntó cuánto costaba la máquina.

—¿La vieja Erika? Cien euros. Se ve elegante, ¿verdad? Probablemente fue fabricada en algún momento entre los años veinte y treinta. Desafortunadamente, el vendedor tampoco sabe mucho sobre la historia de la máquina. Además, está rota, así que realmente solo sirve como artículo decorativo.

—Cien euros es bastante si ni siquiera funciona.

Se encogió de hombros. —Una máquina funcional de esa época cuesta fácilmente varios cientos de euros. Esta máquina es simplemente auténtica.

Eva volvió y pasó una vez más la mano sobre el armazón de metal negro brillante. No se gastaría cien euros para ponerla en su habitación. Pero era bonito sumergirse por un momento en la juventud de Grete. ¿Qué textos se habrían escrito en esta máquina? ¿Cartas? ¿O tal vez artículos para un periódico?

Con este pensamiento, miró a Luca, que seguía caminando nerviosamente de un lado a otro. Eva le sonrió alentadoramente y él le devolvió una sonrisa algo distraída. Como el café no era muy

grande y él estaba solo a unos pasos de ella, comentó con naturalidad: —Pareces tan nervioso como si estuvieras esperando a tu novia en el altar.

Él la miró sorprendido. —¿En serio?

Ella se encogió de hombros. —Solo bromeaba.

El hombre que normalmente parecía tan seguro y relajado, ahora se veía más bien como un estudiante de bachillerato antes de un examen oral.

—Oh. No estarás planeando pedirle matrimonio a Laura ahora, ¿verdad? —preguntó Eva avergonzada—. Y yo aquí comiendo minestrone.

—No, no, no hay problema. Se supone que es una sorpresa, en el café donde nos conocimos. No encontré un mejor momento. Tengo que viajar al extranjero en las próximas semanas y no quería pedírselo la noche antes de mi partida.

—¡Laura seguramente estará abrumada! Todas estas flores... se ven maravillosas.

Él sonrió. —Eso espero.

—¿Lo principal es que tienes el anillo?

—Sí, claro —dijo Luca y automáticamente buscó la pequeña caja en sus bolsillos. Asustado, hurgó más profundo en los bolsillos—. Oh...

Corrió detrás del mostrador y miró alrededor. —¡Ah, aquí, junto a la máquina de café! —exclamó aliviado. Luego se guardó la caja y fue a la cocina.

Eva se rio. Terminó su comida y estaba a punto de pagar cuando Laura entró.

—¿De dónde vienen todas estas flores? Alex, ¿las has traído de un funeral? —preguntó—. ¿Y por qué está el cartel en la puerta?

No parecía estar de muy buen humor.

Luca salió de la cocina y Laura sintió inmediatamente que algo no estaba bien con él. Miró alrededor, pero la única que vio fue a Eva, que sonreía amablemente.

Luca se acercó a Laura y explicó: —Yo conseguí las flores.

Ella obviamente no entendía. —¿Tantas? ¿Estaban en oferta en algún lado? —preguntó irritada.

—Eso no importa. Lo importante es por qué están aquí —respondió él.

—Esa es exactamente mi pregunta —replicó Laura.

—Son para ti.

Él sonrió. Eva podía ver gotas de sudor en su frente.

Laura examinó a Luca más de cerca. —Te has arreglado muy bien —dijo admirada, pues llevaba unos pantalones elegantes y una camisa.

De repente, se escuchó una música romántica de fondo.

—¿Qué es esto?

—Déjate sorprender —susurró Luca misteriosamente y sonrió.

—¿Es algún tipo de *cámara oculta* o algo así?

Alex, que estaba junto al equipo de música, estalló en carcajadas. Fue detrás del mostrador y regresó con dos copas de champán.

—Alex, ¿qué haces? —preguntó Laura.

—¿Prosecco para las tortolitas enamoradas?

Laura lo miró. —¿Eh?

—No *eh*, se dice *¿cómo dice?* —bromeó Alex—. Toma, un delicioso prosecco para ti.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Laura con desconfianza.

—Ven, siéntate, te he reservado un lugar especialmente bonito.

Luca la condujo a una mesa que estaba algo escondida en un rincón y estaba especialmente decorada. Había varias velas encima.

—¿Es mi cumpleaños y no lo recuerdo? —preguntó ella.

Luca apartó la silla para que pudiera sentarse. Eva observaba todo discretamente desde la barra. Mientras los dos brindaban, Laura elogiaba el prosecco y le daba un beso a Luca, Alex y Emily salieron de la cocina con una tarta con bengalas. Laura no dijo nada, ni siquiera "eh", estaba demasiado sorprendida.

Sus empleados pusieron la tarta en la mesa y luego desaparecieron de nuevo en la cocina.

—¿Por qué se han ido de repente? —preguntó Laura, todavía mirando hacia la cocina.

—¿Por esto? —dijo Luca señalando la tarta. En ella decía *¿Quieres casarte conmigo?* Había colocado rápidamente la caja con

el anillo al lado.

Laura miró fijamente la magnífica tarta que Emily había horneado, una esponjosa tarta de nata, decorada con limas y pistachos.

—Luca —susurró sin palabras.

Él abrió la caja, sacó un delicado anillo con una pequeña piedra verde, se arrodilló y formuló la pregunta de las preguntas: —Laura, ¿quieres casarte conmigo?

La dueña del café estaba muy pálida y tenía lágrimas en los ojos.

—Vaya sorpresa tan bien lograda —balbuceó.

—¿Te he pillado desprevenida?

—Levántate, cariño, comamos un trozo de tarta y luego me lo pensaré.

Luca se estremeció y la miró tenso.

Cuando Laura vio su expresión seria, se echó a reír y puso su mano sobre la de él.

—Ah, bueno, entonces primero diré que sí.

Aliviado, se levantó y se besaron. Se escucharon aplausos desde la cocina y Eva también aplaudió. Le corrían lágrimas por las mejillas sin que pudiera decir por qué.

Luca le puso el anillo a su prometida entre aplausos y ella lo admiró. Alex y Emily se acercaron y felicitaron a la pareja. Cortaron la tarta y Alex tomó innumerables fotos. Los cuatro parecían haberse olvidado completamente de Eva.

Esperó hasta que Alex y Emily volvieron detrás de la barra y bebieron prosecco ellos mismos, luego se acercó sigilosamente y susurró: —Me gustaría pagar.

—Hoy invita la casa —respondió Alex.

—Tonterías —respondió ella y dejó el dinero.

Laura exclamó:

—Eva, ¿has traído las flores?

Ella se rio.

—No, solo quería comer una sopa.

—Vamos, entonces tómate otro trozo de tarta. Entre nosotros cuatro no podremos acabárnosla.

Eva se negó al principio, pero luego se dejó convencer. El bizcocho era suave y esponjoso, y los limones y pistachos lo complementaban tan maravillosamente que Eva sintió que estaba probando un pedacito de paraíso.

—Eres una verdadera artista —le dijo admirada a Emily.

Esta sonrió complacida.

—Muchas gracias.

En ese momento entró Tatjana, la mujer de la limpieza. Miró alrededor desconcertada y preguntó:

—¿Me he perdido algo?

Todos se rieron y Laura mostró su anillo. Tatjana entendió de inmediato, sonrió radiante y abrazó a Luca y Laura.

—¡Felicidades!

Rápidamente, Emily sacó un plato y una copa para ella.

—¿Y cuándo debo limpiar? —preguntó, después de haber bebido el prosecco de un trago y ya haber devorado los primeros bocados de tarta.

—Relájate, Tati, ¡al fin y al cabo, es mi compromiso! —respondió Laura.

Tatjana agitó las manos.

—No quería quejarme, pero mañana tengo que madrugar, ya sabes que tengo otro trabajo.

—Podemos ayudarte —sugirió Eva—. Quiero decir, a barrer o fregar.

Tatjana no necesitó que se lo dijeran dos veces.

—Eso es muy amable. Entonces me comeré tranquilamente mi trozo de tarta.

Se quedaron sentados un buen rato y no se quedaron en una sola copa de prosecco. Entre risas, recordaron la época en que Laura conoció a Luca y el allanamiento de su apartamento. Después, todos ayudaron a limpiar. Eva barrió la sala mientras Luca limpiaba las mesas. Mientras lo hacían, charlaron y Luca se enteró de que ella también era periodista.

—Ah, tengo un trabajo insignificante en un semanario sin importancia —restó importancia Eva—. Aunque mi historia actual,

que en realidad solo trata de una centenaria, es realmente emocionante.

—¿Cien años? ¡Increíble, debe haber vivido tanto! —exclamó Luca.

Eva asintió.

—Su padre era un resistente que acabó en un campo de concentración. Ayudó a varios judíos.

—Hace unos años escribí un artículo sobre judíos que estaban escondidos con gente en Heidelberg.

—Eso suena interesante —respondió Eva.

Pero antes de que pudieran seguir hablando, llegó Laura.

—¿Puedo secuestrar a este joven ahora? —preguntó con una sonrisa pícara.

—Por supuesto.

Luca ofreció:

—Si puedo ayudarte de alguna manera con tu artículo, avísame. En aquel entonces recopilé mucho material de investigación.

—¡Eso sería genial! —exclamó Eva entusiasmada—. Muchas gracias y que tengáis una bonita noche de compromiso.

Tan pronto como pronunció las palabras, se dio cuenta de lo ambiguo que sonaba y se sonrojó. Pero ambos se rieron y asintieron.

—Gracias de nuevo, Eva —dijo Laura.

—Gracias por dejarme participar.

Tatjana se ofreció a llevar a Eva a casa en su viejo Golf, así que Eva ayudó hasta que todo estuvo limpio. Después, Eva guio a Tatjana hasta su casa. En una calle tranquila con bonitas casas unifamiliares, dijo:

—Es allí delante.

Tatjana se detuvo frente a una casa un poco envejecida con un pequeño jardín.

—Vaya, ¿vives aquí? —preguntó asombrada.

—Aquí viven mis padres, no puedo permitirme un piso propio —respondió Eva suspirando.

—Yo tampoco, por eso vivo en un piso compartido horrible —comentó Tatjana con pesar.

Eva miró a Tatjana. Le gustaba su acento eslavo y su sonrisa inocente, aunque instintivamente sabía que Tatjana no era ni ingenua ni tonta.

—Muchas gracias por traerme —dijo Eva.

—Gracias por ayudar con la limpieza —respondió Tatjana.

Eva se bajó y se despidió. No había luces encendidas, sus padres parecían estar ya dormidos. De puntillas, subió las escaleras hasta el ático, donde se había creado su pequeño reino.

En la cama, siguió pensando durante mucho tiempo en el día, la visita a Grete, el compromiso de Luca y Laura, el viaje de vuelta con Tatjana. Tanta gente interesante, pero lo que más le fascinaba era la historia de Grete. Quería saber desesperadamente cómo había continuado su vida y se preguntaba cómo podría convencer a su jefe de esta investigación especial.

A los lectores seguramente les parecería emocionante leer una historia así en episodios. Y eso, a su vez, le gustaría a Martin.

CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, Eva volvió al Café Sehnsucht para conseguir su dosis diaria de café. Laura y Luca estaban juntos en la barra. Ambos parecían algo cansados, pero muy felices.

—Me gustaría retomar tu oferta de ayer sobre el material de investigación —dijo Eva, retomando la conversación de la noche anterior.

Luca se rascó la nuca. —¿Qué?

Laura sonrió. —Mi amor no puede recordar nada de lo que pasó ayer. Pero espero que recuerde esto.

Levantó su mano con el anillo de compromiso y él la besó.

—Tu investigación sobre judíos que fueron escondidos por alemanes —explicó Eva.

—Ah, sí, claro. Puedo traerte la carpeta mañana.

Una vez aclarado esto, Eva salió del café con el termo que había traído especialmente y disfrutó del aroma del delicioso café en su nariz. Al sonar las campanas de la iglesia, decidió espontáneamente visitar la iglesia donde el padre de Grete había sido pastor. Envío un mensaje a la oficina diciendo que llegaría más tarde.

Encontró rápidamente la información en internet. No estaba lejos en tren. Unas pocas paradas después, se bajó en una calle llena de casas de estilo Art Nouveau. La casa parroquial lucía exactamente como Grete la había descrito, y los grandes árboles antiguos también

estaban allí. Aunque había muchos coches en la calle, a Eva no le costó imaginar cómo habría sido hace casi cien años.

Se preguntó dónde habría vivido Emil, y buscó instintivamente un gran Mercedes. Sin embargo, ahora predominaban los todoterrenos y las furgonetas familiares.

Junto a la casa parroquial, en la parte trasera de la iglesia, había una zona verde con algunos árboles. Mientras se dirigía a la entrada principal, se preguntó si los niños habrían jugado allí antes. Subió los escalones y miró a su alrededor. Un hombre con traje oscuro se acercó y pegó un cartel en la puerta de la iglesia.

—¿Le interesan los grupos de discusión? —preguntó, señalando el cartel—. La semana que viene tendremos un debate público sobre el tema *El futuro de la iglesia evangélica*. Será muy interesante, se lo prometo.

Eva miró el cartel por cortesía mientras respondía: —En realidad, ahora mismo me interesa más el pasado de la iglesia. De esta iglesia, quiero decir. ¿Trabaja usted aquí?

—Se podría decir que sí. —El hombre, que debía tener unos cincuenta y tantos años, le tendió la mano—. Pastor Müller. ¿Qué quiere saber?

—Soy periodista y estoy escribiendo un artículo sobre la hija de un pastor que dirigió esta iglesia durante la Segunda Guerra Mundial. Acaba de cumplir cien años.

—Qué interesante. Ayer vino un joven que también quería información sobre esa época.

Eva se sorprendió. —¿Ah, también era periodista?

—No, no, era un asunto familiar, venía del extranjero. Lo invité al concierto de góspel de esta noche —explicó el pastor, señalando otro cartel en la puerta de la iglesia—. ¿Le gusta la música góspel?

—Claro que sí —respondió ella, sonriendo. El pastor realmente disfrutaba invitando a la gente a sus eventos.

Él asintió y dijo con pesar: —Ahora tengo que ir a un funeral, lamentablemente. Pero venga esta noche. Tal vez pueda responder algunas de sus preguntas después del concierto.

—Con gusto —respondió ella.

Lo observó brevemente mientras se alejaba, luego regresó a la parada y se dirigió a la oficina. Allí terminó de escribir su artículo sobre la visita del alcalde a la señora Selig y lo envió a Martin para su aprobación. Ahora estaba decidida a proponer a su jefe una serie de artículos sobre la vida de la anciana y su familia. Pero antes de presentarle los hechos, quería investigar más, aunque tuviera que hacerlo en su tiempo libre.

Pasó el resto del día visitando un club de canoas que celebraba su trigésimo aniversario y escribiendo un artículo sobre la historia del Castillo de Heidelberg, para el cual investigó principalmente en Wikipedia.

Cuando finalmente terminó su jornada, apenas logró subir al tranvía en Bismarckplatz antes de que se cerraran las puertas. Eran poco más de las siete. El tranvía estaba bastante lleno y ella se apretujó entre la gente, la mayoría de la cual volvía del trabajo. Delante de ella había un joven con una mochila enorme que se le acercaba peligrosamente con cada movimiento. Para colmo, en la siguiente parada subieron dos inspectores que se abrieron paso entre las filas. Eva les mostró su pase de trabajo.

El hombre con la mochila gigante tenía un billete, pero no lo había validado. Parecía ser turista y obviamente no entendía lo que el empleado del tranvía quería de él. Este intentaba explicarle en un mal inglés que el billete no era válido y que, como polizón, tendría que pagar una multa considerable. Eva puso los ojos en blanco. Odiaba esta mezquindad. Era obvio que el turista no había viajado sin billete a propósito.

En voz alta dijo: —Es un amigo mío y viaja conmigo. Aquí. — Mostró su pase de trabajo—. A partir de las siete puedo llevar a cuatro personas.

El inspector miró con escepticismo primero a ella y luego a él. Antes de que el turista pudiera decir algo incorrecto, Eva se rio y explicó en inglés: —Acabo de decirle al hombre que viajas conmigo y que por eso te pedí que no validaras el billete.

Luego sonrió al inspector, que tenía unos treinta y cinco años y llamativamente muchos piercings.

—Parece asustado. No creo que la conozca —dijo con desconfianza.

—Porque usted le está dando mucho miedo —respondió ella, sonriendo de nuevo y pestañeando con sus largas pestañas—. Por favor, dile que somos amigos —le dijo en inglés al turista.

Él asintió y dijo: —Yes.

—Pero la próxima vez que viaje solo, que valide el billete —advirtió el inspector, mirándola severamente.

—Rara vez me he encontrado con un empleado de transporte público tan profesional y amable —dijo ella, sonriendo de nuevo.

Esta vez, el inspector no pudo evitar esbozar una sonrisa. Los demás pasajeros observaban la escena en silencio.

Cuando el revisor se fue, Eva le susurró al joven de pelo negro azabache y piel olivácea:

—Acabo de salvarte.

Él seguía mirándola sin palabras.

—De lo contrario, ahora tendrías que pagar sesenta euros de multa y lidiar con un lío burocrático.

Por fin sonrió y dijo:

—Gracias, salvadora.

Ella se rio y dijo:

—Bueno, ahora lamentablemente tendrás que bajarte conmigo, si no se pondrán escépticos.

Señaló con la cabeza hacia los revisores, que seguían abriéndose paso por el tranvía.

—Luego puedes subir al siguiente y validar el billete allí. ¡Que te vaya bien!

Sin esperar respuesta, Eva corrió hacia la iglesia. Odiaba llegar tarde.

Había mucha gente esa noche. Aunque algunos de los bancos traseros aún estaban libres, la iglesia era muy grande. A Eva le gustaba el edificio. Era de piedra marrón claro, algunas paredes estaban pintadas de blanco y las altas ventanas le daban un aire majestuoso.

Justo detrás del altar estaba montado el escenario y toda la sala estaba llena del murmullo de los visitantes. Eva reconoció al pastor,

que caminaba algo nervioso con traje y corbata. Los micrófonos e instrumentos ya estaban montados y los técnicos de sonido estaban sentados en su consola. Eva aún estaba en el pasillo pensando dónde sentarse cuando se apagaron las luces y el pastor presentó a los *Cantadores Reales de Góspel*:

—Han volado directamente desde Estados Unidos para alabar al Señor con nosotros.

Cinco afroamericanos con largas túnicas azules subieron al escenario. El pastor se sentó en un piano eléctrico, a su lado había un baterista y al otro lado estaba un bajista.

Eva quedó fascinada desde el primer momento por las voces expresivas y las canciones contagiosas. Se puso de pie, aplaudió e incluso cantó algunas líneas. Había olvidado por completo lo hermoso que era asistir a un concierto y cantar a pleno pulmón.

Finalmente, el coro hizo una pausa y el pastor se acercó al púlpito y dio un breve discurso:

—Hemos escuchado algunas canciones que hablan de cómo Dios es nuestro refugio. Así es también con esta iglesia, es y ha sido un refugio para los que buscan y los necesitados. Incluso hoy hay personas necesitadas. Y se necesitan personas valientes y compasivas que se dediquen a los necesitados. Una persona muy especial fue el pastor Fridolin Selig, que incluso arriesgó su vida para ayudar a las personas perseguidas. En los últimos días se me ha recordado varias veces a él. Porque, como a veces quiere la casualidad o... —hizo una pausa y miró brevemente hacia el techo para indicar que tal vez Dios estaba detrás de esto— ...o quizás no sea casualidad, está aquí el nieto de Emil Rosenbaum, a quien Fridolin Selig escondió de los nazis en aquel entonces.

Eva se quedó boquiabierta de asombro.

Después de estas palabras, el pastor hizo señas a alguien en las últimas filas y dijo en inglés:

—Por favor, ven adelante.

Todos se dieron la vuelta y Eva reconoció al hombre del tranvía. *No puede ser*, pensó y sonrió mientras él caminaba hacia adelante.

El pastor se alejó del púlpito y saludó al joven, que aparentemente no esperaba ser presentado a todos. El pastor le

preguntó si le gustaría decir algo.

El nieto de Emil se aclaró la garganta y luego dijo vacilante en inglés:

—Mi abuelo nunca logró regresar a Alemania, así que ahora lo estoy haciendo por él.

El pastor tradujo para los oyentes mientras el joven continuaba:

—Me contó mucho sobre su tierra natal y había planeado venir aquí desde hace tiempo. Y ahora estoy aquí, en la calle donde pasó su infancia. Estoy infinitamente agradecido al pastor Selig por haberle salvado la vida entonces.

Eva tenía lágrimas en los ojos. Lo que este hombre decía con voz tranquila pero firme y fuerte la conmovía profundamente. Aunque hasta ahora solo había escuchado una pequeña parte de la historia de Grete, se sentía firmemente conectada con ella y ahora también con el nieto de Emil, aunque no tenía una explicación lógica para ello. ¿Tal vez necesitaba una gran historia que abarcara tantas décadas y hubiera influido en tantas vidas como un ancla porque estaba insatisfecha con su propia vida? ¿Podría ser una coincidencia que ya se hubiera encontrado con el nieto en el tranvía? Eva tenía la sensación de estar subiendo a un tren con destino desconocido.

Sin embargo, el joven no pareció notarla, al menos no la miró cuando pasó junto a ella de regreso a su asiento.

Después del concierto, se vendieron bebidas y los visitantes se reunieron en grupos y charlaron. El pastor se acercó a ella, aparentemente no la había olvidado. Sin embargo, Eva prefería hablar con el hombre al que el pastor, en su entusiasmo, ni siquiera había presentado por su nombre. Pero alrededor del nieto de Emil se había formado un grupo de personas que parecían estar interrogándolo.

—¡Me alegro de que haya venido! ¿Ya ha visto los paneles fotográficos en el vestíbulo? —preguntó el pastor.

—No, desafortunadamente no tuve tiempo. Llegué un poco tarde —admitió Eva.

—Son los restos de una exposición sobre la historia de nuestra iglesia que organizamos para el último aniversario. También hay

algunas fotos de la época que le interesa. Lamentablemente, yo mismo no sé mucho sobre el pastor Selig.

Eva solo escuchaba al pastor con un oído. Constantemente pensaba en el joven, en Grete y en sus amigos de juventud.

Cuando el pastor se disculpó brevemente para saludar a más visitantes, Eva se dirigió al puesto de champán. Decidida, pidió dos copas, por si el nieto de Emil también tenía sed. Luego se paró a un lado de la nave de la iglesia y esperó hasta que el grupo de personas a su alrededor se dispersara un poco.

—¿Un champán después del agotador día de hoy? —preguntó cuando finalmente llegó el momento.

Ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—¡Oh, hola! ¿Tú también aquí? Gracias. Una hermosa iglesia —observó.

Eva asintió.

—¿Ya has visto las fotos históricas en el vestíbulo?

—Todavía no.

Eva lo invitó con un movimiento de cabeza a ir allí con ella, y poco después caminaban uno al lado del otro a lo largo de las fotografías, que estaban montadas en dos paneles y a veces complementadas con breves textos en notas prendidas. Las primeras imágenes eran dibujos y bocetos de la iglesia.

La mirada de Eva iba constantemente de las fotos al joven, que observaba las imágenes muy de cerca. Cuando él le dirigió una mirada, decidió presentarse.

—Soy Eva —dijo, extendiéndole la mano.

—Ben —respondió él.

—¿De dónde eres? —preguntó ella.

—De Israel.

Ella asintió. —¿Tu abuelo emigró a Israel en aquella época?

—Quería ir a Estados Unidos, pero al final terminó en Israel.

—Estoy escribiendo una historia sobre una vieja amiga de tu abuelo.

Ben la miró sorprendido por un momento y luego dijo sonriendo:

—Buena broma.

Pero Eva continuó: —Soy periodista y en realidad solo quería escribir sobre el cumpleaños de una señora centenaria. Pero empezamos a hablar y comenzó a contarme sobre su infancia. Es la hija del pastor Selig y fue la amiga de la infancia de tu abuelo.

Ben seguía mirándola con incredulidad.

—Loco, ¿verdad? —preguntó Eva, tratando de aliviar el extraño momento, y sonrió.

Ben todavía parecía no saber qué pensar de ella. La examinó pensativo con sus grandes ojos verdes. —Mi abuelo lleva mucho tiempo muerto —dijo finalmente—. No habló de Alemania hasta el final de su vida. Poco antes de morir, se volvió cada vez más confuso. A menudo hablaba de su primer gran amor, que lo había arriesgado todo para salvarlo.

¿Sería Grete?, se preguntó Eva. ¿O su tocaya, la prima de Grete? Definitivamente tenía que conseguir que le contaran más sobre esto.

—Tienes que conocer a la anciana —exclamó Eva con entusiasmo—. Después de todo, probablemente sea la única persona viva que conoció a tu abuelo.

—¿Estás segura de que era mi abuelo de quien hablaba?

—¿Cuántos Emiles judíos habrán vivido en esta calle y conocido a la familia Selig? —respondió Eva.

Ben la miró pensativo y asintió. Luego volvió su atención a las fotografías. Eva también observó las imágenes. Lo que más le interesaba era el período a partir del nacimiento de Grete. En una de las fotos se veía al pastor con su familia. Debajo había un texto escrito en alemán e inglés: *El pastor Selig con su familia, 1928*. Eva ya había visto esta foto familiar en la cómoda de Grete. Las otras imágenes eran de diferentes décadas. Mostraban confirmandos, impresiones de aniversarios de la iglesia, confirmaciones de jubileos y los diferentes pastores y pastoras de la congregación.

Después de haberlo visto todo, Eva y Ben se despidieron del pastor Müller y se dirigieron juntos hacia la parada del tranvía.

—Puedo llevarte de nuevo con mi billete —ofreció Eva.

Ben sonrió. —Entonces déjame invitarte a comer a cambio.

—Trato hecho —respondió ella y su corazón comenzó a latir un poco más rápido.

Él sonrió. —Solo tienes que decirme dónde. No conozco esta zona.

CAPÍTULO 5

Poco después, estaban sentados en un restaurante italiano. Eva pidió una tabla de antipasto y espaguetis con trufa. Ben estudió el menú durante un tiempo inusualmente largo y parecía no poder decidirse. Finalmente, también pidió espaguetis con trufa.

—Gracias de nuevo por la acción de rescate en el tranvía —dijo sonriendo amablemente.

Eva se rio. —No hay de qué. Es un clásico. Me pregunto a cuántos turistas o estudiantes extranjeros estafarán así, porque en otros lugares el billete se valida directamente en la máquina expendedora.

—No es muy obvio lo de validar, pero yo incluso lo sabía, solo que lo olvidé por estar tan pendiente de los carteles —comentó.

Se había quitado la chaqueta y la bufanda y ahora estaba sentado frente a ella con un suéter azul y vaqueros. Eva se preguntaba qué tipo era, ¿mediterráneo u oriental? Era difícil de clasificar, tal vez tenía algo de ambos. En cualquier caso, era muy atractivo con su pelo corto y negro azabache y sus ojos verdes con pestañas que harían envidiar a cualquier mujer.

¿Qué estaría pensando ahora? Parecía amable, pero al mismo tiempo serio.

—¿A qué te dedicas? —preguntó ella.

—Trabajo en la agricultura —contó, y Eva se preguntó si lo decía en serio o solo bromeaba. Pero no lo cuestionó.

—Interesante.

Él se encogió de hombros. —Tampoco es tan interesante. Después del tiempo en el ejército, que en Israel dura mucho, primero estudié, pero no era particularmente feliz con ello. Por eso decidí cultivar tomates y otras verduras.

—Me parece genial. Se necesita gente joven en la agricultura —respondió ella y notó lo pedante que sonaba su frase.

Ben sonrió, como si ya hubiera escuchado eso antes, y dijo: —Es cierto.

Como no sabía nada de agricultura, Eva decidió cambiar de tema rápidamente. —¿Qué te parece Alemania?

Ben lo pensó por un momento. —Es un país muy interesante. Debido a su historia, no tiene muy buena reputación en mi tierra. Mi abuelo nunca hablaba de Alemania antes. De niño, solo sabía por mi padre que el abuelo había podido huir con mucha suerte. Pero en la memoria de mi abuelo parece que siempre siguió siendo un país hermoso. Ya de anciano, contaba mucho sobre lo maravillosas que eran las montañas y, sobre todo, Heidelberg. —Ben dio un sorbo a su agua—. A menudo también contaba un poco de su infancia, pero no que más tarde un hombre tuvo que pagar por su libertad.

Eva observó a Ben mientras hablaba. Parecía tan auténtico y eso lo hacía especialmente atractivo para ella. Le preguntó qué más quería ver en Alemania.

—Berlín, Múnich y, por supuesto, el castillo de Heidelberg.

—Aquí puedo hacer de guía turística con gusto —sugirió ella.

Él la miró pensativo por un momento, luego sonrió. —¿Todos los alemanes son tan abiertos de corazón? —preguntó.

Ella volvió a reír. —No, la mayoría son máquinas perfeccionistas, como el inspector del tranvía.

Él también se rio y ella admiró los hoyuelos que se formaban en su rostro al hacerlo.

—Creo que las personas son iguales en todas partes. Solo hay diferencias culturales que hacen que a veces parezcamos diferentes —dijo ella luego, seria.

Ben asintió. —Puede ser.

Eva sintió un agradable escalofrío por la espalda. Se sentía muy cómoda en su presencia. Más que cómoda, se sentía casi exaltada, aunque en realidad no tenía tiempo para una relación en este momento. Su próximo objetivo en la lista de tareas de la vida era avanzar en su carrera. Pero este hombre realmente hacía que su corazón latiera más rápido.

¿Acaso se estaba enamorando un poco? ¡No, seguro que no! Simplemente era guapo y agradable.

Mientras disfrutaba de su variedad de entrantes, sin embargo, su cerebro no se distraía, trabajaba a toda máquina intentando clasificar los nuevos sentimientos. ¿Era siquiera posible una relación con él? Después de todo, vivía en un país completamente extraño para ella y era agricultor. Probablemente no. Pero eso no le impedía disfrutar de los pocos momentos antes de que él partiera en su viaje por Alemania.

Después de comer, Eva sugirió hacer una breve escapada al Neckar y al Puente Viejo, ya que estaban muy cerca. No porque fuera un lugar tan romántico de noche, se dijo a sí misma. No, como turista simplemente tenía que haberlo visto.

El alumbrado público bañaba las fachadas históricas de las casas en un resplandor anaranjado mientras caminaban por el estrecho callejón sobre el empedrado.

—Entiendo por qué mi abuelo describió a Heidelberg como la ciudad más hermosa del mundo —dijo Ben con admiración—. Estas viejas casas ya estaban aquí entonces.

Al acercarse al final del callejón, ya podían oír el murmullo del río. El Neckar brillaba en la oscuridad y la luz de la luna centelleaba en la superficie del agua. Caminaron en silencio el último tramo hasta el puente, disfrutando de la belleza del momento. Después de pasar por la puerta que conducía al puente, se colocaron junto a la barandilla y miraron hacia la ciudad. El castillo iluminado se alzaba majestuoso sobre las casas.

—Me gustaría mucho conocer a esa Grete. ¿Es posible? —interrumpió Ben el silencio.

Ella asintió. —Seguro. Pero tenemos que llevar pastel.

—¡Yo puedo conseguirlo! —exclamó él.

—No tienes que hacerlo, ya has pagado hoy —rechazó Eva.

Permanecieron un momento más en silencio sobre el puente, luego Ben dijo: —Más romántico que París.

—Cuando vives aquí, ya no ves todo esto —respondió Eva con pesar.

Él asintió comprensivamente. Ella le explicó dónde se encontraban los principales lugares de interés, señalando con los dedos en la dirección correspondiente. De repente, el lugar se animó. Como si se hubieran puesto de acuerdo, varias parejas llegaron paseando de la mano por el puente y tomaron fotos románticas, siempre con el castillo de fondo.

—Un lugar popular para los enamorados —comentó Eva a modo de disculpa.

Él le guiñó un ojo y respondió:

—Ya lo veo.

La situación la incomodaba, pues no quería que él pensara que lo había traído allí intencionadamente para aprovechar el ambiente romántico. Él pareció notarlo, pues sugirió:

—Podemos seguir si quieres.

Eva asintió y regresaron al casco antiguo en dirección a la iglesia del Espíritu Santo y la plaza del mercado. Él le contó sobre el apartamento de Airbnb donde se alojaba, cómo estaba el clima en Israel en ese momento y sobre la vida en Tel Aviv.

—Ahora, por supuesto, vivo de forma mucho más rural, en Tel Aviv no se pueden cultivar olivos.

La campana de la iglesia sonó doce veces. Muchos de los bares y cafés por los que pasaban ya estaban cerrando sus puertas. ¿Era esto una señal de que era hora de despedirse? Pero Eva disfrutaba de su compañía y no quería separarse de él. En su mente, se llamó a la razón y dijo:

—Ya es tarde. Creo que será mejor que me vaya a casa.

Él la miró de reojo y preguntó con una sonrisa torcida:

—Déjame adivinar, ¿eres Cenicienta o te espera una familia estricta?

Eva se estremeció interiormente. ¿Cómo sabía que aún vivía con sus padres? ¿Qué debía responder? ¿"Sí, vivo con mi mami"?

—No, mi familia está acostumbrada a que trabaje hasta tarde —respondió evasivamente—. Y tampoco soy Cenicienta.

—Solo me preguntaba con qué te había ahuyentado.

—No lo has hecho, es que realmente tengo que irme a casa.

—Entonces insisto en acompañarte.

Ella hizo un gesto desdeñoso.

—No digas tonterías, ya soy una chica mayor.

—Eso no importa, te acompañaré a casa, así me lo enseñaron mis padres.

—Pero ni siquiera sabes dónde vivo.

—Espero que me lo muestres.

—¿Y cómo volverás a casa?

—En taxi o tranvía. Ya me las arreglaré. En el peor de los casos, caminaré.

—Un domingo por la tarde podríamos hacerlo, pero ahora, ¿poco después de medianoche? Mejor no.

—¿Tranvía? —preguntó él.

Ella asintió y miró su aplicación de transporte.

—El próximo tranvía pasa en treinta minutos. Parece que tendremos que caminar.

—¿Taxi? —preguntó él.

—Es bastante caro en Heidelberg. Pero en realidad está un poco lejos para ir a pie —respondió ella.

—¿Qué tal unos patinetes? —preguntó Ben, señalando unas patinetas eléctricas aparcados junto a una farola. Sonreía como un niño que acababa de recibir una nueva bicicleta de montaña.

Eva miró los patinetes de color turquesa y asintió. Últimamente se veían estos patinetes por toda la ciudad. Aunque ella misma nunca había usado uno, en un arrebato de entusiasmo había instalado la aplicación para alquilar y activar los patinetes hace unas semanas.

Sacó su teléfono y comenzó a teclear.

—¿Sabes cómo funciona? —preguntó Ben, al notar cuánto tiempo le llevaba orientarse en la aplicación.

—Para ser honesta, nunca me he subido a uno de estos — admitió.

—Entonces ya es hora. —Ben también se descargó la aplicación en su teléfono para activar su patinete.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Eva.

—¡Oye! —respondió él—. Soy de Tel Aviv.

En efecto: para él todo parecía muy fácil y activó su patinete más rápido que ella. Pero finalmente Eva también logró poner el suyo en marcha, y poco después viajaban juntos a través de la noche. No era tan romántico como ir juntos en bicicleta o en un carruaje, pero era increíblemente divertido.

—Muy bonito por aquí —dijo Ben cuando doblaron en su calle y se detuvieron frente a la casa de sus padres. Su padre había comprado el edificio a buen precio hace muchos años, mucho antes de que vivir en Heidelberg se volviera inasequible.

—Es verdad.

—Te hubiera imaginado más en un piso compartido.

—Mi sueldo es bastante bajo, y como mis padres viven aquí, es más fácil para mí vivir con ellos. Pero cuando termine mi período de prácticas y tenga un puesto fijo, definitivamente quiero tener mi propio apartamento o al menos una habitación en un piso compartido.

Él asintió y ella se preguntó de nuevo qué estaría pensando. Por un momento la miró y Eva tuvo la sensación de que emanaban ondas invisibles de él. Pero probablemente se estaba equivocando.

Se aclaró la garganta y dijo:

—Adiós, nos vemos mañana... quiero decir, más tarde. Intentaré concertar una cita con Grete para mañana por la mañana.

Desactivó el patinete y lo aparcó junto a una farola. Luego le tendió la mano. Él la tomó y la sostuvo un momento demasiado largo. Ella lo miró interrogante, pero él no dijo nada. Ella asintió una vez más, avergonzada, y se dirigió a la puerta. Allí se dio la vuelta brevemente. Él seguía allí, mirándola.

¿Le gusto?, se preguntó. No se consideraba poco atractiva y generalmente era segura de sí misma, pero hoy no estaba particularmente bien vestida, sino que llevaba vaqueros y una

gruesa chaqueta de plumas acorde con el clima. Se encogió de hombros y pensó: *Ya no puedo cambiar eso ahora.*

Para la visita a Grete, sin duda se arreglaría más. Recordó un dicho de su abuela, quien daba gran importancia a la apariencia externa: —*Vístete en casa como si la reina fuera a tocar a tu puerta en cualquier momento.*

Tal vez debería tomar en serio estas palabras con más frecuencia.

CAPÍTULO 6

Los padres de Eva aún estaban sentados en el sofá leyendo. Desde que su padre se había jubilado, esto ocurría con más frecuencia. Su madre, de todos modos, solía acostarse tarde, especialmente cuando estaba inmersa en una de sus apasionantes novelas policíacas escandinavas que no podía dejar de lado.

—¡Hola! —exclamó Eva de buen humor. Su padre levantó brevemente la vista y respondió con la misma brevedad—: Hola.

—Ay, mi pobre niña, ¿has tenido que trabajar hasta tan tarde? —preguntó su madre—. Deberían pagarte un extra por esas horas nocturnas.

En realidad, Eva ocasionalmente tenía que asistir a eventos nocturnos. No recibía un extra por ello, pero normalmente se le permitía llegar más tarde al trabajo al día siguiente.

—No, no, no he tenido que trabajar tanto, estuve cenando fuera.

—Vaya, Karl, esto es culpa tuya por conseguirle trabajo en ese periódico de poca monta. Seguramente ya podría estar en la televisión si hubiera ido a otro lugar.

El padre de Eva puso los ojos en blanco y respondió:

—Pues no tengo contactos en la televisión. —Luego se dirigió a Eva y preguntó—: ¿Desde cuándo quieres trabajar en la televisión?

Eva negó con la cabeza y respondió:

—Me gusta trabajar en el periódico. Como siempre dice papá: se empieza desde abajo y se va creciendo con el tiempo.

—Exacto, así fue conmigo también —asintió él.

La madre de Eva puso los ojos en blanco.

—Oh, no empieces otra vez con la historia de tu carrera única. Ahora eres un jubilado y a nadie le importa que hayas sido apoderado.

—Se nota que tu madre no ha trabajado.

—Oye, fui tu secretaria hasta que me dejaste embarazada —replicó la madre de Eva.

Así, más o menos, pero generalmente con otros temas, transcurrían las conversaciones de sus padres. Siempre habían tenido un buen matrimonio, al menos hasta que el padre de Eva se jubiló y su esposa tuvo que compartir repentinamente su reino con él.

—¿Quieres comer algo? —preguntó la madre de Eva.

—No, gracias, ya he comido.

—Eso ya lo ha dicho —comentó su padre, volviendo a dedicarse a su voluminoso periódico, que había extendido cuidadosamente sobre la mesa de café frente a él.

—Me voy a dormir —dijo Eva. Sonrió a sus padres, gritó—: ¡Besitos! —y subió las escaleras hacia el piso superior.

Cuando su madre creyó que ya no podía oírla, le dijo a su marido:

—Creo que ha conocido a alguien.

Eva se detuvo en seco en la escalera. ¿Se notaba tanto? ¡Qué vergüenza!

Se miró en el espejo y notó que tenía un grano de pimienta negro justo entre los dientes incisivos. Lo sacó con el dedo y pensó: *Debería haber escuchado a la abuela: ¡Ve al baño después de cada comida para arreglarte el maquillaje y la ropa!*

Cuando se acostó, miró al cielo a través de la ventana del techo y dijo:

—Abuelita, a partir de ahora seguiré tus reglas.

Luego sus pensamientos vagaron hacia los últimos dos días y la fascinante historia de vida de Grete. Quería saber más sobre ella a

toda costa. A la mañana siguiente, Eva llamó a Grete.

Aunque se alegró de recibir la llamada, no podía recordarla.

—Estuve en su cumpleaños y me contó sobre su infancia —dijo Eva.

—Ay, niña, no lo recuerdo con exactitud.

—¿Puedo visitarla de nuevo? —preguntó Eva de todos modos—. ¿Quizás esta mañana?

—Sí, si realmente quieres escuchar algo sobre mi infancia...

—Me encantaría.

—Entonces ven a las diez y media.

Eva miró el reloj. Era factible. Informó a Ben, se arregló y luego fue al *Café Sehnsucht* para comprar el pastel. Le pidió a Emily, la pastelera, que horneara una tarta de queso con nata en el futuro. Por el momento, tomó lo que había: una porción de tarta de manzana, otra de tarta de fresas con nata y otra de pastel de mousse de chocolate.

Con el pastel en la mano, se dirigió a la parada de tranvía en Bismarckplatz, donde había quedado con Ben. Él estaba allí, absorto en sus pensamientos, con ambas manos hundidas en los bolsillos de su parka, mirando hacia el Königstuhl al otro lado de la calle principal. El panel de una farmacia anunciaba que la temperatura era de tres grados, pero ni siquiera se veía nieve en las colinas sobre la ciudad.

Eva se quedó un momento cerca de él, observándolo. Hoy llevaba su largo cabello rubio suelto, además del elegante abrigo y las botas altas. Él aún no la había visto.

—Hola, Ben —llamó finalmente, y él se sobresaltó.

La miró un momento sin decir nada, casi como si no la reconociera. Luego sonrió.

—Hola, Eva —dijo, dedicándole otra larga mirada.

Ella se alegró de haberse arreglado hoy y agradeció mentalmente a su abuela. Evidentemente, un aspecto cuidado no era algo para subestimar. Ben le quitó la caja de pasteles, luego subieron al tranvía y se dirigieron a casa de Grete.

Cuando tocaron el timbre, hubo un zumbido breve y luego la puerta principal se abrió. En el primer piso, una señora con una polo

naranja y pantalones blancos abrió la puerta. Era evidentemente una empleada del servicio de cuidados.

—¿Sí?

—Soy Eva, este joven y yo tenemos una cita con Grete.

La mujer les sonrió amablemente, se dio la vuelta y gritó hacia la sala de estar:

—Tiene visita, señora Selig. Me voy ya.

Les hizo un gesto con la cabeza y bajó apresuradamente las escaleras hacia su coche, que estaba aparcado frente a la casa.

—¡Hola, Grete! —llamó Eva.

El apartamento olía como si necesitara urgentemente que lo ventilaran. Esto le recordó a Eva la habitación del asilo de ancianos de su abuela. Allí siempre olía un poco a rancio y a viejo, lo que le provocaba ligeras náuseas. Decidió abrir las ventanas de inmediato.

Grete estaba sentada en su cómodo sillón, que se podía inclinar eléctricamente. A su lado había una mesita de madera con un vaso de agua, un teléfono con teclas enormes y un mando a distancia. Estaba viendo la televisión. Estaban dando un programa sobre animales y ni siquiera se dio cuenta de su visita al principio.

Eva se acercó a ella, acarició suavemente su brazo y dijo: —Hola, Grete, hoy no solo he traído una deliciosa tarta, sino también... —hizo una breve pausa— ...un amigo que quería conocerla.

La anciana miró a Eva sonriendo, pero al mismo tiempo con expresión interrogante. —¿Quién es usted otra vez?

—Eva, la periodista. Estuve en su cumpleaños y después comimos tarta y hablamos sobre su infancia.

—Había tanta gente en mi cumpleaños.

—Comimos tarta de queso con nata.

Ahora el rostro de la anciana se iluminó. —La tarta estaba muy rica. Eso sí lo recuerdo.

Eva se rio. —Entonces espere a probar la tarta que he traído hoy.

La señora Selig sonrió. Eva miró brevemente hacia la cocina, donde Ben estaba dejando la tarta.

—Acabo de decir que he traído a un amigo —dijo Eva.

—Su novio, qué bonito, ¿dónde está? —preguntó la anciana.

—¿Ben? —llamó Eva, y este salió de la cocina con una sonrisa insegura.

La sonrisa curiosa de Grete se congeló de repente. Ben parecía desconcertado y se detuvo en medio de la habitación.

—Grete, ¿qué pasa, no se encuentra bien? —preguntó Eva.

—¿Quién eres tú? —preguntó la anciana asustada.

—Es Ben, no habla alemán.

—Sí, sí hablo un poco de alemán —dijo Ben en alemán, aunque con un fuerte acento.

—Me miran como si fuera un fantasma. —Sonrió para relajar un poco la situación.

—¿Desde cuándo hablas alemán?

—Después de que mi abuelo me hablara de Alemania, tomé un curso durante mis estudios —explicó en inglés. Y en alemán—: Lamentablemente no lo hablo muy bien.

—Oh, eso ya sonaba bastante bien —dijo Eva. Luego se dirigió a Grete—: Es el nieto de Emil.

La anciana estaba pálida y pequeñas gotas de sudor se formaban en su frente. Eva temía que la anciana sufriera un ataque al corazón en cualquier momento.

—¿Emil? —susurró Grete con voz temblorosa.

—Exacto, el nieto de Emil.

—¿Cómo lo ha encontrado?

En realidad quería decir casualidad, pero de alguna manera a Eva no le parecía una casualidad.

—Destino —dijo finalmente y tuvo que reír. Para cambiar de tema, sugirió—: Vamos a comer primero la deliciosa tarta. ¿Preparo té o café?

Grete asintió en silencio.

Ben pareció tomar esto como una excusa bienvenida para huir a la cocina.

—Voy a ayudar a Ben un momento —dijo Eva y lo siguió.

—He asustado terriblemente a la pobre mujer —susurró él.

—Qué va, probablemente solo estaba sorprendida. Además, podrías haberme dicho que sabías alemán.

—Mi alemán no es tan bueno.

Buscó platos y té en los armarios. Después de preparar el té y repartir la tarta, volvieron con Grete. Eva abrió brevemente la ventana.

—Se parece tanto a Emil que antes pensé que Dios me había llevado al otro lado y Emil era el primero al que me encontraba —dijo ella, mirándolo mientras sacudía la cabeza.

—¿Así que te pareces a tu abuelo? —preguntó Eva.

Ben sonrió. —Nadie me lo había dicho hasta ahora. Pero la mayoría de la gente que me conoce solo lo conoció a él como un viejo abuelito.

Eva señaló los tres platos de tarta y preguntó: —¿Cuál quiere?

—Un poco de cada uno —pidió la anciana. Sus ojos volvían a brillar.

—Esa es una buena idea —dijo Eva. Dividió las tres porciones de tarta con un cuchillo en tres partes cada una y le dio a cada uno un plato con las tres variedades.

—Pensé que le alegraría conocer al nieto de Emil —retomó Eva el hilo.

Grete tenía lágrimas en los ojos. —Solo sé que en algún momento logró llegar a Israel, nada más.

—Exacto, logró llegar a Israel y allí trabajó como traductor y agricultor aficionado —contó Ben en inglés, lo que le resultaba más fácil que su alemán. Eva tradujo para Grete—. Allí se casó con mi abuela, Miriam, que también venía de Alemania y había sobrevivido al campo de concentración. Nunca la conocí. Murió antes de que yo naciera. Mis abuelos ya no eran tan jóvenes para la época cuando se casaron, ambos tenían más de treinta años.

—Así que le fue bien —concluyó Grete.

Ben sonrió. —Eso creo. Por supuesto, mis abuelos echaban de menos a sus familias y su hogar. Pero la vida continuaba y habían sobrevivido a la guerra.

—La guerra... —murmuró Grete y sus pensamientos parecieron divagar.

—Grete me contó la última vez lo hermosa que fue su infancia —intervino Eva rápidamente.

—Quiero agradecerle por todo lo bueno que su familia hizo por mi abuelo —dijo Ben.

Grete lo miró con seriedad. —Mi padre lo consideraba su deber. No tienen que agradecer nada.

Ben guardó silencio.

—Emil y yo nos conocíamos desde que aprendimos a caminar, y éramos los mejores amigos de niños —añadió Grete.

CAPÍTULO 7

Heidelberg, verano de 1929

Emil y Grete volvían juntos de la escuela a casa. —¿Cuándo viene Eva a jugar otra vez? —preguntó Emil cuando doblaron hacia su calle.

—¿Por qué siempre quieres saber cuándo viene Eva? ¿Estás enamorado de ella? —Grete alargó las últimas tres palabras para burlarse de él.

A Emil se le enrojecieron las orejas. —No, solo es más divertido cuando jugamos los tres, por eso pregunto.

Grete no dijo nada. A ella también le gustaba jugar los tres juntos, pero había notado que Emil siempre intentaba complacer a Eva en todo. También sabía por qué Emil preguntaba, pues era jueves y Eva solía venir de visita con su madre ese día de la semana.

Decidió jugar hoy a solas con Eva, así la tendría para ella. Pero justo hoy no aparecieron ni Eva ni su madre. Como Grete se aburría, finalmente fue a casa de su amigo. Tocó el timbre y un Emil radiante le abrió la puerta.

—¿Ya está aquí Eva?

Grete puso los ojos en blanco y respondió con brusquedad: —No, no está. Podemos jugar a la pelota o me voy a casa si preguntas por Eva una vez más.

Emil la miró un momento con sus grandes ojos verdes, luego dijo: —Voy a buscar la pelota.

Jugaron juntos al fútbol, pero luego llegaron unos chicos mayores que le preguntaron a Emil si quería jugar con ellos. A Grete no le dejaron participar porque era una chica, y para su decepción, Emil no la defendió.

—¡Cuando los chicos no están, soy lo suficientemente buena para el fútbol, tú... tú, cobarde! —gritó indignada.

Los otros chicos se rieron de su arrebató, pero Emil solo miró al suelo avergonzado.

Enfadada, corrió a casa. Por la noche, estaba jugando con sus muñecas en su habitación cuando pequeñas piedras golpearon su ventana. Se acercó a mirar. En la calle, justo al lado de la farola, estaba Emil mirándola tristemente. Ella le sacó la lengua en señal de protesta. Él intentó explicarle algo con gestos, pero Grete cerró la cortina. Las piedras siguieron cayendo. Enojada, abrió la ventana.

—Para ya —siseó en voz baja.

—Lo siento —dijo él.

—¡Eres un amigo malo! —gritó ella.

—Lo compensaré —intentó calmarla—. Puedes quedarte con mi piruleta de cumpleaños.

Ahora Grete se rio. —¡Está bien! —le gritó a Emil y se sintió satisfecha de haber hecho un buen trato. Sigilosamente, salió de la casa y corrió a la calle—. Fuiste muy malo conmigo hoy.

—¡Ya me he disculpado! —protestó él.

Grete lo miró. Realmente se sentía culpable. Con cuidado, más bien con tristeza, sacó la piruleta de su bolsillo derecho del pantalón. Era de franjas rojas y blancas y parecía una pelota. Antes de que Emil pudiera darse cuenta, ella se la metió en la boca. Sabía maravilloso, tan dulce que no sentía nada más. Incluso cerró los ojos por un breve momento. Cuando volvió a mirar a Emil, se dio cuenta de que había hecho un gran sacrificio. Ahora estaba visiblemente triste y eso le quitó el apetito, así que dijo: —Toma, puedes quedártela, no me gusta.

Él la miró sorprendido. —¿De verdad que no?

Ella le metió la piruleta en la boca.

—No, además es tu regalo de cumpleaños.

Él se encogió de hombros y preguntó con la boca llena: — ¿Somos amigos de nuevo?

Ella lo miró seriamente, le dio un beso en la mejilla y corrió de vuelta a casa. Por el rabillo del ojo vio cómo él la miraba confundido. Cuando llegó arriba y volvió a mirar por la ventana, ya no estaba.

Desconcertada, se acostó en la cama. Ella misma estaba sorprendida por su comportamiento. ¿De verdad había besado a un chico? Sentía que Emil ocupaba un lugar especial en su corazón y — de eso estaba segura— siempre lo ocuparía.

A la mañana siguiente, cuando estaba sentada a la mesa del desayuno con su hermano y sus padres, su padre preguntó: —Dime, ¿qué quería Emil ayer por la noche frente a nuestra casa?

—Ah, quería compartir conmigo su piruleta de cumpleaños — respondió Grete rápidamente.

¿La habían estado observando sus padres? ¿Qué habían visto?

Sus padres intercambiaron una mirada significativa.

—¿Os gustáis tanto? —preguntó el padre.

Grete se encogió de hombros. —Somos amigos... mejores amigos —añadió.

—¿Las niñas no tienen a otras niñas como mejores amigas? — quiso saber su madre.

—Pero aquí no hay niñas de mi edad. Además, me divierte más jugar al fútbol con Emil.

Su padre se rio. —A mí también me divierte más jugar al fútbol que las reuniones de café y los juegos de muñecas.

Elisabeth le lanzó una mirada furiosa. Luego se encogió de hombros y dijo: —Da igual, no os vais a casar ahora mismo.

—¿Por qué no? —quiso saber Grete—. ¿Con quién más me voy a casar? Los otros chicos de la escuela son tontos y malos.

Su padre volvió a reír. —Cuando seas una mujer joven, conocerás al hombre adecuado. Como yo conocí a mamá en su momento.

Sonrió tiernamente a su esposa.

—Papá, pero tú conoces a mamá desde la escuela.

—Eso es diferente, siempre supimos que estábamos destinados el uno para el otro —explicó su madre.

Grete suspiró y apoyó la cabeza en las manos. —Así es exactamente como me siento yo también.

Sus padres se rieron y Elisabeth dijo: —Eso no puede ser, cariño, Emil no es cristiano.

Grete miró a su madre como si le acabara de explicar que su amigo no era humano. —¿Qué más podría ser? —preguntó irritada.

—Tiene otra fe, es judío.

Conocía el término de la Biblia y también lo había escuchado en los sermones de su padre. Pero ¿qué tenía que ver todo eso con Emil? Lo conocía desde que tenía uso de razón. Y era como ella. ¿Por qué debería ser diferente de repente? Confundida, miró a sus padres.

Su madre intentó explicárselo. —Emil y su familia no creen en Jesucristo.

Grete no entendía. —¿Y por eso no debemos casarnos? —quiso saber.

Sus padres se miraron perplejos. —Sí, porque es una gran diferencia.

Su hermano Peter, que hasta ahora había guardado silencio mientras saboreaba su huevo, intervino: —Grete, simplemente olvídalo, Emil es tu amigo y eso es suficiente.

Peter era siete años mayor que Grete y estaba muy comprometido políticamente. Le molestaba la charla sobre religión, pero tenía demasiado respeto por sus padres como para contradecirlos ahora.

Después de haber comido el último bocado, pidió: —¿Puedo levantarme? Me gustaría llegar antes a la escuela hoy.

Su padre asintió.

—Nuestro Peter —suspiró Elisabeth cuando él se había ido—. Ha crecido tan rápido.

—Ah, tonterías, sigue siendo un chico, pero un chico muy inteligente —le contradijo su marido.

—Pero que a veces hable de manera tan comunista, eso me preocupa.

Al oír estas palabras, se formaron arrugas en la frente de Elisabeth.

—No te preocupes tanto, Lieschen. Es una buena señal que luche por la justicia —la consoló Fridolin. Puso su mano sobre la de su esposa y le sonrió. Elisabeth le devolvió la sonrisa. Luego miró el reloj y advirtió: —Grete, es hora, tienes que irte.

Grete se levantó, besó a sus padres y se puso los zapatos. Poco después, bajaba la calle con su mochila de cuero a la espalda. Emil estaba parado frente a su casa. Cuando ella se acercó, él gritó: —¡Mi papá nos llevará a la escuela en el automóvil!

Grete sonrió radiante y exclamó: —¡Oh, sí!

En ese momento, el padre de Emil salió a la calle. Como siempre, se veía muy elegante, con traje, sombrero y zapatos pulidos. Grete le tenía mucho respeto, tal vez incluso un poco de miedo. Pero su padre y él se llevaban muy bien, así que estaba segura de que era un buen hombre. La madre de Emil también salió para saludar a Grete. Siempre era muy amable y tan hermosa como una actriz.

—Buenos días, Grete.

—Buenos días, señora Rosenbaum.

Los niños se subieron al coche y Grete se sintió como una reina.

—¿Estáis listos? —preguntó el padre de Emil después de subirse.

—¡Sííí! —gritaron entusiasmados.

Durante el corto trayecto a la escuela, Grete observó a Emil y pensó en lo que sus padres habían dicho. Él era el niño más dulce que conocía, y el hecho de que fuera judío no suponía ninguna diferencia para ella.

Al llegar a la escuela, el padre de Emil acarició el cabello de ambos niños a modo de despedida y esperó hasta que entraron en el patio del colegio. Los otros niños miraban con envidia el hermoso automóvil. Grete tomó la mano de Emil y entró orgullosamente con él en el edificio de la escuela.

El domingo siguiente, sorprendentemente, Eva vino al servicio religioso con sus padres. Después, se quedarían a almorzar. A su padre no le gustaba la idea, Grete podía notarlo por su mirada. Se sentó junto a su esposa en el banco de la iglesia y Grete le oyó susurrar: —Quería hacer una excursión con vosotros. En lugar de eso, tengo que hablar con mi cuñado sobre sus opiniones primitivas.

—Frido, no seas así, son familia.

—Simplemente quiere comer algo rico en algún lado.

—¡Frido! —le reprendió Elisabeth indignada.

Él le dio unas palmaditas conciliadoras en la mano y se dirigió al púlpito.

A Grete le gustaba estar en la iglesia, sobre todo le gustaba cantar y los sonidos del órgano, tenía algo majestuoso. Durante los sermones, solía soñar despierta. Su tío, su tía y Eva estaban sentados en uno de los bancos de atrás. De vez en cuando, Grete miraba a su prima. Entonces esta le sonreía y le saludaba brevemente con la mano.

Durante el almuerzo, todos se sentaron a la gran mesa del comedor. Hoy incluso a los niños se les permitía comer junto con los adultos, en lugar de en la mesa de los niños en la cocina como era habitual. Por un lado, era más solemne, por otro, no se podía hacer tonterías. El tío Albert y la tía Johanna estaban sentados frente a sus padres, Eva y Grete estaban sentadas una al lado de la otra en un lado de la mesa, Peter en el otro lado junto al tío Albert.

—Bueno, ¿qué hay de delicioso hoy? —preguntaba justo el padre de Eva.

—Sopa de albóndigas de tuétano y luego asado, patatas y zanahorias —respondió orgullosa la madre de Grete—. Tardará un momento más en estar todo caliente.

Se había puesto un delantal blanco para no ensuciar el bonito vestido azul. A pesar de los tacones altos, se movía con mucha elegancia. Junto con Johanna, desapareció una vez más en la cocina.

Albert se dirigió al padre de Grete: —Buen sermón, Frido... pero ¿sabes qué me interesa?

Su padre preguntó algo aburrido: —¿Qué?

—¿Por qué no hay justicia con Dios?

El pastor lo miró desconcertado. —Con Dios sí hay justicia. Pero tal vez no de inmediato y no siempre reconocible para nosotros.

Albert hizo un gesto de desdén. —¿De qué me sirve la justicia en la próxima vida o en veinte años? —preguntó. Sin esperar una respuesta, continuó—: Hitler, por ejemplo, defiende al hombre común.

El padre de Grete puso los ojos en blanco. —Hitler es un hombre pequeño con un gran ego.

—Él también viene de una familia obrera y sabe cómo es. Por eso quiere cambiar algo en la sociedad —respondió el tío Albert.

—Ajá, ¿y qué quiere hacer para que *tú* estés mejor? —preguntó provocativamente el padre de Eva.

Albert era o demasiado simple para reconocer el sarcasmo, o lo notó pero no lo demostró, porque siguió hablando: —Se avecinan muchos cambios. Cuando Hitler llegue al poder, eliminará a los parásitos que nos quitan todo a los alemanes.

Grete, que normalmente no prestaba atención a las conversaciones de los adultos porque le parecían aburridas, notó que las orejas de su padre, normalmente tan tranquilo, se ponían completamente rojas.

—¿Disculpa? —preguntó, mirando fijamente a Albert.

Este no se dejó intimidar, sino que explicó: —Entonces por fin tendré la vida que me corresponde en mi propio país.

—¿Y quiénes son esos *parásitos*? —Su padre enfatizó la palabra de una manera que dejaba claro que no compartía en absoluto la opinión de su cuñado.

—¡Los judíos, ¿quién más! —La voz de Albert se elevó.

Su padre lo miró con desprecio: —Los judíos también son alemanes.

Albert se rio. —¡Ja, esa chusma no son alemanes!

Su padre golpeó la mesa con el puño tan fuerte que la vajilla tembló y las mujeres acudieron corriendo asustadas desde la cocina.

—¡Si quieres seguir comiendo en mi mesa, nunca vuelvas a hablar así de los judíos!

—¿Qué está pasando? —preguntó Elisabeth.

Los niños se habían quedado muy callados, solo Peter se puso de pie, miró a su padre y le aplaudió.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Johanna preocupada—. ¿Albert? —Conocía a su marido y temía que él fuera la razón del mal ambiente en la mesa.

—Todo está bien —los tranquilizó Fridolin—. Cuando los hombres hablan de política, a veces se levanta la voz.

Las mujeres se apresuraron a poner la sopa en la mesa. Fridolin miró a Albert con evidente desaprobación, pero este solo tenía ojos para la sopera. La mirada de Grete iba de uno a otro. No esperaba tal arretrato de su padre. De él, que tan a menudo predicaba sobre el amor al prójimo, que aunque era estricto, siempre era cariñoso.

¿Es realmente malo el tío Albert?, se preguntó Grete. Estaba en contra de los judíos, eso lo había entendido. Pero si su padre odiaba tanto a Albert, debía ser una persona terrible.

Fridolin quería decir algo más, pero su esposa se acercó rápidamente a su lado y puso cariñosamente su mano sobre su hombro. Se miraron y él tragó saliva con dificultad, como si tuviera que tragar un nudo muy grande. Como si hubieran llegado a un acuerdo cuyo cumplimiento le resultaba difícil. Se mantuvo en calma, tan calmado que no dijo ni una palabra más el resto de la tarde. Y obviamente había perdido el apetito, pues apenas tocó su comida.

El tío Albert, sin embargo, parecía considerar toda la situación como una especie de pequeña victoria sobre el culto y arrogante pastor. Se retorció el bigote y se sirvió el plato varias veces.

Cuando terminaron de comer, Grete preguntó: —¿Podemos ir a jugar afuera?

Las madres asintieron y las niñas se levantaron. El pastor y Peter también se disculparon. En la mesa solo quedaron las dos mujeres y Albert, que miró a su alrededor desconcertado. Las niñas no prestaron atención. Salieron corriendo entre risitas.

—¿Qué tiene tu padre contra los judíos? —preguntó Grete a su prima cuando estaban en la calle.

Eva solo se encogió de hombros y echó a correr. No se detuvo hasta llegar al automóvil de los Rosenbaum y miró a través de las ventanas para examinarlo más de cerca. Como Albert no se preocupaba por su hija —pues para él los niños eran claramente asunto de mujeres— no tenía idea de que su hija jugaba con un judío.

Grete informó con orgullo que había viajado en el auto con Emil. Eva la miró con sus ojos oscuros, admirada y al mismo tiempo un poco envidiosa.

—¿Es realmente el automóvil de Emil?

Grete asintió. —Nos sentamos aquí atrás.

Como si su compañero de juegos las hubiera estado esperando, en ese momento se abrió la puerta de la casa y él salió corriendo a la calle. Las niñas soltaron una risita.

—Le he contado a Eva que fuimos a la escuela en el automóvil —informó Grete.

Emil asintió con orgullo. Eva los miró con envidia y exclamó rápidamente: —¡Vamos a jugar!

—¿A la gallina ciega? —preguntó Emil.

Las niñas asintieron y los tres fueron al pequeño prado junto a la iglesia. Emil fue el primero en tener los ojos vendados. Las niñas se reían, corrían y lo llamaban constantemente. Finalmente logró atrapar a Eva. La sostuvo por la manga mucho más tiempo del necesario.

—¡Oye, suéltala! —gritó Grete celosa e intentó separarlos.

—¡Es solo un juego! —exclamó Eva y sonó casi un poco enojada.

Grete miró a su prima desconcertada. En ese momento, los padres de Eva salieron de la casa parroquial. Obviamente habían tenido una diferencia de opiniones.

—¿Tienes que discutir siempre con todo el mundo? —siseó la madre de Eva.

—Hay que decirles lo que uno piensa, el señor pastor se cree que es mejor que los demás.

—Nos ha ayudado muchas veces —le advirtió ella.

—Sí, sí, pronto no necesitaremos más ayuda de ellos.

Su esposa suspiró. Mientras tanto, Albert había descubierto a los niños y llamó a su hija. —¡Ven, Evi, nos vamos!

Ella suplicó: —Papi, ¡pero si acabamos de empezar a jugar!

—Puedes seguir jugando en casa.

—Y el jueves puedes volver a jugar con Grete —añadió su madre.

Eva sabía que su padre no toleraría ninguna réplica. Decepcionada, corrió hacia sus padres. Cuando los alcanzó, se dio la vuelta una vez más y miró a los otros dos con envidia. Grete sintió lástima por ella. Le gustaba el tío Albert aún menos que antes del

almuerzo. Le reprochaba haber provocado así a su padre. Y ahora su prima tenía que irse a casa tan temprano.

Por la noche, los padres de Grete y Emil estaban sentados juntos en el jardín de la casa parroquial. Emil y Grete jugaban al *Parchís*, pero al mismo tiempo escuchaban las conversaciones de los adultos. Peter estaba sentado con el grupo de los mayores.

—Me preocupa nuestro país —suspiró el padre de Grete y dio una calada a su cigarrillo.

—Frido, no seas tan negativo —le advirtió su esposa.

—Todavía está todo en orden, pero hay muchos fanfarrones como mi cuñado. Si todos se unen a Hitler, no veo un buen futuro para nosotros.

—No entiendo por qué todos se ensañan con los judíos... —intervino Elisabeth.

—Eso viene desde la Edad Media. La gente siempre anhela encontrar un culpable que sea diferente a ellos —comentó Esther—. Me preocupa mucho a dónde nos llevará todo esto.

Bebió un sorbo de licor.

—Los tiempos han cambiado, la gente ya no es tan tonta como antes. Además, acabamos de salir de una guerra —objetó Elisabeth.

—Pero la gente tonta como Albert es mayoría —afirmó Peter lacónicamente.

—Espero que no —contradijo su padre. Luego se dirigió a su esposa—: Lieschen, ¿Albert se comió todo el pastel o queda algo para nosotros?

Le sonrió, intentando aligerar un poco el ambiente tenso.

—El pastel lo escondí —respondió su esposa con una sonrisa pícara mientras se levantaba—. Voy a buscarlo.

CAPÍTULO 8

Presente

—Es interesante saber de mi bisabuelo. Solo sabía que era profesor —comentó Ben—. Pero ahora incluso conozco la marca de su coche.

Sonrió con complicidad.

—Él y mi padre eran buenos amigos. A menudo se sentaban juntos por las noches, fumaban cigarrillos y discutían sobre religión y política —recordó Grete.

Ninguno de los tres había comido o bebido nada hasta ahora, tan fascinados estaban con los recuerdos de la anciana.

—Entonces hagamos una pausa ahora y probemos ese delicioso pastel —sugirió Eva—. El té ya está completamente frío.

Grete observaba a Ben casi sin interrupción. —Usted se parece mucho a su abuelo. —Él sonrió—. Emil era un hombre guapo. Eva y yo estábamos enamoradas de él.

—¿Su prima Eva? —preguntó Ben y Grete asintió.

—Se decía que si mi padre hubiera sido una niña, mis abuelos la habrían llamado Eva —comentó Ben pensativo.

La anciana asintió. —Lo creo. Él también estaba muy enamorado de ella.

—Pensé que de usted, Grete —intervino Eva.

Una vez más, la mirada de la anciana se perdió en la distancia y sonrió. —Esa es una historia complicada.

—¡Quiero escuchar más! —pidió Eva.

—Cuando lo cuento así, tengo la sensación de estar de nuevo en el pasado. No vi a Eva durante mucho tiempo después del incidente con su padre. No vino el jueves como su madre había prometido, ni tampoco en la semana siguiente. Sin embargo, en algún momento nuestras madres se encontraron en el parque, sin nuestros padres, y Eva y yo jugamos juntas. Pero eso pronto terminó porque la familia de Eva se mudó porque el tío Albert había encontrado trabajo en otra ciudad. Después de dos años regresaron a Heidelberg, debió ser alrededor de 1931 o 1932, poco antes de que los nazis llegaran al poder. Creo que él había perdido su trabajo de nuevo, debido a la Gran Depresión. Eva y yo luego fuimos juntas a la clase de confirmación.

Eva y Ben escuchaban fascinados a la anciana. Era difícil comprender cuánto había vivido ya. Eventos que solo conocían de las clases de historia, ella los había experimentado de primera mano.

—¿Cómo les afectó la crisis? —preguntó Eva.

—Mis padres y algunos miembros de la congregación de la iglesia que aún tenían buenos trabajos, abrieron un comedor social y así apoyaron a aquellos que ya no tenían nada. A menudo ayudaba. Me daba alegría apoyar a estas personas que habían caído en tal situación de emergencia debido a la mala situación económica.

—¿Y Emil?

—Ya no jugábamos juntos a menudo, me daba vergüenza porque algunos chicos nos llamaban tortolitos enamorados. Además, él luego fue al gimnasio de chicos y tenía más amigos varones. Yo asistía a la escuela secundaria y a mi edad ya no era apropiado jugar con chicos en la calle. Aunque todavía vivíamos en la misma calle, rara vez veía a Emil. Eva y yo solo nos encontrábamos en las fiestas familiares después de la confirmación. Su padre obtuvo la posición política que tanto anhelaba gracias a la toma del poder de Hitler y de repente pudo hacer una carrera de su participación en las SA.

Ya en 1933, los primeros profesores judíos de la Universidad de Heidelberg fueron despedidos. El padre de Emil se salvó inicialmente

porque había servido en la Primera Guerra Mundial. Al principio, mucha gente no podía imaginar cuánto empeoraría la situación de los judíos en tan poco tiempo. Familias como los Rosenbaum estaban integradas en la sociedad alemana desde hacía generaciones. Pero con la Ley de Ciudadanía del Reich de 1935, que finalmente excluyó a los judíos de los cargos públicos, también fue expulsado junto con los demás profesores judíos de la universidad. Los judíos eran ahora definitivamente ciudadanos de segunda clase en Alemania. La familia se mudó entonces con parientes a Francia. Emil y yo no nos vimos durante años. Al principio todavía nos escribíamos cartas, pero eso pronto terminó. En 1937 comencé un aprendizaje como librera en Mannheim y me mudé a mi propia habitación allí. Eso era bastante inusual, pero mis padres lo querían así para no ponerme en peligro. Eran miembros de la Iglesia Confesante y ayudaban a los judíos a salir del país estableciendo contactos con el pastor Maas. Mi padre también abogó por los discapacitados.

—¿Entonces no tuvo más contacto con mi abuelo hasta su huida?
—preguntó Ben.

Con una sonrisa soñadora, Grete respondió: —Oh, sí...

CAPÍTULO 9

9 de noviembre de 1938

Grete tocó el timbre del apartamento de sus padres. Por el rabillo del ojo, vio un Mercedes negro al otro lado de la calle, como en los viejos tiempos. ¿Había alguien de visita en la casa de los Rosenbaum? Hasta donde ella sabía, la casa seguía siendo propiedad de la familia, aunque Emil viviera ahora en Francia con sus padres.

En ese momento, su madre abrió la puerta.

—¡Grete! —Elisabeth extendió los brazos para saludar a su hija—. ¿Cómo estás, mi niña? ¿Nos has echado de menos?

Una vez dentro, Grete se quitó el sombrero marrón y el abrigo, y se pasó la mano por su pelo rubio corto para que cayera mejor. Luego se quitó las botas, que estaban muy sucias.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó su madre.

Grete señaló hacia afuera y respondió:

—En bicicleta.

—¿Todo el camino desde Mannheim? —Grete asintió.

Elisabeth notó que estaba alterada y preguntó:

—¿Está todo bien?

—¿Está papá? —preguntó Grete en lugar de responder.

—En el despacho —respondió su madre, señalando la oficina parroquial.

—Necesito hablar con él.

Grete dejó las botas y fue en calcetines hasta el despacho. Después de que su padre la invitara a entrar, pasó y cerró la puerta con cuidado detrás de ella.

—Papá, ¿tienes un momento? —soltó.

Fridolin levantó la vista sorprendido de la hoja en la que acababa de escribir algo. Cuando vio a su hija, sonrió.

—¡Grete! ¿No deberías estar trabajando hoy?

Ella negó con la cabeza:

—Me he tomado la tarde libre.

Tenía lágrimas en los ojos. Su padre se levantó, puso su mano sobre el brazo de ella y preguntó:

—¿Qué pasa, Gretchen?

—Delante de la librería han golpeado a un chico. Me recordaba tanto a Emil. Ay, papá, ¿crees que Emil está bien? Nadie quería ayudar al chico. Lo llevé a la tienda y le lavé la cara y le curé las heridas. Y luego mi compañera se enfadó, diciendo que tendríamos que desinfectar toda la tienda porque esa plaga había entrado. ¿Te lo puedes imaginar?

Fridolin la abrazó fuertemente y no dijo nada durante un buen rato. Luego explicó con voz baja pero firme:

—Se avecinan tiempos difíciles, el infierno se desatará sobre nosotros.

Grete empezó a sollozar. Si su padre lo decía así, la cosa era realmente seria.

—Debemos actuar con sabiduría y ser cautelosos —advirtió.

Grete asintió, aunque no sabía exactamente a qué se refería.

—Grete, ¿puedo confiar en ti? —preguntó, mirándola profundamente a los ojos.

Cuando ella asintió, su padre continuó:

—Grete, ¿de qué lado estás?

Ella lo miró asustada.

—¿A qué te refieres?

—¿Estás del lado de la mayoría?

—¿Qué mayoría?

Cuando él señaló con los ojos hacia fuera, ella negó con la cabeza horrorizada y exclamó:

—No, por supuesto que no.

—Grete Selig, ¿quieres ayudarme entonces?

Ella asintió y él continuó:

—¡Porque ha llegado el momento en que se separa la paja del trigo!

Ella solo pudo asentir en silencio una vez más.

—Entonces ven conmigo.

Su padre la llevó arriba, al desván. Allí, en medio de viejos muebles polvorientos y cajas, estaba Emil acurrucado. Tenía mal aspecto, llevaba una barba descuidada y el pelo alborotado. Su mirada era triste cuando se levantó y preguntó inseguro:

—¿Grete?

—¿Emil?

Grete se acercó a él, las tablas del suelo crujieron ruidosamente. Se dieron la mano algo torpemente. Hacía tanto tiempo que no sabía nada de él. En realidad, le habría gustado preguntarle cómo estaba, pero la expresión de su rostro hacía innecesaria la pregunta.

—¿Qué haces aquí?

—Eva me advirtió, por su padre sabía que esta noche se planeaban cosas terribles contra los judíos.

—¿Nuestra Eva?

Grete miró a su padre. Él asintió.

—¿Desde cuándo estás aquí? —le preguntó a Emil.

—Solo desde hoy —respondió y tragó saliva—. Eva tuvo la idea de venir con vosotros. Sois los únicos en quienes confía.

Frido puso su brazo alrededor de los hombros de Emil.

—Si ya no pude ayudar a tu padre, al menos te salvaremos a ti. Lo mejor es que te quedes aquí arriba hasta que encontremos una mejor solución.

—Ni siquiera sabemos si realmente va a pasar algo —objetó Emil.

—Ya han ocurrido tantas cosas terribles... —respondió Fridolin resignado—. Esperemos a ver qué pasa esta noche. Solo podemos

esperar lo mejor... Pero... Ya ha habido tantos pogromos en la historia.

—Me quedaré solo hasta que la situación se calme otra vez. Tal vez ni siquiera sea tan malo. Entonces veré cómo puedo salir de Alemania.

—Te ayudaremos en todo lo que podamos.

Grete preguntó:

—¿Qué pasa con tu padre?

—Falleció hace poco —respondió Emil.

—Oh, lo siento mucho. —Eva miró afligida a su amigo de la infancia.

—Vinimos a Heidelberg para vender la casa. Al principio mi padre pensó que pronto podríamos volver del exilio. Pero poco después de nuestra llegada, se manifestó un antiguo problema de estómago y tuve que llevarlo al hospital.

—Esos inhumanos no quisieron tratarlo —contó Fridolin indignado—. Estaba enfermo, pero no se ocuparon de él.

—Solo cerraré la venta y luego volveré a Francia —enfaticó Emil.

—Sí, pero nadie te pagará un precio justo. ¡Esos cerdos!

—Papá —advirtió Grete y le puso una mano en el hombro.

—Todo saldrá bien —dijo Emil—. Ya verán.

—Realmente espero que tengas razón —suspiró Fridolin—. Voy a bajar, seguro que ustedes dos tienen mucho de qué hablar y yo todavía tengo que trabajar un poco.

Asintió a los dos y bajó lentamente por la escalera.

Grete miró a su alrededor. Junto a viejos juguetes, ropa descartada y otras cosas que se guardaban por si acaso se necesitaran algún día, arriba había una cama vieja, un armario y un sillón carcomido por las polillas. Grete se sentó al lado de Emil en la cama, que evidentemente había sido recién tendida hacía poco.

—¿Dónde has estado todos estos años? —preguntó.

—En el sur de Francia. Tenemos parientes allí. Mi padre intentó conseguir un puesto en una universidad. Sin embargo, su francés era demasiado malo para eso, así que tuvo que dar clases particulares. Pero yo pude asistir a un buen instituto.

Aunque no se habían visto en años, Grete automáticamente puso su brazo alrededor de él. Todavía sentía el mismo afecto que cuando iban juntos a la escuela primaria y jugaban al fútbol.

Pero Emil había cambiado mucho. Se había convertido en un hombre atractivo, si se pasaba por alto su mal estado. En sus ojos había una tristeza que lo hacía parecer mayor. Grete quería quedarse con él, consolarlo, ayudarlo. Por primera vez en su vida, se avergonzó de ser alemana.

—Lo siento tanto, todo esto.

Emil miró al suelo. —Alemania ya no es el país de nuestra infancia.

—Probablemente empeorará, tienes que irte de aquí cuanto antes!

Él asintió y guardó silencio. Grete le habló de su formación para romper el silencio, y él pareció alegrarse de la distracción, pues la escuchó atentamente.

—Te traeré algunos libros para que tengas algo que hacer —prometió.

—Gracias —respondió con voz cansada.

En su habitación, reunió algunas novelas y volvió a subir al ático. Emil estaba tumbado en la cama mirando al techo. Las pequeñas ventanas del techo eran las únicas fuentes de luz en la oscura habitación. El día estaba nublado y en la penumbra, el polvoriento ático era aún menos acogedor que de costumbre.

—Podríamos hacer el ático un poco más acogedor, si quieres —ofreció Grete.

—No hace falta, no me quedará mucho tiempo —respondió Emil. Parecía ausente.

Grete no sabía qué más decir, así que se despidió y bajó para ayudar a su madre con la cocina. Estaba haciendo crepes, que solían ser el plato favorito de Emil.

Cuando Grete volvió al ático con un plato, Emil estaba leyendo una de las novelas que le había traído.

—¿Aún te gustan? —preguntó, señalando con la cabeza el plato de crepes.

Él asintió y ella lo vio sonreír por primera vez ese día. Le entregó el plato. Había untado los crepes con una gruesa capa de mermelada de fresa casera. Él aspiró el aroma y ella vio que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo recuerdos que despiertan.

Ella le acarició la cabeza. —Todo saldrá bien.

Él la miró con los ojos enrojecidos y asintió.

—Vamos, come antes de que se enfríen.

Emil cortó el primer bocado y Grete también arrancó un trozo de crepe. Quería distraerlo, animarlo y preguntó: —¿Te acuerdas de cómo me enfadaba siempre con los otros chicos porque no me dejaban jugar?

—Y eso que jugabas mejor al fútbol que yo.

Ambos se rieron. Hablaron un buen rato sobre su infancia, luego Grete volvió a bajar. Empezaba a oscurecer. *¡Esta noche los nazis han planeado algo!*, pensó Grete con el corazón encogido.

Sus padres cerraron todas las puertas con llave por precaución y cerraron el ático. Luego se sentaron en la sala de estar como si fuera una noche normal. Habían puesto un juego de mesa sobre la mesa y hablaban en voz baja, pero de vez en cuando se producían largas pausas porque todos escuchaban por si oían algo.

Justo cuando pensaban que quizás había sido una falsa alarma, oyeron cantos y gritos desde fuera. Grete miró con cautela a través de las cortinas. Un pequeño grupo de hombres de las SA marchaba frente a su casa. Después volvió a hacerse el silencio.

Cuando no pasó nada más en las dos horas siguientes, los Selig sintieron alivio.

—Parece que no va a ser tan malo como temía —dijo Fridolin y respiró hondo—. Vamos a dormir.

Así lo hicieron, pero Grete se revolvía inquieta en su cama. Simplemente no podía conciliar el sueño, así que decidió ir a ver a Emil una vez más. Con cuidado, abrió la trampilla del ático y bajó la escalera. Subió en camisón y descalza.

—¿Emil? ¿Estás dormido? —preguntó insegura en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —preguntó él asustado.

—Nada, nada. Es que no puedo dormir y quería ver cómo estabas.

Él encendió una vela y la habitación se iluminó un poco.

—No ha pasado nada malo —le contó para tranquilizarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Los locos de las SA solo han pasado cantando por las calles.

—Eva dijo que sería terrible. Habló de que querían incendiar sinagogas.

—¿Eso lo dijo el tío Albert?

Él asintió.

—¿Cómo te encontraste con ella? —preguntó Grete.

—¿Con quién?

—Con Eva.

Se encogió de hombros. —Casualidad.

Ella lo miró pensativa y preguntó: —¿Te quedarás en Francia?

Emil se frotó la frente desconcertado. —Francia o Inglaterra. En realidad, me gustaría ir allí a estudiar. Pero si escuchas a Hitler, él quiere gobernar toda Europa.

Grete se sentó a su lado en la cama y puso su brazo alrededor de su hombro. —Dime cómo puedo ayudarte.

Él le devolvió la mirada e intentó sonreír. —Lo haré, gracias.

Grete hubiera querido abrazarlo y besarlo. Quería ayudarlo, protegerlo. *Es como antes*, pensó. Ya de niña había estado enamorada de él, aunque no había sabido identificar bien sus sentimientos. Y ahora la invadían los mismos sentimientos, solo que mucho más fuertes.

Él, por su parte, se mostraba reservado. Por supuesto. ¿Qué más podía hacer en una situación así? Siguieron hablando un rato y rieron juntos sobre sus recuerdos de infancia.

—Es hermoso cuando te ríes —dijo ella.

—Gracias por hacerme reír —respondió él.

Mucho después de la medianoche, ella se despidió de él, pero incluso cuando estaba acostada en su cama, sus pensamientos seguían con Emil. Las mariposas revoloteaban en su estómago y se sentía feliz de que él estuviera allí.

De buen humor, Grete se levantó a la mañana siguiente. Se puso un bonito vestido azul y pasó mucho tiempo peinándose. Luego fue a la escalera para preguntarle a Emil qué quería desayunar. Se detuvo asustada. La trampilla del ático estaba abierta y la escalera extendida. ¡Pero ella había cerrado la trampilla!

Desde arriba escuchó la voz de Emil y la de una mujer. No era su madre. Sigilosamente se acercó a la escalera, subió unos cuantos peldaños y miró hacia arriba. Se quedó paralizada del susto. Allí estaba Eva.

Emil sostenía su mano mientras ella le hablaba con insistencia: — Es terrible, no puedes salir de ninguna manera. Las tiendas y sinagogas han sido destrozadas e incendiadas, han arrastrado a la gente fuera de sus casas y los han golpeado. Ya no estás seguro en Alemania.

Eva hablaba rápido, prácticamente temblaba. Grete se dio cuenta por primera vez de lo guapa que era su prima. Tenía el pelo oscuro, grandes ojos marrones y parecía mayor y más madura de lo que sus diecinueve años sugerían. No llevaba maquillaje y aun así sus labios y mejillas tenían un hermoso color rojo.

—Pero tú estás aquí —susurró Emil.

Ella le acarició el pelo y él rozó sus labios con los suyos tan tiernamente que Grete sintió una punzada de dolor.

De repente, imágenes de su infancia aparecieron en su mente. ¿Ya estaba enamorado de Eva en aquel entonces? ¿Tal como ella lo estaba de él?

Las dos primas siempre se habían llevado bien, pero Grete a menudo había notado que Eva era la preferida. Ella misma siempre había sido directa y más bien escéptica, mientras que Eva, con sus hermosos ojos de cierva y su bonita sonrisa, se ganaba rápidamente a la gente. Y evidentemente no solo a los adultos de entonces, sino también a Emil.

Grete estaba petrificada mientras los observaba.

—El mundo está loco, querido, y nosotros estamos en medio de todo.

Emil se inclinó y besó a Eva, tímida y cuidadosamente. Ella, en cambio, le devolvió el beso de una manera nada tímida; Grete podía

sentir literalmente su pasión.

Se sintió como una intrusa y se mareó. Silenciosamente se escabulló a su habitación. Se sentía aturdida y enferma. ¡El hombre del que se había vuelto a enamorar amaba precisamente a su prima!

Miró por la ventana. La calle estaba vacía, el día de noviembre sombrío. No quería estar sola ahora. Así que fue a la cocina con sus padres. Los dos interrumpieron su conversación cuando Grete entró y la miraron asustados y con lágrimas en los ojos.

—¿Qué os pasa? Parecéis haber visto un fantasma.

—¡El fin del mundo ha llegado! —exclamó su madre.

—En todas las ciudades han incendiado las sinagogas y expulsado a los judíos de sus casas —informó su padre con voz quebrada—. También aquí en Heidelberg, las SA quemaron la sinagoga durante la noche. Todavía se ve el humo negro sobre el casco antiguo. Cuando llegaron los bomberos, solo se les permitió evitar que el fuego se propagara a las casas de alrededor. Además, destrozaron las tiendas de los judíos y la policía arrestó a docenas de hombres. No sé adónde se los han llevado ni qué piensan hacer con ellos. ¡Es terrible!

Grete guardó silencio, horrorizada.

—¿Qué va a pasar ahora con Emil? —preguntó después de un rato.

—Se quedará aquí hasta que la situación se calme, y entonces tendremos que sacarlo del país. ¿Te ha dicho que le quitaron los papeles?

—No.

—Probablemente no quería preocuparte. Al entrar le retiraron el pasaporte porque mientras tanto le habían revocado la ciudadanía. Ahora tendría que solicitar un permiso de salida. Pero no lo conseguirá tan fácilmente. Por eso tiene que quedarse aquí por ahora. No sea que también lo encierren. Pero Grete, no le cuentes a nadie que está aquí. Por su bien y por el nuestro.

Grete negó con la cabeza y exclamó: —¡Papá, nadie te hará daño. Eres el pastor!

—No estés tan segura. ¿Sabías que cada vez llevan a más clérigos a los campos de concentración? Hasta ahora principalmente

católicos, pero nosotros los protestantes no nos libraremos por mucho tiempo.

Grete necesitó un momento para comprender lo que había dicho.

—Eva está arriba con Emil. ¿Quieres ir a saludarla? —preguntó su madre.

Grete se encogió de hombros. —Sí, puedo hacerlo.

Tomó un café para ganar tiempo. Luego subió de nuevo. ¿Qué le esperaba allí?

Ya desde abajo gritó «Buenos días» para que los dos estuvieran preparados.

—¡Grete! —exclamó su prima con una sonrisa radiante.

Las dos jóvenes se abrazaron, y Grete se tragó su tristeza y le devolvió la sonrisa.

—Vaya, no nos hemos visto desde el cumpleaños de tu madre, ¿verdad? —exclamó Eva—. ¿Cómo va tu formación?

—Bien. Aunque cada vez prohíben más libros. Eso no me gusta nada. Ni a mi jefe tampoco. Los pensamientos deberían permanecer libres.

—Sí —asintió Eva.

—¿Y tú?

—El trabajo por turnos es agotador —respondió Eva—. Pero es maravilloso ayudar a la gente a recuperar la salud.

Grete asintió y dijo: —Sí, me lo puedo imaginar. Pero no sería lo mío.

De repente, Eva soltó: —Vaya, ahora estamos los tres aquí arriba en vuestro ático y somos adultos. Y hace poco todavía jugábamos juntos fuera.

Sus palabras hicieron que los tres sonrieran involuntariamente.

—Cuéntame, Eva, ¿cómo os habéis encontrado vosotros dos? —preguntó Grete.

—En el hospital donde estoy haciendo mi formación. —Miró a Emil y sonrió—. Al principio ni siquiera nos reconocimos.

Grete los observaba atentamente y sintió otra punzada en el corazón al ver cómo intercambiaban miradas tiernas. Realmente estaban enamorados. Su prima y Emil. Dos personas que le agradaban. Que le agradaban demasiado.

Los celos surgieron en su interior. Pero bajo ninguna circunstancia debían notarlo. Así que Grete sonrió y preguntó:

—¿Puede ser que ustedes dos me estén ocultando algo?

Emil y Eva se miraron y luego su prima dijo:

—¿Por dónde empiezo? Mejor sentémonos.

CAPÍTULO 10

Un mes antes

Al final de su turno, Eva se apresuró hacia la salida del hospital, sosteniendo un grueso manual médico en la mano. Le echó un último vistazo y suspiró internamente. ¡Menuda tarea se había propuesto!

En ese momento, chocó con un hombre que entraba al hospital. El libro se le cayó de las manos y, aunque intentó atraparlo como un malabarista torpe, el pesado tomo terminó en el suelo poco después.

El hombre recogió algunos papeles que se habían caído y ella también se agachó para ayudar. Pero él ya tenía el libro en la mano y se incorporó. Era joven, tal vez de su edad, tenía grandes ojos verde-marrones y su rostro era muy atractivo, simétrico, con una hermosa nariz recta.

Eva se quedó perpleja. Esos ojos le resultaban familiares. Él también la miró algo sorprendido. Pasó un breve momento hasta que logró decir —Disculpe.

Ella se aclaró la garganta e intentó recuperar la voz. Pero no salieron palabras, sino solo un murmullo incomprensible. Se aclaró la garganta de nuevo y con todas sus fuerzas balbuceó: —Ha sido mi culpa.

Él le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Le resultaba difícil apartar la mirada de él. Solo cuando un hombre detrás de ellos gritó —¡Dejen paso aquí!—, volvió a ser consciente de su entorno.

Avergonzados, se apartaron unos pasos y el joven le entregó el libro.

—¿Es usted médica? —preguntó tímidamente.

Ella se rio. —No, no, estoy estudiando para ser enfermera.

Él sonrió con admiración. —Es una buena profesión.

Ella asintió. Él no podía apartar la mirada de ella y Eva casi se perdió en sus ojos. Un calor desconocido la envolvió, uno que quería sentir para siempre. Le hubiera encantado abrazarlo y no soltarlo. Supo de inmediato que él sentía lo mismo, aunque no dijo nada, sus miradas hablaban por sí solas. El mundo a su alrededor carecía por completo de importancia, como si una nube los hubiera engullido a ambos.

Los sentimientos la abrumaron, le costaba hablar. Finalmente, él rompió el hielo. Eva, completamente aturdida por esa nube que también afectaba sus otros sentidos, al principio no lo entendió y debió parecer tan confundida que su sonrisa se ensanchó. Se aclaró la garganta brevemente y repitió una vez más.

—Emil Rosenbaum —se presentó. Al hacerlo, le tendió la mano.

Ella lo miró confundida. Él seguía tendiéndole la mano, y cuando las puntas de sus dedos tocaron la palma de ella, tuvo que sonreír. Sus dedos eran suaves y cálidos y deseó que su mano sostuviera la suya para siempre. Un poco tímidos, se soltaron de nuevo.

—¿Rosenbaum? —repitió ella—. ¿Emil Rosenbaum? Yo soy Eva.

Él la miró sorprendido: —¿Eva? —Sus ojos se movieron de los ojos de ella a su cabello y a su boca—. ¿Quieres decir... quiere decir... Disculpe, ¿tiene por casualidad una prima llamada Grete Selig?

Ella asintió y de repente una amplia sonrisa se extendió por su rostro.

—¿No puede ser, verdad? ¿Eres realmente la pequeña Eva? —preguntó él.

Ella asintió y contradijo al mismo tiempo: —Solo que ya no tan pequeña.

Luego ambos guardaron silencio. El mundo pareció detenerse. Para Eva, solo existía este chico del que se había enamorado cuando era una niña pequeña. Por él siempre había convencido a su madre de visitar a su prima favorita, Grete. Porque quería saber tanto sobre la fe cristiana, le había dicho a su madre. Pero en realidad solo quería jugar con Grete y ver al chico del vecindario.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó él—. Seguramente diez años, ¿no?

Ella asintió. —Nos mudamos y de alguna manera el contacto con Grete se limitó solo a las fiestas familiares. Nuestros padres no se llevan nada bien.

—Grete y yo tampoco nos hemos visto en mucho tiempo. Los últimos años he estado... —hizo una pausa, miró a su alrededor con cautela y luego continuó—, ...estudiando en Francia debido a la situación actual aquí.

Ella se iluminó. —Me encanta el idioma francés.

Fue la primera vez que él no sonrió. —Hubiera preferido quedarme aquí.

Eva sabía que se refería a la situación política. Se avergonzaba de lo que se les estaba haciendo a los judíos, pero trató de superar el momento incómodo preguntando: —¿Y tus padres?

—Mi padre está enfermo, por eso estoy aquí. Pero no logramos encontrar un buen médico para él, somos... —Le costaba pronunciar la palabra—. Al parecer, acaban de emitir una nueva ordenanza que prohíbe a los médicos alemanes tratar a judíos.

Eva asintió. —Sí, he oído hablar de eso. Pero no todos los hospitales lo interpretan de manera tan estricta. Hasta donde sé, la dirección del Hospital Universitario es menos cautelosa. Conozco a una enfermera que trabaja allí. ¿Quieres que le pregunte?

—Eso sería maravilloso.

—Hablaré con ella más tarde. ¿Dónde está tu padre ahora?

—En nuestra casa. Pero no se encuentra bien.

Emil se pasó nerviosamente la mano por el pelo. Quería decir algo e intentó dos veces. Finalmente preguntó: —¿Tienes tiempo? ¿Quieres dar un paseo? ¿Hablar de los viejos tiempos?

Ella asintió. Cada minuto con él era un tesoro precioso para ella y deseaba que el tiempo se detuviera y pudiera estar con él para siempre.

Emil le quitó el grueso libro y se dirigieron a un pequeño parque que se encontraba cerca del hospital. Afortunadamente, a esa hora no había nadie allí, estaban completamente solos.

El joven estaba tan sorprendido como Eva por estos nuevos sentimientos. Literalmente lo abrumaban. A su lado caminaba esta hermosa chica con la maravillosa sonrisa y parecía sentirse igual que él. Este afecto mutuo, que creció inmensurablemente en solo unos momentos, lo abrumó. Era la singularidad del primer amor. Sentía una felicidad increíble y al mismo tiempo fuerza y una extraña calma, porque ya se conocían.

—¿Te sientes igual? —preguntó finalmente.

Eva lo miró un poco insegura.

—Desde que te encontré hace un momento, todo es de alguna manera diferente —se aventuró a decir—. ¿Cómo podía explicarlo? ¿Cómo podía poner en palabras esta avalancha de sentimientos? ¿Y si ella no sentía lo mismo que él? Pero ella asintió.

—¿Te sientes igual? —repitió.

Eva se sonrojó. Sus ojos brillaban, podía verse reflejada en sus pupilas. Asintió de nuevo en silencio.

Eso fue suficiente para Emil. Sin importar cuán mala fuera su situación y la de sus padres, en ese momento era la persona más feliz del mundo. Muy lenta y cuidadosamente, puso su mano sobre la de ella y dibujó pequeños círculos en sus dedos con las yemas de los suyos. El calor desconocido creció hasta convertirse en un fuego crepitante.

CAPÍTULO 11

Presente

—Estoy cansada ahora —dijo Grete y cerró los ojos por un momento—. No pensé que estos recuerdos aún estuvieran en mi vieja cabeza llena de agujeros.

Eva y Ben estaban completamente sumergidos en la narración de Grete, pero sus palabras los trajeron de vuelta al presente.

—Entonces nos iremos ahora. Descanse —dijo Eva, ocultando su pesar detrás de una sonrisa amable.

—¿Volverán? —preguntó Grete.

En su mirada había una tristeza como la de un niño que debe dormir solo en una habitación oscura por primera vez.

Eva miró a Ben y él dijo sonriendo: —Si nos lo permite.

Vieron alivio en los ojos azules y un brillo que solo estaba allí cuando contaba sus historias.

—Espero no aburrirlos con mis historias.

—En absoluto —dijo Eva con entusiasmo—. Esto es más emocionante que una película de misterio en la televisión.

Acarició el brazo de la anciana. En ese momento, sonó el timbre.

—Yo abro —gritó Eva.

Afuera estaba el joven del servicio de comidas a domicilio. Después de que le dejó todo preparado a Grete y se fue, Ben y Eva

llevaron los platos a la cocina, los lavaron y los secaron. Eva observó la hermosa porcelana blanca con el fino borde dorado. Tal vez aún provenía del hogar del pastor. Como hija única, Grete seguramente lo había heredado. Los tenedores eran de plata y algunos ya estaban muy oscuros. Probablemente hacía mucho tiempo que nadie los pulía.

Mientras Eva buscaba el cajón correcto para los cubiertos, encontró uno lleno de viejos papeles de aluminio de chocolate, cuidadosamente doblados. En otro cajón había bolsas de plástico, enrolladas y fijadas con una goma elástica.

Señaló hacia ellos y Ben comentó: —Mis abuelos eran iguales.

—Es la generación de la guerra —respondió ella encogiéndose de hombros—. Quién sabe para qué se pueda necesitar eso algún día.

Cuando guardaron todo, volvieron a la sala de estar. Grete no había tocado la comida, sino que había encendido el televisor y se había quedado dormida. Seguramente aún estaba satisfecha por el pastel. Eva la cubrió con una manta de lana gris que estaba en el sofá, y los dos salieron en silencio.

Afuera, un viento frío les golpeó el rostro. Eva tembló en su abrigo de lana sin capucha mientras caminaban hacia la parada. Por el camino, Ben miró hacia atrás a la calle de la que habían venido y dijo: —Me cuesta creer que el hombre del que habló haya sido mi abuelo.

Eva lo miró. —¿Era tan diferente?

Ben asintió y Eva continuó: —Apenas puedo esperar para saber cómo sigue la historia. ¿Qué sabes tú al respecto?

Se encogió de hombros. —Poco, antes no hablaba nada sobre el pasado. Creo que quería olvidar o al menos reprimir, además estaba ocupado con su nueva vida en Israel. Mi padre decía que generalmente solo compartía anécdotas agradables.

De alguna manera, Ben se parecía a su abuelo en eso, pensó Eva. Hasta ahora, apenas había contado algo sobre sí mismo.

—¿Cuándo tienes planeado seguir tu viaje? —preguntó ella.

—En realidad, solo quería hacer una breve parada en Heidelberg, pero ahora me gustaría mucho saber más sobre mi abuelo por parte de Grete. No sabía que me parecía tanto a él. Mi abuelo fue la razón

por la que vine aquí en primer lugar. Me quedaré al menos unos días más.

En ese momento llegó el tranvía y subieron. Como estaba lleno, ambos se sujetaron del poste. Sus dedos se rozaban constantemente y Eva sintió un suave escalofrío.

—Me parece asombroso que Grete recuerde todas estas cosas después de tantos años —comentó Eva.

—Pero a ti no te reconoce —observó Ben—. Aunque estuviste con ella hace unos días.

—Eso no es inusual —opinó Eva—. Después de todo, tiene cien años. La memoria a corto plazo ya no funciona tan bien. —Después de una breve pausa, preguntó—: ¿Crees que esto se convirtió en un triángulo amoroso en algún momento?

—Esperemos saberlo pronto —respondió él sonriendo.

—Para eso tendremos que llevar mucho más pastel.

—El próximo corre por mi cuenta —declaró Ben—. El pastel aquí es realmente maravilloso.

—Es cierto, pero también tienes que probar el pan, porque nosotros los alemanes hacemos el mejor pan de todos.

—De acuerdo. La próxima vez nos reuniremos para comer pan.

—Trato hecho. Entonces nos encontraremos en mi casa. Mi madre hornea nuestro pan y siempre tiene varias clases.

Él sonrió, pero ella notó que estaba algo sorprendido por esta oferta.

—O podemos ir a una panadería —retrocedió rápidamente.

—Eso lo haremos para el desayuno. ¿Puedo invitarte ahora a comer comida callejera? —preguntó él.

—No sé, ¿debería ir así nomás con un extraño? —bromeó ella.

—He visto que hay un local muy delicioso aquí, McDonald's —bromeó él.

Ella se rió. —Al menos sé qué esperar culinariamente. Pero preferiría algo diferente.

—De acuerdo.

Mientras paseaban por la calle, él le contó sobre la cocina israelí. —El falafel es la comida callejera más importante. Como la salchicha en Alemania, solo que más saludable.

Cuando pasaron por un puesto de kebab que también ofrecía falafel, Eva sugirió: —Entonces compremos algo aquí.

Entraron en el pequeño local y Ben pidió dos falafels.

—¿No quieres pedir algo alemán? ¿Salchicha de curry o algo así? —preguntó Eva.

—¿Eso tiene carne de cerdo?

—Puede ser.

—No, no, me quedo con el falafel.

—No sabía que el falafel también era popular en Turquía —dijo Ben dirigiéndose al vendedor.

El hombre sonrió y respondió: —Soy de Palestina. Nosotros inventamos el falafel. La palabra viene del árabe filfil, que significa pimienta. Pero aquí no lo condimentamos tan picante. Aunque los judíos dicen que lo inventaron ellos, eso es mentira. Nos quitan todo, primero la tierra y ahora también nuestras recetas.

Eva miró a Ben preocupada, ¿cómo reaccionaría? Pero él no mostró ninguna reacción. Cuando el vendedor se dio cuenta de que no respondían a sus palabras, se puso a envolver los falafels en el pan de pita.

—Para llevar —dijo Ben.

Con el pan de pita relleno en la mano, siguieron caminando.

—Ven, busquemos un banco —sugirió Eva.

Bajaron hacia el Neckar y se apoyaron en una barandilla.

—Pertenezco al grupo étnico más odiado —dijo Ben y le dio un mordisco a su pan de pita.

—De ninguna manera, conozco a algunas que quieren pescar a toda costa un hombre israelí. Una conocida dijo recientemente que en Israel están los hombres más guapos del mundo —objetó Eva.

Él se rio. —Eso nunca lo había oído.

—Claro, porque eso solo lo dicen las mujeres extranjeras sobre ustedes. —Después de un breve momento de silencio, añadió en voz baja—: Además, creo que nosotros los alemanes estamos a la cabeza de los pueblos más antipáticos.

—Vale, uno a uno, ambos venimos de grupos étnicos odiados —respondió Ben.

—¡Que aproveche! —dijo ella en lugar de una respuesta y dio un gran mordisco.

—¿Y te gusta? —preguntó él.

Ella asintió. —Bueno. ¿Y a ti?

—Muy rico. Sorprendentemente casi tan bueno como en mi puesto favorito en Tel Aviv. Solo podría ser un poco más picante. - Tal vez el vendedor tenía razón, tal vez los árabes realmente inventaron el falafel.

Cuando terminaron de comer y miraban el Neckar y los barcos que pasaban, Ben dijo pensativo: —Si les cuento a mis padres que comí falafel palestino precisamente en Heidelberg...

—No entiendo por qué hay que discutir incluso sobre la comida. Mira a los italianos. Son mundialmente famosos por su cocina y a nadie le importa que los turcos digan que inventaron la pizza y que los fideos en realidad vengan de China. Tal vez los italianos adoptaron ambas cosas, pero entonces las perfeccionaron.

—Lo importante es que sepa bien —asintió Ben.

Ella asintió sonriendo y dijo con pesar: —Ahora tengo que ir a trabajar. —Se despidió, pero cuando ya había dado unos pasos, él gritó su nombre.

—¿Tendrías tiempo y ganas de hacer de guía turística esta noche para un turista inexperto como yo? —preguntó, y su mirada la hizo sentir calor.

Así es como se sentían Eva y Grete cuando miraban a los ojos de Emil, pensó Eva. Ben probablemente tenía el mismo color de ojos que su abuelo. Un verde oscuro. Y con eso, la piel marrón oliva y el cabello castaño oscuro, casi se mareó de mirarlo, era tan guapo. Tenía suficientes horas extra para irse temprano hoy. Sin embargo, le hubiera gustado consultar primero su agenda para hacerlo esperar un poco, pero estaba demasiado aturdida por su mirada. Así que solo respondió: —De acuerdo, nos encontraremos a última hora de la tarde. Pero los guías turísticos privados son caros en Heidelberg.

—Tengo mi tarjeta de crédito conmigo.

Eva se rio. Después de acordar nuevamente la Bismarckplatz como punto de encuentro, se despidieron por segunda vez.

A Eva le hubiera encantado saltar de alegría. Hacía mucho tiempo -o más bien nunca- que no se encontraba con un hombre tan decente y además tan guapo. Aunque antes siempre había sostenido la opinión de que los valores internos y el carácter eran decisivos, el aspecto exterior tampoco era despreciable y en el caso de Ben, ambos formaban una combinación perfecta. Estaba claro que no tenían mucho tiempo antes de que él continuara su viaje, pero eso no le importaba. Tenía una cita con él, y por iniciativa suya. Mientras entraba en el edificio del pequeño periódico regional, se apartó sonriendo un mechón rubio de la cara.

Hoy era responsable de completar el calendario de eventos. Para ello, tenía que leer los comunicados de prensa de los organizadores y resumirlos para que encajaran en las cinco columnas asignadas a cada evento. Por la tarde, Luca le envió un mensaje de WhatsApp preguntándole cuándo podía venir al Café Sehnsucht, quería darle sus notas de investigación. Quedaron para el sábado siguiente a las once.

Durante su trabajo, los pensamientos de Eva se desviaban una y otra vez hacia Ben. Se preguntaba cuánto se parecería realmente a su abuelo, y le pareció bonito tener una tocaya que había podido experimentar sentimientos tan grandes. Al mismo tiempo, sentía un poco de envidia por ella. Entonces se dio cuenta de que ni siquiera sabía el apellido de Eva.

Durante su trabajo, miraba una y otra vez el reloj sobredimensionado sobre la puerta de la oficina de planta abierta. Apenas dieron las cuatro, apagó su computadora, corrió al baño y se retocó el maquillaje.

La mujer que la miraba desde el espejo le gustaba. Su cabello rubio escalonado caía suelto sobre sus hombros. El vestido de punto azul combinaba bien con las botas altas y pensó que estaba a la altura de Ben. Sus ojos, que quizás estaban un poquito demasiado juntos, brillaban y en ese momento no tenía nada que criticar de su rostro. Saludó a su reflejo con la mano. Sí, así podía salir.

Su sonrisa no desapareció ni siquiera en el tranvía, estaba entusiasmada por el encuentro con Ben y no pensaba ocultarlo de ninguna manera.

A esta hora, la plaza Bismarck estaba llena de gente. En realidad, no era un lugar de encuentro romántico, pero estaba céntrico y una cosa que había aprendido de su padre era que el pragmatismo era importante. Miró a su alrededor buscando, pero no pudo ver a Ben por ninguna parte.

—Hola, guía turística —susurró de repente alguien detrás de ella. Al principio se asustó, luego se dio la vuelta y le sonrió.

Eva propuso caminar hasta el castillo. Aunque hacía frío, el sol brillaba, y tal vez llegarían a tiempo para ver la puesta de sol desde arriba. Insistió en subir las escaleras, pero se arrepintió muy pronto, pues había olvidado que sus hermosas botas con tacones, aunque estaban bien para un pequeño paseo, no lo estaban para subir tantas escaleras. A pesar de las bajas temperaturas, empezó a sentir mucho calor durante el ascenso. Ben, por otro lado, no parecía esforzarse en absoluto. Simplemente disfrutaba de las vistas.

Eva se molestó consigo misma por haber hecho tan poco ejercicio últimamente. La última vez que había subido la montaña con visitantes fue hace un par de años y ni siquiera había notado los escalones. Intentó no dejar que se notara y hablar lo menos posible.

Para darse un respiro, finalmente dijo:

—Este es un buen punto para mirar al valle.

Intentó controlar su respiración y no jadear como un viejo perro salchicha. Esperaba que Ben estuviera tan entusiasmado con el entorno que no notara lo sin aliento que estaba. Después de todo, quería dar la impresión de que era muy atlética y resistente. Una vez que su pulso se calmó, le explicó qué había en cada dirección cardinal.

—Diferente a tu tierra natal, ¿verdad? —preguntó.

Lo miró, sus mejillas aún estaban sonrojadas, pero al menos tenía su respiración bajo control nuevamente.

Ben asintió.

—Oh, sí. Israel es muy montañoso y predominan los tonos rojos a color arena. En verano debe ser muy hermoso aquí.

—¿Podrías imaginarte viviendo en otro lugar? —le preguntó ella.

Él la miró pensativo.

—Por un corto tiempo sí, pero de otra manera no. Amo mi país.

Eva señaló hacia el lado opuesto del Neckar, donde se encontraban el Camino de los Filósofos y los inicios del Odenwald.

—¡Es realmente hermoso! —dijo Ben. Luego preguntó—: ¿Y tú? ¿Podrías vivir en el extranjero?

—Claro. Me gustaría ir al extranjero, ver algo diferente. —Apartó la mirada del paisaje, lo miró y añadió—: Por ejemplo, nunca he estado en Israel.

—Es un país muy pequeño pero diverso. Seguro que te gustaría.

—Entonces ahora va directo a la cima de mi lista de viajes.

Mientras decía esto, lo miró directamente a los ojos para ver si se ofrecería como guía turístico. Sin embargo, él no dijo nada, incluso desvió un poco la mirada. El sol se hundía cada vez más y el cielo se teñía de rojo. A su lado, la gente empezó a tomar fotos. Ben también tomó algunas fotos mientras él y Eva observaban en silencio cómo la última parte del globo de fuego desaparecía en el horizonte y bañaba el valle con una hermosa luz azul.

Mientras continuaban caminando, ella le contó algunos datos sobre la historia. *Al menos mis investigaciones en Internet para el artículo sobre el castillo de Heidelberg sirven para algo*, pensó. Eva tomó algunas fotos obligatorias de él con la hermosa vista de fondo usando la cámara de su teléfono y luego dieron una vuelta más alrededor del castillo.

—Una hermosa ruina —comentó Ben.

Eva se dio cuenta de que nunca había estado sola aquí arriba con un hombre. Le hubiera encantado tomar su mano y apoyarse con él contra uno de los viejos muros que rodeaban el jardín del castillo. Tal vez bajo una de esas farolas. Pero Ben no hizo ningún movimiento en esa dirección. Esto la desconcertó, porque su impresión era que él también estaba interesado en ella. ¿Por qué entonces no pasaba nada en este momento perfecto? Si él no lo notaba, ella tendría que empujarlo en esa dirección.

—Sobre todo, es un lugar romántico —dijo ella.

Ben la miró, quizás un momento demasiado largo. Ella no pudo resistirse y le dio un beso, breve y suave. A pesar de sus tacones, tuvo que ponerse de puntillas para hacerlo. Él la miró sorprendido.

—Disculpa, fue un impulso.

Miró avergonzada al suelo. ¿Se habría equivocado tanto? Él levantó su barbilla con la mano, la miró y le devolvió el beso. Así sin más. Si no la hubiera sostenido, se habría caído, porque sus piernas se sentían como gelatina.

Se apoyó en él e inhaló su aroma especiado que le recordaba a los bosques de coníferas. Ambos guardaron silencio, disfrutando de la tranquilidad y la oscuridad. En algún momento deshicieron el abrazo y caminaron de la mano hacia el teleférico que subía al castillo y también bajaba de allí.

—Vamos en el funicular —propuso Eva y él asintió.

CAPÍTULO 12

Cuando la luz brillante de la parada los cegó, el romanticismo se desvaneció. Ben parecía algo tenso, casi como si los últimos momentos le hubieran resultado incómodos. Eva, en cambio, estaba rebosante de felicidad. Todo le parecía demasiado hermoso para ser verdad. Pero era real, todavía sostenía su mano, que era cálida y suave, y cuyos dedos rozaban suavemente su palma mientras bajaban en la estación del valle.

Abajo, notó lo pensativo que estaba Ben. ¿Se arrepentía del beso? ¿Había sido ella demasiado insistente?

El deseo de decir algo era grande, pero no encontraba las palabras adecuadas. ¿Tal vez debería hacer una broma? En su lugar, solo preguntó: —¿Está todo bien contigo?

—¿Por qué? —preguntó él.

—Pareces tan ensimismado, casi triste.

Él sonrió.

—No, no —dijo.

Sus manos se habían soltado como por sí solas. Simplemente caminaban uno al lado del otro cuando él preguntó: —¿Cuándo podemos volver a ver a Grete?

Ella se encogió de hombros. —La llamaré mañana por la mañana. Por la mañana aún tengo una cita, pero por la tarde seguramente podremos visitarla.

Él asintió. ¿Estaba su interés en ella relacionado únicamente con que ella organizaba los encuentros con Grete? ¿Se había imaginado la tensión entre ellos?

¿Qué más esperabas?, le gritó una voz interior.

—Contrólate, niña —habría dicho su abuela. Sin embargo, a Eva no le gustaban los juegos, nunca le habían gustado, en eso era más como su padre, alemán, directo.

—Si es por lo de antes, podemos simplemente olvidarlo —dijo, esperando que él la contradijera.

Ben se detuvo. —Lo de antes fue bonito, pero... —Se detuvo.

—¿Pero estás casado, o qué? —preguntó ella, medio en broma.

—No, eso no, pero tengo una novia en Israel.

Así que era eso. Habría sido demasiado bueno si él hubiera estado esperándola todo este tiempo.

—¿Por qué no lo dijiste de inmediato?

—Porque me gusta estar contigo.

Eva siguió caminando, sus pensamientos dando vueltas. Ben la alcanzó rápidamente y dijo: —Hay algo más.

Eva lo miró, pero él solo miraba al suelo. ¿Qué bomba más quería soltar? Antes de que pudiera decir algo, continuó: —Además, mi familia es religiosa y yo, bueno, también.

Ella lo miró confundida. Cuando decía "religioso", ¿se refería a esos judíos ultraortodoxos con rizos y sombreros graciosos? No sabía mucho sobre el judaísmo, pero una vez había visto una película sobre un judío en Zúrich que se enamoraba de una suiza rubia.

—¿Qué significa eso? ¿Normalmente llevas un sombrero de piel grueso y un abrigo negro? —preguntó por eso.

Parecía haber leído sus pensamientos y respondió: —No tan religioso como lo ves en la televisión.

Ella se sintió aliviada. —¿Qué tan religioso entonces?

—Como kosher, voy a la sinagoga, rezo y me casaré con una mujer judía.

—Ben, no tienes que casarte conmigo. Lo de antes fue solo un momento agradable y romántico. —Intentó hacerse la despreocupada.

Él asintió. —No quiero aprovecharte, eres hermosa e inteligente y si no fuera judío, ya serías mi novia.

—Eso es dulce, Ben, pero resulta que eres judío. —Hizo una breve pausa—. Mejor me voy a casa, tal vez deberías haber reservado una visita guiada en grupo después de todo. Adiós.

Lo dejó allí y se fue, pero poco después se detuvo y se dio la vuelta una vez más. Él seguía en el mismo lugar, mirándola. Sin pensarlo, corrió de vuelta hacia él, lo agarró por los hombros y le dio un beso apasionado. No como antes, no, esta vez tocó su lengua, jugó con ella, casi no quería soltar sus labios. Y Ben devolvió el beso. Luego lo dejó sin decir una palabra más y se fue a casa. Su corazón latía con fuerza.

Aunque desde el principio le había quedado claro que esto no sería más que un agradable encuentro, secretamente había esperado más. Las últimas horas en compañía de Ben habían sido demasiado hermosas.

Al llegar a casa, se sentó inmediatamente frente a la computadora para investigar qué caracterizaba a los judíos creyentes. En general, quería saber más sobre Israel, el país donde una desconocida belleza esperaba a Ben. Probablemente sería mejor si no lo volviera a ver. ¡Él tenía novia!

Pero estaba Grete. Eva le había prometido que llamaría a Grete para concertar otra cita. ¿Debería mantener esa promesa?

Como ella misma estaba ansiosa por saber cómo habían continuado las cosas con Emil, Grete y su tocaya, Eva tomó el teléfono a la mañana siguiente y llamó a la anciana. Una vez más, le pareció que Grete no podía ubicar bien quién era. Pero se alegró de la llamada y así concertaron otra reunión para esa misma tarde. Después, Eva fue al Café Sehnsucht. Luca estaba de un humor extraordinariamente bueno. La exitosa propuesta de matrimonio parecía seguir resonando.

—Disculpa que haya tardado tanto en ponerme en contacto —dijo—. He tenido muchas cosas que hacer.

—No pasa nada.

Luca alcanzó su bolso de cuero marrón, que estaba en una silla libre, sacó un montón de papeles y se los entregó.

—Toma, puedes quedarte con los documentos.

—Vaya, el material es bastante extenso.

—Sí, antes me gustaba imprimir y copiar todo. Ahora suelo usar una tableta cuando investigo.

—Bueno, la nueva tecnología no se detiene ni siquiera ante los nostálgicos —bromeó ella.

Él se encogió de hombros. —Si hace la vida más fácil.

Pidió un cappuccino y hojeó los documentos. Luca realmente había recopilado muchos documentos sobre la vida de los judíos en el Tercer Reich en Heidelberg, así como sobre los luchadores de la resistencia.

—¿Qué quieres escribir exactamente? —preguntó él—. Probablemente no necesites una investigación tan exhaustiva para el semanario.

—Es cierto. He pensado en ofrecer la historia de vida de Grete a mi jefe como una serie por entregas.

—O podrías enviar el texto a un periódico nacional —sugirió Luca.

—No sabría ni por dónde empezar.

—Tal vez podría ayudarte con eso. Conozco a algunos editores —ofreció—. ¿Has escrito algo que puedas darme para leer? Así le echaré un vistazo. Quizás se me ocurra alguien a quien le pueda interesar el texto.

—¿En serio? ¡Eso sería genial!

—No hay problema. Suenas muy entusiasmada. ¿Supongo que no estás muy contenta donde trabajas ahora?

—Es agradable, pero honestamente no es por lo que quise ser periodista.

—Entonces tienes que tener claro lo que quieres lograr con tu trabajo. Si tienes una meta en mente, lo conseguirás. El periodismo puede no ser un oficio fácil, pero todo es posible si luchas por ello. Pero eso solo sucede si tienes un objetivo claro. Si el objetivo es contar historias profundas y bien investigadas sobre personas, que no solo rasquen la superficie, entonces lucha por ello.

Eva no sabía qué responder. Sus palabras la golpearon justo donde dolía.

—Te enviaré un correo con mi texto hoy mismo —dijo con voz entrecortada.

—Estoy ansioso por leerlo.

Emily realmente había horneado una tarta de queso y nata hoy, y Eva hizo que le empaquetaran tres porciones para su visita a Grete. Esta vez, había quedado con Ben por WhatsApp directamente frente al apartamento de la anciana.

—Hola —dijo él brevemente a modo de saludo.

—Hola —respondió ella igual de lacónica.

Ninguno de los dos sabía muy bien cómo comportarse. Sin un abrazo o una palabra más, entraron en la casa. Afortunadamente, Grete comenzó su relato mientras Ben traía los platos para el pastel desde la cocina, rompiendo así el incómodo silencio.

CAPÍTULO 13

Octubre de 1938

Después de haberse reencontrado, Emil y Eva se reunían a diario en lugares públicos. A ella le parecía demasiado arriesgado visitarlo en la casa de su familia. ¿Y si alguien los observaba?

El padre de Emil ya estaba ingresado en el Hospital Universitario. Como no había un hospital judío en Heidelberg, los médicos estaban dispuestos a seguir admitiendo pacientes judíos en casos de emergencia. Aunque la Universidad de Heidelberg llevaba tiempo dirigida por firmes nacionalsocialistas, los profesores del Hospital Universitario seguían resistiéndose al principio del Führer, que establecía que todas las decisiones para la universidad debían ser tomadas únicamente por el decano.

Desafortunadamente, el médico jefe apenas pudo darle esperanzas a Emil de que su padre saldría sano del hospital, ya que su estado ya era muy crítico. Probablemente había acudido demasiado tarde para recibir tratamiento.

Para hoy, Emil había sugerido que podrían encontrarse en el cementerio de la montaña, lo que le parecía más seguro que en la ciudad. Eva fue en bicicleta hasta Bergheim y paseó por la extensa área que se encontraba en una ladera al borde de la ciudad. A esa hora, rara vez alguien se perdía por allí. Aparte de algunas señoras

mayores y dos jardineros que había visto en la entrada principal, no había nadie más en el cementerio.

El corazón de Eva latía con fuerza. No había dormido en toda la noche pensando en Emil. Tenía claro que pagaría un alto precio si este amor salía a la luz. Su padre seguía aprovechando cada oportunidad para despotricar contra los judíos, a quienes culpaba de todo lo malo que ocurría en el mundo. Sin embargo, los comentarios de su padre nunca la habían influenciado, ni siquiera cuando era niña. Conocía demasiado bien su carácter irascible, sobre todo hacia su madre. Siempre había sido muy crítica con él.

De niña, a menudo había tenido miedo de él y de sus cambios de humor. A veces le traía dulces y la mimaba, al día siguiente le gritaba si se reía demasiado fuerte. Por eso siempre había sido cautelosa en su presencia.

En cambio, admiraba al tío Frido. Se comportaba de manera muy diferente con Grete y Peter en comparación con su padre. Ella también había deseado tener un padre así y una familia como esa. Y aunque rara vez había visto a la familia de su prima en los últimos años, todavía recordaba muchos de los sermones de su tío e intentaba aplicar lo que había escuchado.

A menudo había presenciado cómo el tío Frido condenaba las declaraciones de su padre. Esto solo la había reafirmado aún más en no compartir la opinión de su padre sobre los judíos. Su tío siempre había animado a sus confirmandos a pensar por sí mismos y no seguir automáticamente a la mayoría. El camino ancho a menudo lleva a la perdición, decía. El camino estrecho y pedregoso, en cambio, aunque no era agradable, solía ser el correcto. Eva tenía claro lo que esto significaba en la situación política actual.

Si su padre hubiera sospechado lo que se contaba en las clases de confirmación, probablemente habría cambiado su opinión sobre que "niños, cocina, iglesia" eran las áreas de responsabilidad de su esposa.

Aunque era consciente de los peligros a los que se exponía ella misma y a Emil con sus encuentros, no tenía miedo. Al contrario, el gran y fuerte sentimiento del amor la inundaba por completo y determinaba todo su ser. Toda la noche se había sentido inquieta,

apenas podía esperar los primeros rayos de sol, aunque luego todavía tenía que esperar hasta que terminara su turno y finalmente fuera la tarde. Ahora había recorrido casi corriendo el camino que conducía a la entrada lateral del cementerio para ver finalmente a su amado.

Emil se sentía de manera similar, solo que su miedo era mayor que el de ella. Se había escondido en la sombra de un mausoleo y escuchaba atentamente los pasos. Cuando oyó algo y miró alrededor de la esquina, su corazón latía al mismo tiempo por miedo a que alguien más pudiera descubrirlo y por la impaciencia de verla finalmente.

Eva. Realmente había venido. Emil fue a su encuentro, la tomó de la mano y la guió más allá.

—Estás aquí —susurró.

Ella asintió. Sus mejillas estaban sonrojadas por la rápida caminata. Emil llevaba unos pantalones marrones de tela gruesa y un jersey de cuello alto oscuro que le quedaba muy bien. Su cabello oscuro y corto estaba peinado con una raya larga al lado y enmarcaba perfectamente su rostro. Su peinado le recordaba a Eva las fotografías de los catálogos de moda que de vez en cuando hojeaba en el hospital. Para Eva, Emil era el hombre más atractivo que jamás había visto.

Juntos salieron del cementerio por la salida lateral y pasearon fuera de los muros del cementerio por el camino de Steigerweg, que subía la montaña. En el borde del bosque se sentaron en un banco.

Ella tocó su rostro, los pómulos altos, acarició su boca. Amaba cada parte de su cara. No sabía cómo podría soportar ni un día más sin él. Él le acarició el cabello oscuro y rizado, que ella había recogido en un moño desenfadado, de modo que de frente parecía más bien que llevaba un corte bob.

—Nos conocimos hace solo unos días y tengo la sensación de que nos conocemos desde hace una eternidad —dijo ella mientras lo miraba.

—Nos conocemos desde la infancia. Ya estaba enamorado de ti entonces —confesó él.

—Eso fue hace mucho tiempo, pero también tengo la sensación de conocerte bien, confío en ti y te amo. Quiero estar siempre contigo. —Se sonrojó.

Él seguía sonriendo, pero parecía pensativo. Tal vez no debería haber hecho ese comentario infantil. La ley para la *pureza de la raza alemana* les prohibía casarse en Alemania. A estas alturas, ella estaba bien informada sobre estas ordenanzas. La unión física entre judíos y arios se castigaba con prisión según las leyes de 1935. Pero los esbirros de su padre seguramente matarían a golpes a Emil si supieran que se estaban reuniendo.

Eva lo miró indecisa. Él la miró profundamente a los ojos y se acercó muy lentamente a sus labios carnosos para besarla. Eva no sabía si debía cerrar los ojos. ¿Qué pasaría? Nunca antes la había besado un hombre. Muy suave y tímidamente sus labios tocaron los de ella.

Sintió su aliento, su aroma. Olía a jabón y muy ligeramente a loción para después del afeitado. Su rostro parecía suave y uniforme. Olía a hombre y eso le gustaba. Eva cerró los ojos y respiró profundamente para grabar ese momento en su memoria.

—Siento como si toda mi vida hubiera sido insignificante. Hasta que apareciste tú —susurró.

No estaba acostumbrada a jugar al gato y al ratón, a hacerse la difícil y a ocultar sus sentimientos para hacer sufrir a un hombre. Le faltaba la experiencia negativa, la indiferencia que uno desarrolla más tarde en la vida. Para ambos, el amor y la pasión eran nuevos, sin desgaste, y estaban dispuestos a darlo todo por ese sentimiento que creaba adicción.

Después de disfrutar en silencio de las caricias del otro durante un rato, Eva sacó dos sándwiches de su bolso.

—Mi padre no está bien. Me temo que tendré que enterrarlo aquí —dijo Emil con tristeza, después de un momento de silencio.

—¿Y luego volverás a Francia? —preguntó Eva.

Se encogió de hombros. —Francia o Inglaterra. Mi madre incluso dice que tal vez deberíamos ir a Palestina.

Eva dijo con tristeza: —Tan lejos...

—Pero primero tengo que conseguir un nuevo pasaporte.

—¿Por qué? ¿Te lo quitaron?

—Sí, al entrar al país. Parece que hay algunas nuevas ordenanzas que cada funcionario maneja de manera diferente. He hablado con miembros de la comunidad judía. A algunos también les confiscaron el pasaporte, otros recibieron un sello de judío en él. Todo es un gran caos. Las autoridades no pueden mantenerse al día con las constantes ordenanzas del Reich y las nuevas regulaciones. He oído que algunos judíos han tenido dificultades para obtener un permiso de salida. Al día siguiente, las autoridades de repente se alegran por cada judío que quiere salir.

En el maravilloso sentimiento del primer gran amor se mezcló una gran tristeza con las palabras de Emil. Eva sabía que él no podía quedarse con ella, y le partía el corazón.

—Lo siento mucho. Me avergüenzo tanto de mi país —dijo ella.

—También es mi país, pero no nos quieren aquí.

—Pero eso es el liderazgo, la mayoría de la gente seguramente piensa como yo, muchos de mis colegas encuentran terrible lo que está pasando —respondió Eva.

Emil suspiró. Ella puso su dedo sobre sus labios y lo besó, mientras sostenía firmemente su mano. —Te sacaré de aquí, no importa cómo —prometió.

Sus ojos oscuros brillaban, tan decidida estaba.

—Te creo —susurró Emil.

Y de nuevo las circunstancias perdieron importancia, solo ellos dos importaban, sus caricias, su amor. En ese momento parecía invencible.

CAPÍTULO 14

Presente

—Les he envidiado ese amor —dijo Grete en voz baja. Sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Tuvieron el privilegio o la suerte... — por un momento, sus emociones le impidieron continuar— ...de compartir esos sentimientos. Probablemente solo se siente así con el primer amor, cuando aún se es joven.

—O tal vez también porque las circunstancias eran tan difíciles — intervino Eva—. Era lo único que les daba estabilidad.

Grete pareció no poder comprender la idea. Se quedó en silencio, se reclinó un poco hacia atrás y usó el control remoto para ajustar el sillón a una posición más cómoda.

—Hubo tantas víctimas en esta guerra —dijo Grete con tristeza—. Vi a mi hermano Peter por última vez en 1937. No era un hombre que simplemente se quedara callado ante toda la injusticia que ocurría. Fue arrestado dos veces. Finalmente, mi padre lo convenció de huir. Pero incluso en el extranjero no pudo quedarse quieto, quería hacer algo. Por eso se unió a un grupo de comunistas que conocía de Mannheim. Juntos viajaron a la Guerra Civil Española para luchar contra el General Franco. Muchos jóvenes comunistas lo hacían en ese entonces. Después de la guerra en España, de alguna manera terminó en Inglaterra. Comenzó a estudiar, pero luego se

unió voluntariamente al ejército. Como supimos más tarde, cayó durante la invasión de los Aliados en Italia. —Grete tenía lágrimas en los ojos—. Tantos perdieron sus vidas por culpa de ese hombre pequeño y loco.

Como Grete parecía agotada y ni siquiera había probado el pastel, Eva le acercó un plato.

—La tarta de queso está recién hecha —dijo.

Mientras la anciana disfrutaba del pastel y Ben bebía su café, Eva lo miraba de vez en cuando. Él estaba sentado en una vieja silla de madera brillante con un cojín floreado. Ella misma estaba sentada en el sofá.

Había pensado mucho en sus palabras durante la noche. ¿Era la religión solo una excusa para rechazarla, o realmente se encontraba en un conflicto de intereses? Tenía muchas preguntas para él, pero estaban aquí por otras razones.

—Antes yo también hacía muy buenas tartas de queso —explicó Grete, después de haberse llevado a la boca el último trozo.

Eva le quitó el plato y dijo: —Seguro que estaba deliciosa, me habría encantado probarla.

Grete asintió y dijo: —Oh sí, era una vieja receta familiar.

Eva preguntó con cuidado: —¿Qué fue de su prima?

Los ojos de Grete se empañaron. —No lo sé. Hubo tantos desaparecidos después de la guerra, era simplemente imposible averiguar algo sobre ella. Cuando el escondite de Emil en nuestra casa estaba a punto de ser descubierto, ella tomó el coche de su padre con un pretexto falso, metió a Emil y lo llevó a la frontera suiza. A partir de ahí, se perdió su rastro. Los Aliados realizaron un bombardeo sobre Mannheim esa noche, pero algunos aviones se desviaron de su ruta y bombardearon Basilea y sus alrededores en su lugar. Tal vez una de las bombas alcanzó el Mercedes con Eva.

Ben y Eva miraron a la anciana con compasión.

—¿Entonces Eva quizás murió mientras salvaba a mi abuelo? —preguntó Ben.

—Creo que huyó y nunca más quiso tener nada que ver con su familia —dijo Grete.

—¿Cómo llega a esa conclusión? —preguntó Eva.

—Hace treinta y cinco años, mi padre fue honrado póstumamente por su participación en el rescate de judíos. Ayudó a algunas familias judías de nuestro barrio a establecer contactos que les facilitaron la salida del país, en colaboración con otros pastores. En aquel entonces no nos contó nada a sus hijos, probablemente para protegernos, pero más tarde nos enteramos. Además, escondió a Emil en nuestra casa y en la habitación de Peter se alojaban con frecuencia judíos durante unos días cuando estaban de paso. En fin, hubo una especie de servicio religioso solemne y estoy segura de que vi a Eva allí en la última fila.

—¿Por qué cree que fue a ese servicio? —quiso saber Ben.

—Ella amaba y apreciaba a mi padre. Él había arriesgado su vida por Emil.

Ben y Eva se atropellaron con sus preguntas: —¿Cómo supo que era ella? ¿Y por qué no se puso en contacto con usted? Al fin y al cabo, eran parientes y amigas.

Grete miró por la ventana y pareció como si intentara transportarse a ese tiempo. —Había esta mujer, estaba sentada en la parte de atrás de la iglesia y llevaba un pañuelo negro sobre el pelo y gafas oscuras. En general, iba vestida de oscuro, no sé si por el evento o porque no quería llamar la atención. Como hija del homenajeador, por supuesto, no podía levantarme durante el servicio e ir hacia ella. Tan pronto como el pastor pronunció la última palabra, corrí hacia atrás, pero ella ya salía de la iglesia a paso rápido. Me apresuré tras ella y grité: *¡Eva, Eva!* Si no hubiera sido Eva, tal vez se habría dado la vuelta brevemente o ni siquiera eso, pero ella se detuvo y me miró. Estaba bastante lejos, seguramente a cien o doscientos metros, por lo que no pude reconocerla realmente. Pero era ella, lo sentí. Seguí caminando hacia ella, pero se dio la vuelta y se fue corriendo. Intenté alcanzarla, pero en la calle se subió a un coche y se marchó. No estaba dispuesta a hablar conmigo.

—¡Qué pena! —exclamó Eva.

—Aunque había venido a la iglesia —añadió Ben.

—No estaba preparada —repitió Grete.

La anciana parecía cansada, sus ojos estaban enrojecidos y Eva se preguntó si esta vez se habían quedado demasiado tiempo. Mientras pensaba en la mejor manera de despedirse, Grete se dirigió repentinamente a ellos: —¿Ustedes dos son pareja?

Eva sonrió con vergüenza y negó con la cabeza. Ben miró primero a Eva y luego también negó con la cabeza.

Grete no parecía creerles. —No hay que precipitarse —dijo. Luego le preguntó a Ben—: ¿Emil era feliz?

Ben reflexionó. —Espero que lo fuera. Al fin y al cabo, logró sobrevivir a la Segunda Guerra Mundial sin pasar por un campo de concentración. Tenía una familia y económicamente le iba bien.

Eva notó que Ben era consciente de que realmente no podía juzgar si su abuelo había sido feliz. Lo conocía muy poco, era demasiado joven para saber cómo se sentía por dentro.

—Me alegra oír que le fue bien —dijo Grete.

Ben sonrió y asintió amablemente. Después lavó los platos mientras Eva charlaba un poco más con Grete.

A diferencia de los últimos días, hoy fueron recibidos por cálidos rayos de sol cuando salieron a la calle. Eva se detuvo un momento para disfrutar del sol. El calor le sentaba bien y mejoró su estado de ánimo de inmediato. Ben, sin embargo, parecía pensativo.

—Tengo que irme —dijo ella a modo de despedida.

Él asintió y se quedó parado en la esquina. —Que te diviertas —le deseó.

Una extraña frase de despedida, pensó ella. Se dio la vuelta una vez más. Él seguía indeciso en la esquina, mirándola como si esperara que ella volviera a hacer de guía turística para él.

¿Qué esperaba? Después de dejarle claro que no había futuro para ellos, ella quería evitarlo. Si pasaba más tiempo con él, seguramente se acercarían a pesar de la novia en Israel y ella quedaría destrozada después de su partida. Aunque ya sentía algo por él, él no necesitaba saberlo. Con la cabeza bien alta, se dirigió a la parada.

Mientras encendía su portátil en casa, incluso estaba agradecida a Ben por haber terminado el romance incipiente. Había sido honesto y no tenía por qué serlo. Su novia en Israel no se habría

enterado de su aventura vacacional. Pero ¿por qué le había hablado de su religiosidad? ¿Realmente era un obstáculo para una relación con una no judía?

Eva apartó esos pensamientos, sacó los documentos de Luca de su bolso y los extendió sobre su escritorio. Pero mientras intentaba leerlos, no dejaba de pensar en Ben. Qué lástima que no viviera aquí, que fuera tan religioso y que no estuviera soltero. Le parecía extraño que para él fuera un problema que ella no fuera judía, hoy en día había tantas parejas mixtas. Además, no es que quisiera casarse con él de inmediato.

Pero tal vez realmente le gustaba y le había dicho la verdad para no lastimarla.

Abrió el archivo de texto con el reportaje sobre Grete y resumió lo que había escuchado hoy. Cuando terminó, escribió un correo electrónico a Luca y adjuntó el documento. Estaba a punto de presionar enviar cuando se le ocurrió una idea. Tal vez Luca obtendría una visión más profunda de su estilo de escritura si incluía el enlace a su blog, donde había escrito textos sobre viajes y excursiones durante años. Desde que trabajaba como aprendiz, el blog estaba abandonado. Pero algunos de los posts aún le parecían geniales. Sin pensarlo dos veces, añadió el enlace al correo electrónico.

Ya había oscurecido cuando sonó su teléfono. Era Ben. Suspiró y consideró brevemente si debía ignorar la llamada. Probablemente hubiera sido mejor, pero no pudo resistirse. Probablemente quería hablar con Grete de nuevo y la necesitaba como intermediaria.

—Hola, Eva. Soy Ben.

—Lo sé —dijo ella.

Él titubeó un poco al principio, pero luego soltó: —Me gustaría verte de nuevo.

—¿Por qué? Pensé que ya habías dicho todo.

—Por favor, dame otra oportunidad.

—No tienes que explicarte. Ya lo has hecho.

—Por favor, tomemos un café juntos.

Ella suspiró. —¿Cuándo?

—¿Ahora? —preguntó él.

Ella lo pensó. ¿Debería ceder tan rápido? Por otro lado, no sabía cuánto tiempo más se quedaría en Heidelberg.

—¿Dónde? —preguntó ella.

Él sugirió el Café Sehnsucht, su café favorito. Estaba segura de que nunca se lo había mencionado.

—¿Cómo conoces ese café? —preguntó ella.

—Simplemente busqué en TripAdvisor. Parecía un lugar que te gustaría.

Ella no pudo evitar sonreír. —Nos vemos allí en treinta minutos —dijo.

Le gustaba, eso estaba claro, de lo contrario no habría llamado. Así que lo que había dicho no era solo una excusa para deshacerse de ella. Pero ¿qué quería decirle ahora? Estaba ansiosa por averiguarlo.

CAPÍTULO 15

Lo vio desde el otro lado de la calle. Estaba sentado junto a la ventana, sorbiendo una taza de té. Mientras tanto, anotaba algo en un libro o cuaderno. De vez en cuando, miraba por la ventana. ¿Ya la habría visto?

Eva cruzó la calle y entró en el café. Estaba muy concurrido esa noche. Casi todas las mesas estaban ocupadas, y olía a comida caliente, té y café. Tan pronto como la vio, Ben se levantó y la saludó.

—Me alegro de que hayas venido —parecía un colegial en su primera cita. Con cierta torpeza, le quitó el abrigo. Eva sonrió divertida.

—¿Qué quieres beber? —preguntó. Sonaba emocionado.

—Tomaré un té, pero también tengo mucha hambre.

—Pide lo que quieras —respondió él.

—Perdona, pero ¿qué te pasa?

—¿A qué te refieres?

—Un momento me cortejas y al siguiente eres totalmente distante.

—Lo siento —la miró conmovido—. Admito que me he comportado como un idiota.

—Es cierto.

Laura vino a atenderlos. Los saludó amablemente y dijo:

—Eva, la cocina ha probado algo nuevo hoy: falafel casero. ¡Solo puedo recomendarlo, está delicioso!

Eva sonrió y explicó:

—Ben aquí es de Israel, la tierra del falafel, y además comimos una ración ayer mismo.

Laura sonrió.

—Entonces, ¿sopa de patata del Palatinado, con o sin salchichas?

—sugirió.

—Para mí con salchichas, por favor —dijo Eva.

—Yo solo tomaré la sopa, sin salchichas.

Después de que Laura se fuera, Eva miró a Ben inquisitivamente.

—Si eres creyente y sigues una dieta kosher, ¿cómo puedes comer en un restaurante normal?

Él se rio y dijo:

—¿Has estado investigando? No soy un judío ultraortodoxo, pero sí creyente. Cuando estoy en el extranjero, intento seguir las reglas lo mejor que puedo, pero sin volverme loco. De lo contrario, solo podría beber agua.

Eva sonrió. En ese momento, Laura trajo su té.

—De hecho, investigué un poco sobre el judaísmo —dijo Eva—. Pero lo de la novia no pude investigarlo.

Él se aclaró la garganta. ¿No debería haberlo mencionado? Demasiado tarde, a veces su lengua era simplemente más rápida que su mente. Tal vez debería haberle dado la oportunidad de sacar el tema por sí mismo.

—Sí, de hecho tengo una novia en Israel. Llevamos un año juntos y, bueno, es bastante agradable y nos llevamos bien.

—¿Y planean casarse pronto? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Al principio parecía ser la mujer perfecta para mí. Estudia horticultura y tiene un verdadero don para las plantas. Pero de alguna manera, en los últimos meses nos hemos quedado sin temas de conversación... —hizo una pausa y la miró—. Ella también pensó que mi viaje a Alemania era bastante tonto. No puede entender por qué quiero visitar el país de mis antepasados, después de todo lo que los nazis nos hicieron. Y entonces te conocí —sonrió

tímidamente—. Ya en el tranvía me pareciste genial. Eras tan valiente. Y eres hermosa.

Ella se rio.

—Sí, la Mujer Maravilla.

—Cuando me contaste sobre Grete, sentí que era el destino que nos hubiéramos encontrado —parecía inseguro—. ¿Espero no asustarte?

—Te escucho —respondió Eva simplemente.

—Me gusta todo de ti, tu risa, tu humor, tu curiosidad. ¿Qué puedo decir? Me he enamorado de ti.

Eva lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y ahora qué?

—Creo que tú también me gustas.

Como Eva no sabía qué decir a eso, solo sorbió su té nerviosamente.

—Pero está este gran problema de que solo puedo casarme con una mujer judía.

—¿Por qué hablas de casarte? Apenas nos conocemos —objetó ella.

—Por supuesto, pero creo que sería injusto para ti empezar una relación que no tiene futuro. Y tampoco sé si sería capaz de separarme de ti una vez que estemos juntos.

No sabía qué decir a eso. Todo parecía banal cuando se trataba de algo tan fundamental como evidentemente era la fe para Ben. Pero entre todo lo que había dicho, una frase importante resonaba en su cabeza. *"Me he enamorado de ti."*

—¿De verdad te has enamorado de mí? —preguntó.

Él asintió de nuevo. En ese momento, Alex llegó con la sopa, dándoles una pausa para reflexionar.

—¿Y cómo vamos a manejar esto ahora? —preguntó Eva finalmente.

Ben la miró tristemente.

—No lo sé, por eso me comporto de manera tan extraña. A veces pienso: ¡Disfrutemos del hermoso momento! Y al siguiente instante, vuelvo a sentirme culpable.

—Si lo veo correctamente, tenemos dos problemas. Por un lado, tienes novia y por otro, por razones religiosas, no podrías empezar nada conmigo.

Él asintió.

—Si yo fuera judía, ¿qué harías?

—Terminar con mi novia —dijo sin dudar ni un momento.

Ella no pudo evitar sonreír y respondió:

—Bueno, en realidad deberías hacerlo de todos modos, porque si puedes enamorarte de otras mujeres, tal vez la base no sea tan buena.

—Eres realmente muy directa —observó él, forzando una sonrisa.

—Lo heredé de mi padre, lo siento.

—No, no, lo aprecio mucho y tienes razón.

De alguna manera le daba lástima, porque parecía bastante infeliz con la situación.

—Pero tampoco es inusual enamorarse de otra persona. Sucede a menudo —dijo Eva—. Al menos en relaciones largas. Entonces uno tiene que considerar si la nueva persona vale la pena como para terminar la relación anterior.

—¿Te ha pasado alguna vez? —preguntó él.

—No.

Tomó una cucharada de sopa, luego se corrigió: —Aunque, en primer grado dejé a mi novio porque otro siempre compartía conmigo sus deliciosas galletas.

Ben se rio. —Vaya, vaya, así que se te puede conquistar con dulces.

Ella sonrió y se encogió de hombros. Durante un buen rato no dijeron nada, solo tomaron su sopa en silencio. Pero la pregunta más importante rondaba en la cabeza de Eva y no la dejaba en paz. Lo observó con más detenimiento. En su rostro normalmente bien afeitado se podía ver una barba incipiente. Le quedaba bien. De hecho, físicamente le gustaba todo de él. El cabello denso y corto, su sonrisa...

Suspiró: —El segundo aspecto, este asunto no se resuelve tan rápido.

—No —respondió él con pesar.

Eva sintió de repente la necesidad de hablar sobre algo trivial y preguntó: —¿Hay también salchichas kosher en Israel?

Ben asintió.

—Por cierto, estas son salchichas de pollo —explicó ella—. Podrías haberlas comido tranquilamente.

Él se rio. —Prefiero no tocar la carne aquí.

—Eres un hombre de principios, eso me gusta.

—Así me criaron, pero la mayoría de los israelíes no siguen la dieta kosher.

—¿Emil era también tan creyente?

Ben negó con la cabeza. —Más bien no, pero para mi madre es importante y también convirtió a mi padre.

Eva sonrió y Ben le habló de sus padres, de su infancia protegida. Ella le contó sobre sí misma. Luego compararon a sus padres y antes de darse cuenta, el Café Sehnsucht estaba a punto de cerrar. Ben pagó y salieron a la calle. Estaba oscuro y apenas había gente por ahí.

—Demos un paseo, te acompaño a casa —sugirió él.

—¿Y después? —preguntó ella coquetamente.

—Quiero quedarme cerca de ti, así que me encantaría caminar contigo hasta tu casa o subir al castillo.

Eva se rio y se agarró de su brazo. —¿Puedo hacer esto?

Él la miró. —Con mucho gusto.

—No tenemos que ser pareja, podemos simplemente disfrutar este tiempo que estás aquí. —Él la miró sin decir nada. ¿Qué estaría pensando? —No me refiero en sentido sexual, pero tal vez ¿como un viejo matrimonio? —añadió ella.

Él sonrió. —Como un viejo matrimonio.

Tomó su mano y la sostuvo con firmeza. Sus dedos se entrelazaron con los de ella y se sintió segura. Era como si de repente pequeñas hormigas subieran por su brazo y se le puso la piel de gallina. Caminaron en silencio los tres kilómetros hasta la casa de ella.

Cuando cruzaron el Puente Viejo, Eva se detuvo y susurró: —Hagamos una foto de recuerdo.

Y así hicieron su primera selfie con el castillo iluminado de fondo, como prueba de que habían estado juntos allí. Hacía frío y aparte de algunos estudiantes borrachos, apenas había nadie por ahí. La luna llena se reflejaba en el agua oscura.

Después de tomar las fotos, Eva dijo: —Un viejo matrimonio también se da un beso de vez en cuando.

Él asintió, se inclinó con cuidado hacia ella y rozó suavemente sus labios. Sabía a té de menta, sus manos enmarcaban su rostro.

—Eres hermosa —dijo él.

Ella le dio otro beso, tomó su mano y siguieron caminando. En ese momento, intuyó cómo debieron haberse sentido Eva y Emil por dentro.

A la mañana siguiente se encontraron de nuevo en casa de Grete, quien les contó la siguiente parte de la historia.

CAPÍTULO 16

Finales de octubre de 1938

Eva vivía con sus padres desde hacía dos años en una hermosa casa unifamiliar. Después del golpe de estado de Röhm en 1934, todo el liderazgo de las SA había sido condenado, casi doscientos de los hombres más importantes habían sido ejecutados, y las áreas de operación de las SA se habían restringido. En los primeros días del partido nazi, las SA habían sido el útil grupo de matones que se encargaba de intimidar a los oponentes políticos en las calles. Pero probablemente las SA y su líder Ernst Röhm habían querido reclamar demasiado poder para sí mismos en algún momento. Ahora era la SS, las Schutzstaffel, la nueva tropa de élite, la que se empleaba para las tareas importantes. Las otrora poderosas SA seguían existiendo, pero bajo un nuevo liderazgo y ahora se dedicaban principalmente a entrenar a los nuevos reclutas militares. Sin embargo, esto en realidad solo había beneficiado la carrera de Albert, ya que había ascendido rápidamente a Obergruppenführer, un general del SA, en las nuevas SA y por este camino había obtenido un puesto como subjefe de policía. Desde entonces les iba bien. La madre de Eva era ahora una dama, ya no tenía que preocuparse por el dinero.

Eva estaba ayudando a su madre a limpiar una alfombra cuando entró su padre.

—¿Ves, Hanne? El Führer ha cumplido su promesa, nos va bien.

La madre de Eva miró a su marido y sonrió. —Siempre he creído en ti, Albert.

Eva se sintió mal. Apenas podía soportar que su madre fuera tan dependiente de su padre y no tuviera opinión propia. No pudo evitar decir: —Vivimos en una casa ajena y los muebles no son nuestros, ni siquiera esta alfombra.

Albert, que estaba de pie en el marco de la puerta, orgulloso como un pavo real en su uniforme, preguntó irritado: —¿Qué quieres decir con eso?

Antes de que Eva pudiera continuar, su madre respondió rápidamente: —Nada, nada, todo está bien, llegarás tarde a la reunión, cariño.

—¡Todo esto me lo debéis a mí! Sin mí, seguiríamos viviendo en ese cuchitril y tú, Hanne, estarías mendigando a tu hermana por unas migajas. —Sonrió triunfante—. Ahora incluso tenemos más dinero que tu hermana y su estirado marido.

Johanna asintió a sus palabras y le sonrió apaciguadoramente. Eva, en cambio, hubiera querido gritarle y salir corriendo, pero se contuvo. En su lugar, se concentró en humedecer ligeramente la hermosa alfombra de lana y luego frotar suavemente para sacar la suciedad. Odiaba vivir en una casa que los antiguos propietarios no habían abandonado voluntariamente.

Después de que su padre se fuera, miró a su madre y dijo: —Mamá, en el hospital hay habitaciones para las enfermeras. Si viviera allí, no tendría que moverme tanto por la ciudad.

Su madre la miró horrorizada. —¿Qué? ¿Quieres dejarnos?

Eva puso los ojos en blanco. —No, por supuesto que no, pero trabajo hasta tarde muy a menudo y entonces es simplemente demasiado peligroso volver a casa.

Su madre objetó: —Tu padre no lo aprobaría.

—De vez en cuando te escucha. Sería realmente más seguro.

—Aquí tienes todo lo que necesitas.

Sus palabras provocaron lágrimas de rabia en los ojos de Eva.

Su madre asintió comprensivamente y dijo: —Sé cuál es la razón. No te gusta la casa.

—¡Exacto! No me gusta, ¿por qué debería? Es una casa robada. ¿Cómo puedo sentirme cómoda aquí? ¿A ti no te molesta?

Miró a su madre con reproche.

—Tu padre dice que no está robada. Al fin y al cabo, pagamos alquiler.

—¿A quién le pagáis el alquiler? ¿A los propietarios judíos? Seguramente tuvieron que venderla muy por debajo de su valor para luego huir de este horrible país.

Su madre protestó. —Alemania no es un país horrible, solo estamos recibiendo lo que nos pertenece. Desde que el Führer está en el poder, por fin hay orden aquí.

Eva asintió. —Expulsando a los judíos alemanes y tratándolos como ciudadanos de segunda clase.

—Seguramente se lo merecen —respondió su madre en voz baja y volvió a dedicarse a la alfombra como si nada hubiera pasado.

Eva la observó. Su madre estaba tan feliz de vivir por fin en una casa de ensueño que simplemente ignoraba las circunstancias externas. De repente, Eva se sintió terriblemente sola, casi como una huérfana. Nunca se había sentido realmente cercana a su padre, pero ahora incluso su madre, que siempre la había cuidado con tanto amor, de repente era como una extraña para ella. ¿Siempre había sido así? ¿Nunca había tenido una opinión propia?

En ese momento, Eva se dio cuenta de que sus padres eran los malos en este terrible juego. Una profunda tristeza se apoderó de ella. Algo se rompió dentro de ella cuando se dio cuenta de que a su madre solo le importaba ella misma y que no le importaba el sufrimiento de los oprimidos. Incluso apoyaba este régimen injusto. Su relación nunca volvería a ser como antes.

—¿Tengo que limpiar la alfombra yo sola?

Johanna miró a su hija con reproche. Eva se preguntó si su madre percibía algo de su mundo emocional.

—Vamos, ayúdame —le instó.

Eva limpió la alfombra sin ganas. Se dio cuenta dolorosamente de que no podía confiar en su madre, nunca. Nunca debía saber de

Emil.

Después de limpiar la alfombra, Eva murmuró: —Voy a dar un paseo corto.

Vagó sin rumbo por la ciudad y de repente se encontró en la calle donde había jugado de niña con Emil y Grete. Caminó lentamente hasta llegar a la casa de los Rosenbaum. ¿Estaría Emil en casa? Pero era demasiado peligroso ir a verlo.

Al final de la calle estaba la iglesia que había sido su segundo hogar en su infancia. Ya fuera casualidad o destino, de repente descubrió allí al tío Frido, que se dirigía a la casa parroquial. Corrió hacia él y él la abrazó para saludarla. Su tío parecía haber envejecido años desde la última vez que lo había visto. Estaba pálido y delgado y tenía muchas arrugas en la frente. Sin embargo, le sonrió radiante.

—Evita, ¿cómo estás?

Ella le devolvió la sonrisa: —Bien, tío Frido.

—¿Cómo va tu formación?

—Es agotador, pero me divierte.

—Tienes que venir a visitarnos otra vez —dijo él.

—Con mucho gusto.

—¿Y tus padres? —Ella notó que le costaba sonreír al hacer esta pregunta. En realidad, solo quería decir: —*Están bien*, pero no pudo. En su lugar, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Evita, ¿qué pasa? ¿Están enfermos?

Eva se apoyó en su tío y comenzó a sollozar.

—Ven.

Fridolin la llevó a la iglesia, que estaba vacía.

—¿Qué sucede, Eva? ¿Alguien está enfermo? —preguntó de nuevo en voz baja. Ella negó con la cabeza.

Él le ofreció su pañuelo blanco planchado.

—Gracias —sollozó ella e intentó detener el flujo de lágrimas.

Su tío se sentó en silencio a su lado sin decir nada. Como consejero espiritual experimentado, sabía que a veces el silencio es oro.

Después de que Eva se calmó, confesó: —Ya no soporto vivir con mis padres.

Él le acarició el cabello. —Te entiendo, siendo una persona tan sensible como tú.

—Hay algo más —dijo ella.

Le contó sobre Emil y él asintió con comprensión.

—Ven, vamos a dar un paseo —sugirió su tío—. Un poco de aire fresco nos hará bien.

Mientras caminaban por calles desiertas, él dijo: —Quería ayudar tanto al padre de Emil, pero no había nada que pudiera hacer. ¿Cómo está?

—Mal. Probablemente no salga vivo del hospital.

—Haré todo lo que esté en mi poder para ayudar al menos a su hijo. Es como si últimamente estuviéramos en medio del infierno —dijo Frido con angustia, mirando hacia adelante—. Muy pocas personas parecen comprender la gravedad de la situación y esta inhumanidad.

Eva asintió.

—Pueden reunirse en la casa parroquial si quieren estar solos —sugirió su tío—. Tenemos el cobertizo detrás de la casa. Dejaré la llave debajo de una piedra.

—¿En serio? —preguntó Eva.

—Pero no se entreguen a la carne —advirtió su tío.

—Tío, por supuesto que no —respondió Eva de inmediato.

Sin embargo, le resultaría difícil, muy difícil, mantener esa promesa, lo sabía, porque en los últimos días había sentido una pasión y un deseo incontrolable de estar físicamente cerca de él con cada pequeño e insignificante roce de sus manos o hombros.

Por la noche, se encontró de nuevo con Emil en el cementerio de la montaña. Desde lejos, vio que estaba abatido.

—¿Qué ha pasado?

—Mi padre ha muerto. Ya no pudieron hacer nada por él —contó con voz ronca.

Ella lo abrazó para consolarlo. La mayor parte del tiempo permanecieron en silencio y Eva simplemente le acariciaba la mano.

Las nubes anunciaban lluvia, así que acordaron encontrarse al día siguiente en la casa parroquial. Eva ya estaba esperando cuando Emil se escabulló en el cobertizo. Se recitaron poemas e intentaron

no hablar de la realidad, el poco tiempo que tenían juntos era demasiado valioso para eso. Soñaron juntos con un futuro en otro país o en una Alemania sin Hitler. Él se convertiría en abogado y ella en médica, y juntos defenderían a los oprimidos.

Mientras hablaban, Emil tocaba repetidamente su mano y la acariciaba con sus largos dedos. Eva se sentía como si estuviera electrizada, no sabía cuánto tiempo más podría resistir este deseo.

Por la noche, comenzó a escribir sus deseos de más contacto. La idea de que sus dedos no solo tocaran su mano, sino otras partes de su cuerpo, casi la paralizaba mientras escribía. Se sentía casi como si él estuviera allí. Cuando terminó, guardó la nota y estuvo dudando si dársela a Emil o no. En su próximo encuentro en el cobertizo, entre leños y herramientas en un banco desechado, le pasó la nota.

—Lee esto cuando estés solo. Pero no te rías de mí —dijo, mirándolo casi con miedo.

Él le besó la mano. —Nunca haría eso.

En su próximo encuentro, Emil había cambiado. Sus ojos brillaban cuando se sentó junto a ella en el viejo banco. Eva le ofreció galletas, pero él las rechazó.

En su lugar, la miró a los ojos y dijo: —Desde que leí tu poema, sueño cada momento con cómo sería tocarte. No deseo nada más que eso.

Ella tomó su mano y preguntó en voz baja: —¿Entonces te sientes igual?

Él asintió. —Deseo mucho más, deseo estar contigo como un hombre está con su esposa.

El rubor subió a su rostro. —Cuando estemos casados —susurró.

Él suspiró. —Aquí no podemos casarnos.

—Tampoco vamos a vivir aquí, seguro. Este ya no es nuestro hogar. No necesitamos esto, solo nos necesitamos el uno al otro —respondió con firmeza. Él sonrió, pero ella notó que no estaba feliz con eso. Le dio una nota y ella lo miró interrogante.

—Léela cuando estés sola —dijo.

Disfrutaron un rato más de la cercanía del otro, luego él salió primero del cobertizo. Poco después, Eva fue a ver a su tío, que estaba ordenando papeles en la sacristía.

—Ya se fue, tío. Gracias.

Él la miró. —Evita, cuídate.

Ella se sonrojó, pero asintió. Después de despedirse, caminó lentamente calle abajo. Sostenía firmemente la nota en su mano. En el siguiente banco del parque, desplegó la hoja que él probablemente había arrancado de un cuaderno. Pasó suavemente la mano sobre la página y luego leyó las palabras que había escrito con su hermosa caligrafía.

Mi amada,

Con tu carta me conviertes en el hombre más feliz. Sentimos lo mismo. A cada momento sueño con yacer a tu lado y tocarte, tu cuello, tus pechos, tu vientre. Nos imagino desnudos a orillas del Neckar, con solo la luna como testigo. Siento tu cuerpo cálido y suave, y no te suelto jamás. Y nos amamos. No solo con palabras, sino como lo hacen los amantes. Respiro tu aroma mientras beso tus pechos, y desciendo por tu cuerpo hasta llegar al punto donde nos unimos. Quiero sentirte ahora y sé que no es posible. Es solo un sueño del futuro. Pero el futuro llegará, sin duda. Debemos ser pacientes.

Eres la única a quien amo.

E.

Mientras leía las líneas, se formaban imágenes en su mente y una especie de fiebre se apoderaba de ella. No sabía cuánto tiempo más podría soportar solo tomarle la mano. Pero ¿qué más podía hacer?

Su cabeza le decía claramente: *No escuches tus sentimientos, es demasiado peligroso.* Pero la fiebre la empujaba a verlo inmediatamente, sin importar dónde, y hacer exactamente lo que él había escrito. Ya no percibía nada más a su alrededor.

CAPÍTULO 17

Principios de noviembre de 1938

Eva vivió los días siguientes en una especie de estado de ensoñación. Realizaba el trabajo pesado y todo lo demás sin estar realmente involucrada internamente. Sus padres querían viajar durante el fin de semana, había un evento del partido en la Selva Negra para empleados leales y sus cónyuges. Eva se quedó sola en casa. Su madre, que nunca antes había asistido a un evento así, estaba terriblemente emocionada. Llenó la maleta como si fuera a estar ausente durante varias semanas y no dejaba de hablarle a Eva.

—Mamá, cálmate, solo estaréis fuera hasta pasado mañana — intentó Eva hacerla entrar en razón.

Su padre solo puso los ojos en blanco. Cuando sus padres se fueron, Eva respiró aliviada. ¡Por fin estaba sola!

Su mirada recorrió la casa en la que se sentía tan incómoda. Aunque todo era elegante y de buen gusto, tenía la sensación de que los viejos muebles de madera la observaban con desconfianza. ¿Quién habría vivido aquí antes? ¿Y dónde estaban ahora los antiguos habitantes? ¿Qué les habría pasado? Todos estos pensamientos no la dejaban descansar. Mientras contemplaba la pesada alfombra que recientemente había limpiado junto con su

madre, se le ocurrió una idea. De repente, su corazón empezó a latir tan fuerte que tuvo que poner su mano sobre él para calmarlo.

Ya era pasada la medianoche. Apenas había una luz encendida en las casas vecinas cuando Eva entró en la casa por la puerta trasera junto con Emil. Con cuidado abrió la puerta, tiró de Emil hacia adentro, miró una vez más alrededor y luego cerró la puerta. Ya había cerrado todas las contraventanas, así que pudo encender la luz. Con un suspiro, se apoyó contra la pared. ¡Lo habían logrado!

—¿Y tus padres realmente no están? —preguntó él. Ella negó con la cabeza—. Sabes lo que pasaría si me encontraran aquí.

Ella puso un dedo sobre sus labios. —No lo harán.

Tomó su mano y lo llevó a su habitación. Él la miró inseguro, como un niño que no sabe qué esperar. Ella sonrió y le dio un beso. Por primera vez desde que se conocieron, no tenía miedo de que alguien los descubriera, se sentía libre y sin observar. Emil todavía llevaba puesto su abrigo y su gorra. Ella encendió la lámpara de su mesita de noche. Sus mejillas estaban sonrojadas y su respiración era rápida.

—He anhelado esto durante tanto tiempo —susurró ella en su oído y comenzó a desvestirse, hasta que finalmente se quedó frente a él solo en ropa interior y el ligero vestido interior.

Emil la miraba sin decir palabra. Eva sentía que su corazón iba a saltar fuera de su pecho y estaba tensa, porque él no había reaccionado hasta ahora y eso la hacía sentir insegura.

Pero ahora, como si acabara de despertar, Emil se acercó a ella. Acarició su cuello y luego sus hombros. Al hacerlo, los delgados tirantes del vestido interior cayeron y dejaron al descubierto sus pechos.

Emil tragó saliva y la miró inseguro. Pero Eva tomó su mano y la colocó sobre su pecho izquierdo. En ese momento, su timidez pareció desvanecerse. Rápidamente se quitó la camisa y los pantalones, y Eva se deshizo de su vestido interior. Luego ayudó a Emil a quitarse las últimas prendas. Eva pudo ver en los ojos de Emil el mismo fuego que ardía en ella. A ninguno de los dos les bastaban ya los tímidos besos.

Él comenzó a besar su hombro, luego los pechos, y Eva ya suspiró en el momento en que sus labios tocaron su pezón. Se aferró a él, apoyó su cabeza sobre la de él, mientras él continuaba acariciándola.

Se entregaron el uno al otro sin segundas intenciones, solo con la expectativa de obtener más del otro. Hicieron el amor una y otra vez y descubrieron nuevos lugares en sus cuerpos que los llevaban al éxtasis con solo un pequeño toque. Eva deseaba que esta noche nunca terminara, pero finalmente se quedaron dormidos exhaustos en su estrecha cama. Eran ya las diez cuando los rayos del sol brillaron a través de las contraventanas verde oscuro y le hicieron cosquillas en la punta de la nariz a Eva. Cuando abrió los ojos, vio que Emil la estaba observando.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días —respondió ella.

—Esta ha sido la noche más hermosa de mi vida —susurró, casi como si tuviera miedo de que alguien pudiera escuchar y arruinar su felicidad. Ella asintió.

—Me gustaría tanto casarme contigo para que no tengamos que escondernos más —suspiró él.

Eva le acarició el cabello. —Lamentablemente eso no es posible, lo sabes.

—¡Tenemos que encontrar una manera, esta noche no puede ser la primera y la última! —exclamó agitado.

—No, no lo será.

Como si no pudiera creerle, comenzó a besarla de nuevo, y ella disfrutó cada uno de sus toques. Cuando volvió a mirar su pequeño despertador, ya eran las doce.

—Voy a prepararnos algo de comer —dijo ella.

Él le dio un beso en la nariz y fue al baño para refrescarse. Ella abrió las contraventanas en toda la casa para que los vecinos no sospecharan. Afuera no había mucha gente, sin embargo, tenían que ser muy cuidadosos, nadie debía verlo. Lo siguió al baño, donde él se estaba cepillando los dientes, y dejó correr agua en la bañera.

—Ven —le pidió y señaló la bañera.

Emil era muy delgado, sin embargo, bajo su piel se podían ver claramente los músculos. Apenas tenía vello en el pecho y eso le gustaba. Pensó en su padre. Cuando trabajaba en el jardín en camiseta, podía ver que tenía una verdadera alfombra en su cuerpo.

El cálido vapor del agua que fluía era invitador. Ella entró. El agua caliente era reconfortante, sumergió su cabeza y él la besó mientras estaba bajo el agua. Más tarde se sentaron uno frente al otro y él le acarició los pies. Ella le lavó el pelo y lo enjabonó, mientras el aroma del jabón de lavanda llegaba a su nariz. Se salpicaron con agua mutuamente como dos niños pequeños.

Cuando terminaron, fueron a la cocina y Eva frió huevos e hizo café, mientras él untaba pan con miel. Ambos tenían un apetito enorme.

—Así será cuando estemos casados —dijo Emil y le sonrió radiante.

Eva asintió y dio un sorbo a su café. Durante un rato, cada uno se sumergió en sus propios pensamientos. Eva lo observaba y se sentía increíblemente feliz por las últimas horas que habían pasado juntos.

Mientras recogían los platos, él se aclaró la garganta y preguntó en voz baja: —¿Vendrías conmigo a Francia? —Al decirlo, la miró profundamente a los ojos, como si buscara la respuesta en ellos.

Pareció una eternidad hasta que pudo responderle, aunque ya había pensado mucho en ello en los últimos días.

Asintió y dijo: —Sí, te acompañaría. Pero tal vez las cosas mejoren pronto aquí. ¡Seguro que alguien podrá detener a ese enano loco!

Él la miró con dudas. —¿De verdad lo crees?

Eva se entristeció de repente y se encogió de hombros. —La gente no puede ser tan tonta como para hacer simplemente todo lo que él dice. Este horror tiene que terminar pronto —respondió. Pero en realidad, ni ella misma lo creía del todo.

—Eva, ni siquiera quisieron tratar a mi padre, y eso que sirvió en la Primera Guerra Mundial. —A Emil se le llenaron los ojos de lágrimas y Eva se sentó en su regazo y lo abrazó fuertemente. —Por suerte mi madre ya está en Francia. —La besó. Sus palabras y su

desesperación la conmovieron tanto que también a ella se le saltaron las lágrimas.

Él le rogó: —Por favor, no llores. Me alegro de estar aquí. De lo contrario, no habríamos tenido este tiempo maravilloso. Por ti vale la pena morir.

Sonrió al decir estas palabras, pero a Eva se le clavó una espina en el corazón. Se acariciaron un poco más, luego limpiaron para que sus padres no notaran que había tenido visita cuando regresaran. Eva cambió las sábanas de su cama y se ocupó de la ropa sucia. Más tarde, se tumbaron juntos sobre la suave alfombra del salón, que aún olía al jabón con el que la había limpiado recientemente. Sintió algo así como satisfacción o reparación. Estaba tumbada con un judío sobre la alfombra que aquella desconocida familia judía había tenido que abandonar. No le contó nada de estos pensamientos a Emil, no quería preocuparlo.

Giró la cabeza hacia él y lo miró. Todo había cambiado entre ellos. Se había creado un vínculo entre ellos, invisible pero fuerte. Sabían que se pertenecían el uno al otro, y nada los separaría jamás.

Hicieron el amor una vez más aquella tarde, sobre la alfombra que tanto significaba para la madre de Eva. Se sintió un poco como una venganza y Eva sonrió ante la idea. Cuando oscureció y las familias estaban cenando en sus casas, se despidieron.

Se besaron tiernamente, luego Emil se caló la gorra hasta los ojos y desapareció en la oscuridad.

Eva cerró la puerta tras él, terminó de ordenar un poco y finalmente se acostó. La cama se sentía vacía sin él, pero aún podía percibir su olor en su nariz y en su cuerpo. En su mente, repasó una vez más el día que habían pasado juntos. El simple recuerdo despertaba en ella un profundo anhelo por él. Pasara lo que pasara, nadie podría quitarles ese día. No necesitaba más felicidad que estar con él. Se sentía completa, como si alguien hubiera añadido la pieza que faltaba en un rompecabezas.

Pero entonces pensó en su conversación sobre huir al extranjero. Ahora que Emil no estaba, la invadieron los miedos y las dudas. Irse significaría dejarlo todo atrás, la familia, lo conocido. Aunque había soñado una y otra vez con comenzar una hermosa vida juntos en un

país desconocido, en ese momento se sentía inquietante. ¿Realmente tenía la fuerza para llevarlo a cabo? ¿Ella, la hija obediente y la enfermera responsable? Suspiró. Tal vez todo mejoraría en Alemania después de todo. Algunos de los médicos no perdían la esperanza. Un médico jefe le había dicho una vez: "Alemania no puede ser tan estúpida. Este Hitler no durará mucho".

Por otro lado, había muchos como su padre. Las reuniones del NSDAP estaban muy concurridas y muchos confiaban plenamente en su Führer.

Cuando sus padres regresaron al día siguiente, contaron entusiasmados su viaje. Sobre todo su madre se sentía como una gran dama.

—Albert, necesito renovar mi guardarropa. Todos iban mejor vestidos que yo. ¿O quieres que tu mujer vaya como una andrajosa?

Él se rio y sacó unos billetes de su bolsillo. —Toma, cariño, cómprate algo bonito.

Luego miró a Eva. —¿Tú también necesitas algo de ropa?

Eva negó con la cabeza. —Paso la mayor parte del tiempo en la clínica, me basta con mi bata blanca.

Él se rio. —Entonces la madre irá mejor vestida que la hija.

—Para, Albert, durante años he llevado ropa vieja y usada, ahora quiero tener mi parte del pastel.

Eva los observaba y de nuevo la invadió la sensación de tener ante sí a dos extraños cuyas conversaciones cada vez le costaba más soportar. De repente, la idea de irse con Emil le pareció una liberación.

El lunes, siete de noviembre, se volvieron a encontrar en el cobertizo de Frido. Les resultaba muy difícil a ambos no acercarse físicamente. Después de haber experimentado lo hermoso que era estar unidos físicamente, les costaba mucho no lanzarse el uno sobre el otro. Pero Eva no quería abusar de la confianza de su tío bajo ningún concepto. Así que pasaron la siguiente hora algo tensos e incluso debatieron sobre el tiempo y la próxima Navidad, solo para distraerse. Cuando ella quiso irse, Emil la retuvo de la mano.

—¿Podemos vernos en otro sitio? —preguntó él.

—Por favor, no otra vez en el cementerio.

—¿Tal vez en algún lugar del bosque?

Ella repasó mentalmente su horario semanal. —Tengo libre el domingo, pero ese día hay demasiada gente por ahí. ¿Quizás el próximo lunes? Pero entonces no hasta las ocho de la noche.

Él asintió. —Mientras estemos solos.

Ella sonrió y se fue.

El olor a cigarrillos la golpeó como una pared cuando atravesó la puerta de la casa de sus padres. Se oían fuertes debates. Su madre estaba en la cocina.

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó Eva.

Su madre puso los ojos en blanco y murmuró:

—Tu padre y sus compinches.

Luego salió al jardín para llevar los residuos verdes al compost.

En realidad, Eva solo quería comer rápidamente una sopa en la cocina y luego ir a su habitación, pero sin querer, escuchó la conversación de los cuatro hombres.

—Les iba bastante bien aquí con nosotros. —Fuera con esa plaga. Los eslóganos le quitaron el apetito a Eva. No conocía a los hombres y tampoco los veía, ya que la puerta de la cocina estaba apenas entreabierta. Una voz profunda dijo:

—Calmaos, hombres, las instrucciones de arriba son claras. El miércoles por la noche nos organizaremos de la siguiente manera. Hasta las 22:00 horas, todos los hombres del estandarte deben reunirse en el centro comunitario. Allí esperaremos hasta que Goebbels termine su discurso en Múnich. Después, saldremos en grupos por la ciudad. El grupo de estudiantes se reunirá a la una en la sinagoga y la incendiará. Los grupos restantes se repartirán las tiendas de los judíos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Eva.

—¡Esta es una gran oportunidad para nosotros como SA! —oyó decir a su padre—. Por fin podemos volver a demostrar lo que somos capaces de hacer. El Führer vuelve a confiar en nosotros.

—Mejor así —dijo otro—. Todavía somos más de un millón de hombres en el Reich alemán.

—¡Y todos estarán en las calles el miércoles!

Eva se sintió mal, como si hubiera comido algo en mal estado. Pero se controló. Era importante, incluso vital, escuchar lo que se estaba tramando. Sin embargo, en algún momento no pudo soportarlo más y tuvo que correr al jardín para vomitar. Todo su cuerpo temblaba. Tal vez todo esto era solo una pesadilla. ¿Había oído mal?

Cuando volvió a la cocina, las voces de los hombres se habían vuelto más bajas. Parecían estar discutiendo más detalles. En ese momento, Johanna regresó a la cocina.

—Eva, ¿qué pasa? Estás muy pálida.

—Oh, nada, creo que he pillado una gripe estomacal en el hospital. Ya estoy mejor.

—¿Quieres que te prepare un té?

Asintió agradecida.

Para ir a su habitación, tuvo que pasar junto a los hombres de las SA que estaban sentados a la mesa del salón. El olor a sudor masculino mezclado con tabaco le provocó náuseas de nuevo. Si no hubiera vomitado ya, probablemente lo habría hecho en ese momento.

Su padre levantó la vista brevemente y le indicó con la mirada que se fuera rápidamente. Solo pudo ver que los hombres estudiaban mapas y aparentemente se repartían las zonas.

En su habitación, Eva se cambió de ropa y se metió en la cama, pero no pudo dormir. Pasó toda la noche pensando en qué debía hacer. De alguna manera, había que advertir a Emil y a sus amigos. ¿Se podría evitar esta injusticia de algún modo? Pero por más que pensaba, no se le ocurría nada. La única persona a la que podía acudir era su tío Frido. Solo con él podía hablar abiertamente. Lo haría mañana por la mañana sin falta.

Sollozó al darse cuenta de que este país ya no era su hogar y que nunca más lo sería. Tenía que abandonarlo con Emil lo antes posible.

CAPÍTULO 18

Presente

—Me sorprende que el padre de Emil y él hayan vuelto a Alemania —dijo Eva.

—No podían imaginar lo que iba a pasar. Simplemente querían vender la casa para cortar definitivamente todos los lazos con Alemania. Es difícil creer que los seres humanos sean capaces de tanta crueldad. Y de cara al exterior, los nazis intentaron ocultar sus verdaderos planes para los judíos hasta la Noche de los Cristales Rotos. Por eso tantos se quedaron en Alemania, hasta que fue demasiado tarde. Cuando el padre de Emil aún vivía en Heidelberg, mi padre hablaba a menudo con él sobre los nazis y sobre lo que podría venir. Pero él siempre decía que no sería tan malo.

Eva sacudió la cabeza pensativa. En retrospectiva, sabiendo lo que había pasado, era realmente incomprensible. Pero en aquel entonces, la gente no podía prever toda la magnitud del horror.

De repente, Grete rompió el silencio sombrío. Con una sonrisa radiante, dijo:

—Me apetece una comida deliciosa, en lugar de esta cosa entregada. —Señaló la comida que un joven del servicio de comidas a domicilio había traído hacía poco—. Hay un buen restaurante no muy lejos de aquí, ¿quién se apunta?

Eva y Ben se miraron perplejos, luego se rieron y Eva preguntó:

—¿Puede caminar hasta allí?

—No —respondió Grete—, pero tengo un coche.

—¿Usted aún conduce? —preguntó Ben sorprendido.

—Por supuesto que no, pero seguro que uno de vosotros tiene carné de conducir.

Ben y Eva se miraron de nuevo y asintieron. Grete pensó dónde había dejado las llaves y la documentación del coche. Después de mirar a su alrededor indecisa, Ben sugirió:

—Seguramente en la cómoda del pasillo.

Eva fue a mirar rápidamente y tomó ambas cosas.

Poco después, estaban sentados en un viejo Mercedes. La tapicería beige estaba un poco polvorienta, pero en general el coche estaba en buen estado. Eva se ofreció a conducirlo, ya que conocía Heidelberg mejor que Ben. Grete se sentó satisfecha en el asiento trasero.

—Solo hay cinturones de seguridad delante —observó Ben—. Conduce con cuidado.

Eva asintió. Encendió el programa de navegación de su teléfono y arrancó el motor.

—Antes era una conductora apasionada —explicó Grete—. Hace quince años que no conduzco. Pero simplemente no quería dar de baja el coche. A veces Karl me lleva a dar un paseo en él. Un Benz es simplemente el mejor coche, hay que reconocerlo.

Suspiró y pasó la mano por la tapicería.

El restaurante del que había hablado se había convertido en una cafetería vegana de moda.

—¿Vegana? —preguntó la anciana.

—Sin productos de origen animal —explicó Eva.

Horrorizada, Grete exclamó:

—¡Como en la guerra!

—Pero hay recetas tan deliciosas que ni siquiera te das cuenta de que están preparadas sin leche ni carne —la consoló Eva.

Grete no parecía entusiasmada.

—A mí me parece bien —dijo Ben—. En los restaurantes veganos me resulta mucho más fácil encontrar algo para comer. Pero

podemos ir a otro sitio si quieren.

Grete negó con la cabeza.

—Ya que estamos aquí y tengo hambre.

Después de examinar el menú, pidió una sopa de calabaza, Ben y Eva pidieron una hamburguesa cada uno.

—¡Esto está realmente bueno! —exclamó la anciana, después de haber añadido sal varias veces. Era evidente que estaba feliz—. Ya casi había olvidado lo bonito que es salir. Sentarse siempre frente al televisor esperando la muerte no es agradable.

—Podríamos hacer una pequeña excursión con su coche —sugirió Eva.

Los ojos de la anciana brillaron.

—¿De verdad? Me gustaría ir al Königstuhl y ver Heidelberg desde arriba.

—Entonces hagámoslo —dijo Eva. Al ver la mirada interrogante de Ben, explicó—: Es la montaña que está sobre el castillo. Se puede subir en funicular, pero también en autobús o en coche. Desde allí arriba hay una vista fantástica de Heidelberg y del valle del Neckar.

—¡Y se puede hacer senderismo! —añadió Grete—. Al menos antes podía.

—Yo invito —dijo Ben cuando Grete quiso pagar.

La anciana sonrió con picardía y dijo:

—Hace mucho tiempo que un hombre guapo no me invita, no puedo decir que no.

Los dos se unieron a su alegre risa.

Mientras subían la montaña, Eva se preguntaba si la vieja limusina realmente lograría llegar hasta arriba. Había que superar varias curvas estrechas y empinadas. Afortunadamente, brillaba el sol, aunque el termómetro solo marcaba cinco grados. Hoy, domingo, muchos excursionistas habían tenido la misma idea y Eva sudaba bastante mientras navegaba montaña arriba. Por suerte, no se cruzaron con ningún otro vehículo en todo el trayecto y solo tuvo que ser paciente con los coches que iban detrás, que probablemente estaban bastante molestos con la "conductora dominical".

Una vez arriba, Grete se cogió del brazo de Ben y Eva, y juntos caminaron lentamente hacia la plataforma de observación junto a la

estación del funicular. Ante ellos se extendía el valle del Rin-Neckar. Heidelberg, Mannheim y los pueblos de los alrededores eran claramente visibles.

—Desde aquí arriba parece que casi nada ha cambiado —observó Grete.

Eva se colocó junto a Ben, sus brazos se tocaban. Le hubiera encantado cogerle la mano o acurrucarse contra él. Pero no podía, después de todo no eran pareja. Se imaginó cómo él sostenía su mano y la acariciaba suavemente. Tal vez debería ser valiente y buscar su mano.

—¿Dónde está el cementerio donde Emil y Eva se encontraron? —preguntó Ben en ese momento.

—El cementerio de la montaña está en la ladera del Gaisberg —dijo Grete—. Es la montaña vecina. Pero creo que desde aquí no se ve.

Seguía mirando a lo lejos.

—Me gustaría ver ese cementerio —dijo Ben.

Eva le sonrió a Ben y dijo:

—Podemos hacerlo otro día. —Por el rabillo del ojo, notó que Grete los observaba atentamente.

—Se gustan, lo sabía —afirmó la anciana sin rodeos.

Ben se aclaró la garganta.

—El amor es algo hermoso, sobre todo cuando es correspondido. Lo triste es el amor unilateral, es como una calle de sentido único, llena de limitaciones —murmuró Grete con desánimo. De repente, pareció muy débil y sin fuerzas—. Ahora necesito sentarme —balbuceó.

Ben miró alrededor. A unos metros de distancia había dos bancos en los que estaban sentados unos turistas japoneses.

—Voy a preguntar si puede sentarse allí —dijo Ben y se acercó.

—No lo deje ir —advirtió Grete a Eva cuando él estaba fuera del alcance del oído.

Eva respiró profundamente el aire frío y suspiró:

—Si fuera tan fácil. Él no quiere vivir aquí y además tiene novia.

—Por la forma en que la mira todo el tiempo, no creo que mantenga a la otra como novia por mucho tiempo —opinó Grete

sonriendo.

—Ese no es el único problema. Él es muy religioso.

La mirada de Grete se tornó seria.

—Eso sí es un problema, no insuperable, pero un problema. Pero si se aman, encontrarán un camino.

—Nos conocemos hace solo unos días.

—A menudo basta un momento para enamorarse y saber que es el indicado —insistió la anciana.

—¿Por qué está tan segura de eso?

—Al igual que Eva, yo también amé a Emil desde nuestra infancia, aunque de manera diferente a los diecinueve años. Pero incluso entonces estaba decidida a casarme con él. Él o nadie.

Eva preguntó con empatía:

—¿Fue difícil para usted aceptar que él amaba a su prima?

La mirada de Grete volvió a perderse en la distancia.

—Fue terrible.

En ese momento, Ben les hizo señas. Se acercaron a uno de los bancos y los turistas hicieron espacio para Grete, quien agradeció y se sentó. Ben y Eva se quedaron de pie junto al banco y Eva se apoyó instintivamente en el pecho de Ben. Él la rodeó con su brazo. Ella intentó convencerse de que era un contacto inocente. ¿Pero lo era realmente? Su cercanía se sentía bien. Pero ese contacto sería todo.

Después de unos minutos, Grete se quejó:

—Tengo frío y estoy cansada.

—Entonces volvemos enseguida —la consoló Eva. *Después de todo, tiene cien años, pensó. Seguramente fueron muchas impresiones para ella hoy.*

En el auto, Grete se quedó dormida inmediatamente. Ben temía que la excursión hubiera sido demasiado agotadora para ella y miraba hacia atrás constantemente.

—Espero que aún esté respirando.

Eva miró preocupada por el espejo retrovisor. Al llegar donde Grete, sin embargo, esta se despertó enseguida. La llevaron a su sillón, lo reclinaron, le sirvieron pastel y té, y se despidieron.

—¿Volverán?

Había tanta súplica en su voz que a Eva le dolió dejar sola a esta anciana y solitaria mujer. Pero ahora necesitaba descansar. Acarició la pálida mejilla de Grete y asintió.

—Sí, definitivamente volveré.

Satisfecha con la respuesta, la anciana cerró los ojos y comenzó a roncar suavemente.

—¿Te gustaría dar un paseo conmigo al cementerio de la montaña? —preguntó Ben—. Aún es temprano.

—Claro —dijo Eva.

Tomaron el tranvía hasta la parada del cementerio de la montaña. El sol aún brillaba y si uno hubiera mirado solo el cielo azul sin nubes, podría haber pensado que era un caluroso día de verano. Sin embargo, el aire frío en sus rostros les demostraba lo contrario.

Mientras caminaban uno al lado del otro, Ben de repente tomó la mano de Eva. *Como una pareja de ancianos*, volvieron a resonar sus palabras en la mente de Eva. Ben debía saber lo que hacía, después de todo, era él quien tenía novia y era religioso. La historia de los dos amantes que había escuchado de Grete no salía de la cabeza de Eva.

Al llegar al cementerio, primero visitaron la sección judía.

—Creo que los encuentros de ambos ocurrían en esta dirección —dijo Eva señalando hacia la entrada lateral—. Si entendí bien a Grete, entraban por este portal. —Pensativa, añadió—: Si Eva hubiera sabido que su prima también amaba a Emil, seguramente no le habría contado tanto. Entonces apenas sabríamos algo sobre tu abuelo.

Ben asintió.

Mientras pasaban junto a lápidas antiguas y desgastadas, Eva susurró conmovida:

—Así que aquí tuvieron lugar sus primeros encuentros.

Era extraño, pero en ese momento sentía que se estaba convirtiendo en parte de la historia de estos amantes. Aún más loco era el hecho de que esta pasión se le estaba contagiando.

Finalmente, salieron del cementerio por la entrada lateral y llegaron a un camino que por un lado subía más la montaña y por el

otro bajaba, siempre a lo largo del muro del cementerio, de vuelta a la ciudad.

Mientras estaban allí indecisos, Ben abrazó repentinamente a Eva. Se besaron y ya no se sentía como si fueran una pareja de ancianos. Le resultaba difícil reprimir el deseo de más contacto físico. Llena de anhelo, se apretó contra él y deslizó sus dedos bajo su chaqueta. Ben no se resistió, más bien Eva sintió que se estremecía de placer.

Como en aquella época con Eva y Emil, en ese momento a Eva no le importaba nada más, ni la gente alrededor, ni las buenas intenciones. ¿Tendría Ben la fuerza para detenerse? Ella esperaba que no lo hiciera.

La interrupción vino de fuera, en forma de una familia con dos niños que paseaba por el camino, obligándolos a separarse y a tomar aire profundamente. Se sentían como después de una vuelta salvaje en un carrusel, recién bajados y aún algo inestables sobre sus pies.

El niño pequeño se detuvo asombrado.

Eva se aclaró la garganta y dijo en voz baja:

—Hola.

El pequeño se dio la vuelta inmediatamente y corrió hacia sus padres. Avergonzados, lo vieron alejarse y luego se miraron el uno al otro. Como si lentamente recobraran la conciencia y se avergonzaran de su comportamiento infantil, no se atrevían a mirarse directamente a los ojos.

—Vamos a tomar algo —sugirió Eva finalmente.

Ben asintió y caminaron en silencio por el sendero. Ambos estaban sumidos en sus pensamientos y cada uno tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, como si temieran estar a merced de esos poderosos sentimientos ante el más mínimo contacto.

En una cafetería, ambos pidieron un té y después de mirarse simplemente durante un rato, Ben rompió el silencio.

—Difícilmente podremos mantener una relación puramente platónica —dijo. Eva asintió y tomó un sorbo de té—. ¿Qué piensas? —preguntó en voz baja.

Ella se encogió de hombros.

—Ben, la limitación viene de ti, tú tienes que decidir.

Él pensó un momento, luego dijo con tristeza y sin estar realmente convencido:

—Tal vez debería irme antes de lo planeado.

Ella asintió.

—Si crees que es lo mejor...

—¡No sé qué es lo mejor ahora mismo! ¡Lo que más me gustaría sería desaparecer contigo y amarte toda la noche!

Sonaba alterado, casi enojado.

—O todo el día —dijo ella en un intento de aliviar la tensión con una broma, pero él no sonrió.

—No puedo simplemente olvidar mi vida anterior —dijo—. Está ahí y soy parte de ella.

Mientras hablaba, ella se dio cuenta del dilema en el que se encontraba. No podía enojarse con él, era demasiado honesto con ella. Aunque no podía entenderla, intentó respetar su postura.

—Lo siento, sé que es difícil para ti. Por eso acepto si dices que quieres irte. —Suspiró—. Aunque, por supuesto, desearía otra cosa. Contigo descubro sentimientos completamente nuevos que solo conocía de oídas. No tenía idea de que realmente existieran.

—Me pasa lo mismo —respondió él en voz baja.

—Pero, por supuesto, no puedo competir con tu fe. —Ben no dijo nada y Eva trató de no perderse en las emociones—. Vayamos mañana una vez más a ver a Grete para que puedas despedirte. Creo que se le rompería el corazón si simplemente dejaras de venir.

Él asintió. Luego puso cuidadosamente su mano sobre la de ella.

—Gracias, Eva.

Pagaron y se fueron. Ahora era definitivo. Los grandes sentimientos que acababan de descubrir y que estaban empezando a crecer tenían que ser sofocados. Eva sabía que esto le costaría mucha fuerza. Pero tenía que ser así. Triste, se fue a casa.

Por la noche, recibió un mensaje de WhatsApp de Luca: "¡He leído tus textos! Tienes un estilo de escritura genial".

"Gracias", respondió ella.

"Se me ha ocurrido algo más... una amiga editora me contó recientemente sobre un puesto que quedará vacante. Para mí no encaja en este momento, pero ¿tal vez para ti? Aunque tendrías que estar dispuesta a mudarte".

"No lo descarto", respondió Eva.

"Está bien. ¿Quieres que averigüe más detalles para ti?"

"¡Eso sería genial!"

Una mudanza realmente no sería lo peor, pensó Eva cuando se encontró con Ben frente al apartamento de Grete al día siguiente. Un nuevo entorno seguramente me ayudará a pensar en otras cosas.

La anciana se alegró cuando sus jóvenes oyentes llegaron de nuevo con un pastel, y comenzó inmediatamente a contar su historia.

CAPÍTULO 19

Noviembre de 1938

Después de hablar con Frido, Eva le contó todo a Emil y le pidió que buscara refugio con su tío y su tía.

—Pero solo temporalmente —objetó Emil.

—Sí, porque en cuanto la situación se calme, tendrás que emigrar.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó él.

Ella evitó responderle y añadió:

—Nadie debe saber que vives con Frido. Imagina lo que pasaría si mi padre se enterara.

—Eso no sucederá —la tranquilizó Emil.

Al amanecer del nueve de noviembre, Emil se mudó al ático de la familia Selig.

—Es mi deber como cristiano y como ser humano —dijo el pastor a modo de bienvenida—. No pude hacer mucho por tu padre, así que ahora hago algo por ti, muchacho.

—Ustedes son mis ángeles guardianes —respondió Emil. La tensión y el peso de los últimos meses eran evidentes en él.

—No podremos serlo para todos los demás —exclamó Eva desesperadamente y enterró su rostro en el hombro de Emil.

—Tenemos que informar a Grete —dijo su tío.

Ambos asintieron. —Aunque nos hayamos distanciado, seguramente ustedes sabrán si podemos confiar en ella —opinó Emil.

Eva lo miró con desaprobación. —Emil, es nuestra Grete. Por supuesto que podemos confiar en ella.

—Grete ayuda donde puede. Detesta el régimen tanto como nosotros —aseguró el pastor.

La Noche de los Cristales Rotos dejó claro a todos que la situación era peor de lo que jamás habían imaginado. Dos semanas después de ese terrible acontecimiento, Eva, Grete y Emil estaban sentados en el ático jugando *Parchís* sobre una vieja alfombra que debería haberse tirado hace años. Era casi como antes. Estaban concentrados en el juego, riendo juntos y molestándose cuando sus fichas eran sacadas. Intentaban olvidar la cruel realidad cotidiana, trataban de olvidar que hace solo unos días las tiendas y sinagogas judías habían ardido.

De repente, Eva miró el reloj y exclamó alarmada: —¡Tengo que ir a trabajar!

Abrazó a Grete, pero a Emil solo le puso la mano en el brazo con inseguridad. Él la miró con anhelo mientras desaparecía por las escaleras. Grete esbozó una sonrisa forzada, pero interiormente le dolía su mirada anhelante. En secreto, se alegraba de que Eva tuviera que irse, porque ahora no tenía que compartirlo con ella. Propuso otra partida para distraerlo y le habló de su formación en la librería.

—¿Qué te gustaría estudiar, Emil?

Él se rio irónicamente. —¿Has olvidado que no puedo estudiar?

—En el extranjero puedes —objetó ella.

—Para eso tendría que estar en el extranjero y además tener suficiente dinero. No lo sé.

—Ya se arreglará —intentó convencerlo. Como no lograba animarlo, sugirió—: Bajemos, así podemos escuchar un poco la radio, algunas canciones nuevas.

Grete realmente intentaba todo para hacer reír a Emil, y lo lograba de vez en cuando. Cuando Emil le contó que Eva no podría venir durante algunos días, la invadió una especie de felicidad.

En los días siguientes, incluso se tomó vacaciones para pasar el mayor tiempo posible con él. Su jefe solo accedió ahora en la temporada prenavideña porque Grete le consiguió dos ayudantes. Sus amigas estaban contentas de poder ganar un poco de dinero extra.

Cada día, Grete traía nuevos libros de la biblioteca y Emil siempre se alegraba cuando la oía subir la escalera.

—¿Qué haría yo sin ti?

—¿Leer literatura teológica especializada de mi padre? —bromeó Grete.

Ahora se preocupaba más por su apariencia. En Eva todo era perfecto por naturaleza. Ojos grandes, pestañas largas, piel hermosa, cabello grueso y rizado. Grete también era atractiva, pero necesitaba más maquillaje para realzarlo. Ella correspondía a la imagen de la mujer aria propagada. Rubia, ojos azules, alta y delgada, algo pálida. Tenía varios admiradores, pero ninguno de ellos le gustaba.

Emil, en cambio, era completamente diferente. Ya en la escuela primaria se había dado cuenta de que era sensible, divertido e inteligente. Y el niño guapo se había convertido en un joven muy apuesto.

Su madre notó que Grete de repente se interesaba incluso por hornear.

—Cariño, ¿que nos visites tan a menudo y hornees aquí tiene alguna razón en particular? —preguntó con una sonrisa.

Grete la miró. —Mamá, ¿por qué preguntas?

—Porque no quiero que te rompan el corazón.

—¿Por qué deberían romperme el corazón? —Sonrió—. Papá y tú también fueron buenos amigos al principio.

Su madre puso los ojos en blanco. —¡Sabes exactamente a qué me refiero! Además, tu padre estaba enamorado de mí desde el principio. Solo fingía ser mi mejor amigo. —Sonrió al recordar aquellos tiempos. Luego miró a Grete de nuevo y se puso más seria—. El corazón de Emil, en cambio, me parece que ya está ocupado.

—Yo no estaría tan segura —respondió Grete desafiante y removió la masa tan fuerte que salpicó.

—Con pasteles solos no se puede retener a un hombre —le advirtió su madre.

Grete se contuvo de dar una respuesta impertinente. En su lugar, removi6 aún más fuerte. Lo que más le hubiera gustado responder a su madre era: *"¿Cómo puedes saberlo? Solo has conocido a papá desde la escuela"*, pero se mordió el labio.

Cuando el pastel estaba en el horno, fue a su habitación y se arregló el pelo una vez más. Se miró en el espejo. ¿Por qué no sería posible que Emil se enamorara de ella? Tal vez no era llamativamente hermosa como Eva, pero era bonita, divertida e inteligente. Todos cumplidos que otros jóvenes ya le habían hecho. Algunos visitaban la librería regularmente y se dejaban aconsejar por ella, pero siempre los mantenía a distancia.

El pastel olía maravillosamente cuando lo sacó del horno. Preparó café y llevó ambas cosas arriba a Emil. Se sentaron juntos en su cama y comieron el pastel, que aún estaba un poco caliente. Grete contó algunas anécdotas de su aprendizaje y Emil sonrió. Le gustaba ver a Emil así, porque entonces olvidaban todo lo que les rodeaba.

—No sabía que podías hornear tan bien —la elogió.

Ella sonrió y dijo misteriosamente: —Puedo hacer muchas cosas.

Él respondió pensativo: —Probablemente ahora estaría en la universidad discutiendo contigo sobre sociología si ese loco no hubiera llegado al poder.

—¡Eso sería maravilloso!

—Por otro lado, estudiar tampoco es deseable en este momento. Han cambiado y adaptado los planes de estudio en todas partes para que el Führer...

Ella lo interrumpió imitándolo, lo que hizo que Emil no pudiera contener la risa.

A medida que pasaban los días sin que Eva viniera, Grete notó que Emil sufría por ello. Tuvo que emplear mucha energía para arrancarle una sonrisa. Una noche, al caer la oscuridad, sugirió: —Ven, vamos al jardín un momento. Allí nadie nos verá y podrás respirar aire fresco.

—¿No es demasiado peligroso? —objetó Emil.

—Está oscuro como boca de lobo, ¿quién te va a ver? Te hará bien.

Se pusieron abrigos gruesos y salieron con cuidado por la puerta de la cocina hacia el jardín, que efectivamente era difícil de ver desde fuera. Entonces Grete sacó un paquete de cigarrillos. Emil la miró sorprendido.

—Mi nuevo vicio —explicó ella—. Últimamente, todos en la librería han empezado a fumar. De lo contrario, no se pueden soportar los acontecimientos en el país.

Encendieron los cigarrillos y se sentaron detrás del cobertizo. Las únicas luces eran las estrellas sobre ellos y el resplandor de los cigarrillos. Apenas podía distinguir a Emil, solo su silueta.

—Hace mucho tiempo que no fumaba —dijo Emil pensativo—. La última vez fue en Francia.

—A veces es simplemente necesario.

Él sonrió y dijo: —Gracias, Eva.

—Soy Grete —respondió ella decepcionada.

—Lo siento, gracias Grete.

—¿Amas a Eva? —quiso saber.

No le resultaba difícil hacerle este tipo de preguntas en la oscuridad, donde no podía ver su reacción, sino solo reconocerla por su voz.

Él no dijo nada durante un rato, ella supo que estaba dando una calada profunda porque la colilla se iluminó de rojo. —Sí —dijo simplemente, y ella sintió el humo del cigarrillo que exhalaba en su cara.

Aunque temía esta respuesta, le golpeó como una puñalada. No era un sí vacilante, sino un sí fuerte y claro. Amaba a Eva y lo admitía.

—Ya sabes que su padre no permitirá una relación así, él... —Apenas se atrevía a decirlo.

—Lo sabemos —respondió él con cansancio—. Nadie en Alemania permitirá nuestra relación. Eso ya está prohibido desde hace tiempo. Si su padre se entera, repudiaría a su hija, tal vez incluso... —Se detuvo.

Grete lo rodeó con su brazo y suspiró. Él apoyó su cabeza en el hombro de ella y así fumaron juntos. El corazón de Grete latía aceleradamente.

—Te agradezco por todo —dijo él después de un rato.

Ella lo besó en la frente y no supo cómo, pero en el siguiente momento sus labios habían viajado a los de él. Su beso se sintió natural y ella se volvió más valiente, pero Emil retrocedió.

—Lo siento, Grete. Esto...

No encontró las palabras adecuadas.

—Entiendo —respondió ella, tratando de no dejar que su decepción se notara demasiado.

CAPÍTULO 20

Finales de noviembre de 1938

Esa noche, Grete experimentó una mezcla de emociones: ira, celos, pero también amor y dolor. No podía simplemente ignorar su amor por Emil. Intentó controlar su ira hacia el amor de él por Eva, lo que logró en cierta medida, pero lo más difícil fue suprimir los celos que sentía hacia ambos. Este sentimiento de envidia se extendió rápidamente dentro de ella. Eva se convirtió cada vez más en su enemiga. La prima que hasta hace poco amaba, de repente le parecía extraña y mezquina. Después de todo, le había arrebatado a Emil, la persona más importante de su vida! Precisamente ella, cuyo padre era un cruel miembro de las SA y corresponsable del sufrimiento de Emil. ¿Cómo podía amar a la hija de semejante malhechor?

A pesar de su amor por Eva, Emil apreciaba la presencia de Grete y siempre se alegraba de verla. Grete lo sentía y por eso aún brillaba en ella una chispa de esperanza de que Emil pudiera elegirla a ella.

Su padre la instó a volver al trabajo. Lo hizo, pero todo el tiempo pensaba en Emil y no podía concentrarse. Por eso decidió reportarse enferma y volver a casa de sus padres. De todos modos, ya no tenía claro por qué debía completar una formación. Le atormentaba ver las tiendas destruidas de los comerciantes judíos al caminar por la

ciudad. Cuando pasaba por las tiendas donde solía comprar, se preguntaba si alguna vez volvería a comprar allí su jabón favorito o un pañuelo. Los escaparates estaban clavados con tablas de madera, las puertas cerradas. Habría huido al extranjero con Emil de inmediato si él se lo hubiera pedido.

En un quiosco compró una revista extranjera para Emil y una barra de chocolate. Seguramente se alegraría por ello. ¡Todas sus atenciones tenían que causar algún efecto en él! De hecho, tenía la sensación de que Emil había estado más atento con ella en los últimos dos días. Tal vez aún podría ganárselo. La madre de Eva estaba enferma y Eva tenía que cubrir muchos turnos en el hospital, por lo que no había podido venir de visita desde hacía mucho tiempo. Esa era la oportunidad de Grete. Todo hablaba en contra de una relación entre Eva y Emil. Su prima nunca dejaría a su familia. Sin embargo, entre Emil y Grete simplemente todo encajaba, de eso estaba segura.

Después de mirar el reloj, se apresuró para alcanzar el tren y ver a Emil más rápido. Sus padres no estaban en casa y subió apresuradamente las escaleras para llegar al ático. Trepó la escalera en silencio porque quería sorprender a Emil. Pero de repente se detuvo. Lo que vio le cortó la respiración.

Emil y Eva yacían estrechamente abrazados en la vieja cama. Él besaba tiernamente su cuello, mientras su prima tenía los ojos cerrados y dejó escapar un leve gemido. Luego Grete vio cómo las manos de Eva recorrían su espalda. Él también respiraba rápidamente. Aunque solo se besaban y abrazaban, Grete vio el deleite, una especie de éxtasis en sus rostros. Parecían haberse fundido en una sola persona.

Por suerte se sujetó a la escalera, de lo contrario podría haberse caído del susto. No podía moverse, estaba como congelada. Algo que hasta ahora había ignorado resonaba ahora en su cabeza.

Nunca te amaré, Grete. Solo ama a Eva.

Ahora lo sabía: no tenía ninguna oportunidad frente a esta mujer que de repente se había vuelto completamente extraña para ella. Sintió frío, su corazón se enfrió. Los dos amantes se convirtieron en extraños, de repente parecían dos actores en una mala película.

Rápidamente, Grete bajó la escalera y fue a su habitación. Se sentía mal. Todas sus esperanzas y sueños de los últimos días habían desaparecido, era como si nunca hubieran existido. Tomó la revista y la barra de chocolate y las tiró a la basura. Durante un buen rato se sentó inmóvil en su cama, incapaz de pensar o sentir.

Más tarde escuchó cómo Eva se despedía de sus padres, que acababan de llegar a casa.

—Ah, creo que Grete también está aquí —oyó decir a su madre.

—¿De verdad? No la he visto en absoluto.

—Pero aquí está su abrigo.

Grete se acostó rápidamente y fingió estar dormida. Oyó cómo se abría la puerta y poco después se cerraba de nuevo. Probablemente su madre solo había echado un vistazo, porque la oyó decir: —Grete se ha acostado. Ella... —No entendió más, ya que las dos mujeres se alejaron.

Grete abrió los ojos y se quedó mirando al techo durante las siguientes dos horas. Más tarde, cuando se había calmado un poco, salió de su habitación y fue con sus padres.

—Gretchen, ¿estás enferma? —preguntó su madre preocupada.

—Ah, solo muy cansada —respondió ella.

—¿Puedes bajar a Emil para cenar? —preguntó su padre—. Cerraremos las contraventanas y correremos las cortinas.

—Para que tenga un poco de compañía —dijo su madre.

—Ya la tiene, Eva estaba con él —se le escapó a Grete.

Sus padres la miraron sorprendidos. Por la mirada de su madre, pudo ver que sabía exactamente lo que estaba pasando en su interior.

—Puedes avisarle cuando subas. Todavía tenemos que poner la mesa —dijo Elisabeth con firmeza.

—Te ayudo, mamá.

Esperaba que su madre no volviera a sacar el tema. No lo hizo, pero su mirada preocupada revelaba lo que pensaba.

Cuando Emil entró en la cocina, saludó a Grete con una sonrisa radiante: —Hola, Grete.

Ella sonrió forzosamente.

—Eva estuvo aquí hace un rato, ¿la viste? —preguntó él.

—No, me dolía la cabeza y me había acostado.

—¡Lo siento mucho! —exclamó—. Mi madre siempre me aconsejaba beber mucho cuando tenía dolor de cabeza.

—Las madres siempre saben qué hacer —dijo la madre de Grete rápidamente, para que su hija no tuviera que responder.

En la mesa conversaron en voz baja. Frido había encendido la radio, sonaba alegre música de orquesta que no encajaba en absoluto con el estado de ánimo de Grete.

—Me he informado, Emil. Por lo que parece, ya no hay posibilidad de que los judíos salgan de Alemania.

Un silencio opresivo se apoderó de la habitación.

Tras una breve pausa, Frido añadió:

—De manera legal, al menos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Grete.

—He estado pensando —explicó su padre en voz baja—. Quizás haya formas de conseguir documentos. Documentos falsificados.

Emil lo miró atentamente.

—¿Cómo? —preguntó.

—He recibido una carta de Peter —dijo el pastor—. Está en Holanda ahora. Estoy considerando ir a visitarlo. Me imagino que sus contactos comunistas podrían ayudar.

—Los comunistas son conocidos por sus imprentas ilegales —comentó Grete—. ¿Y no tenía Peter contacto con algunos aprendices de imprenta en Mannheim?

Su padre asintió y aseguró:

—Emil, haremos todo lo posible para sacarte del país lo antes posible.

El joven sonrió, pero era una sonrisa sin vida, forzada. Al ver lo pálido que se había puesto, Grete se preguntó si realmente quería irse.

—Aunque nadie sospecha aún que vives aquí, temo que alguien se entere y nos delate —susurró Frido.

—¿A qué país huirás? —preguntó Grete.

—A Francia, la conozco, allí está mi madre.

—Cuando escucho a esos idiotas de las SA —objetó Grete—, sueñan con tomar todos los países a nuestro alrededor y fundar un

gran imperio alemán. ¡Incluso hablan de Rusia, Polonia y Francia!

Los pastores se miraron y Elisabeth dijo:

—¿Cómo podría ser eso posible? Alemania no tiene tanto poder.

Frido suspiró.

—A estas alturas, creo que todo es posible.

CAPÍTULO 21

Presente

Grete hizo una pausa. —No hay mucho más que contar —dijo.

—¿Eso significa que los papeles estuvieron listos en algún momento y luego él huyó? —preguntó Eva.

—Algo así —respondió ella—. Bueno, no fue tan rápido. Mi padre realmente se encontró con Peter en Holanda y le dio algunos nombres de personas en Mannheim que podrían ayudarlo. Pero contactar a estas personas era muy peligroso. Además, algunos de ellos ya estaban en campos de concentración. Al final, pasó más de un año hasta que mi padre logró contactar a un falsificador que trabajaba en la clandestinidad. —Grete suspiró y bostezó—. Niños, estoy cansada.

Eva asintió comprensivamente, no quería agotar a la anciana. Sin embargo, de alguna manera tenía la impresión de que era solo una excusa y que Grete no quería contar todo.

—Gracias por su tiempo, Grete —dijo.

Ben dio un paso hacia la anciana. —Grete, quería despedirme.

Ella lo miró sorprendida. —¿Por qué?

—Pronto volveré a mi país.

—Pero... —Quiso decir algo, pero se mordió el labio—. Cuando usted está aquí, siento que una parte de Emil está presente.

Ben sonrió y la consoló: —Solo tengo algo de la genética de Emil, nada más. El verdadero Emil vive en sus recuerdos.

Sus palabras parecieron conmover a la anciana. Cuando se despidieron, Eva oyó a Grete murmurar algo, pero no pudo entender qué era. Miró a la anciana con curiosidad, pero esta no parecía estar hablando con ellos.

—De alguna manera, esto no suena plausible —dijo al salir.

—¿Tú crees? A veces la vida es menos aventurera de lo que uno piensa.

—No sé, es solo una sensación. Si los tres se amaban tanto, al menos deberían haber intentado contactar a Emil después de la guerra.

—No olvides que después de la guerra era muy difícil localizar a los familiares. Si ambos no buscaban en el lugar correcto...

Eva negó con la cabeza: —Pero Grete se quedó en la región. ¿Qué te contó tu abuelo? ¿Realmente huyó a Francia y luego simplemente siguió hacia Palestina?

Ben reflexionó: —No, se quedó en Suiza.

—¡Pero su madre estaba en Francia! —Eva no podía dejar de pensar en ello.

—Sí, ella había logrado huir a la parte no ocupada de Francia. No sé por qué mi abuelo no viajó con ella. Más tarde, ella tomó un barco a Sudamérica, hasta que finalmente pudo viajar a Palestina después de la guerra, donde se reencontró con mi abuelo. Allí contrajo una grave gripe y murió poco después de su llegada —relató Ben con pesar.

—¡Qué terrible! —exclamó Eva—. Tu familia ha vivido tantas cosas horribles.

Él asintió. —Por eso no debemos olvidar lo que sucedió.

Ella asintió en silencio. Sin pensarlo, se acurrucó contra él. Necesitaba a alguien en quien apoyarse ahora. Él le apretó la mano.

—¿Cuándo vuelves? —quiso saber.

—Tengo que ver cómo puedo cambiar el billete. La salida sería en una semana, pero intentaré adelantar el vuelo para mañana.

Ella se detuvo. —No tienes que irte todavía. Podrías visitar Berlín o el castillo de Neuschwanstein.

Ben la miró y respondió con voz quebrada: —Creo que me sentiría muy solo allí. En otra ocasión. ¿Tienes que ir a trabajar ahora?

Ella asintió. Estrechamente abrazados, caminaron los últimos metros hasta la parada, desde donde ella iría al trabajo y él a su apartamento de Airbnb. Sus pasos se volvieron automáticamente más lentos, como si quisieran ganar un poco más de tiempo. Pero finalmente llegó el momento de la despedida. Se quedaron de pie entre la gente que esperaba y los impacientes, mirándose. Eva miró el panel de información. Su tranvía salía en diez minutos.

—No sé cómo despedirse. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ben le acarició el cabello.

—Yo tampoco.

La idea de probablemente no volver a verlo era difícil de soportar. Eva quería desearle lo mejor, pero eso le parecía ridículo. En su lugar, lo abrazó. Quería estar cerca de él una última vez. Hundió su rostro en su gruesa chaqueta y Ben extendió sus brazos protectoramente sobre su espalda. Cuando levantó la mirada, sus labios se encontraron automáticamente. La gente a su alrededor no les importaba. Todas las dificultades se desvanecieron en ese momento.

Cuando Eva abrió los ojos de nuevo, su tranvía estaba llegando. Pero de repente eso no importaba, al igual que su trabajo, al que llegaría muy tarde. Dejó que el tranvía se fuera, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que la despedida sería cada vez más difícil para ambos.

Dio un pequeño paso atrás, lo miró profundamente a los ojos y susurró: —Te amo.

Antes de que él pudiera responder, fueron interrumpidos por un grupo de adolescentes que se abrieron paso entre ellos. Para Eva, esa fue una clara señal de que tenía que irse ahora. Se dio la vuelta y simplemente subió al tranvía, cuyas puertas ya se estaban cerrando, aunque no la llevara a su trabajo.

Los días siguientes fueron más difíciles de lo que pensaba. Eva intentó distraerse con el trabajo, pero sus pensamientos giraban constantemente en torno a Ben. ¿Ya estaba en Israel? No avanzaba

con su texto sobre Emil, Eva y Grete. De alguna manera, el final era tan insatisfactorio.

El domingo por la tarde, estaba sentada en la sala de estar de sus padres viendo aburrida un documental de naturaleza en la televisión cuando sonó su teléfono. Era Karl Beier.

—La tía Grete no está bien, está en el hospital y quiere hablar con usted urgentemente.

—¿De dónde sacó mi número?

—Llamé a su periódico. La tía Grete preguntó específicamente por usted.

Eva prometió ir de inmediato.

Grete estaba en una habitación individual. Se veía muy frágil y pálida, muy diferente a la última vez que habían estado con ella. El señor Beier no estaba allí.

La enfermera, a quien Eva preguntó por la anciana, dijo: —Pase. Aunque ya es tarde, no sabemos cuánto tiempo le queda a la señora Selig.

Grete dormía, y mientras Eva aún estaba pensando cómo llamar su atención, la enfermera exclamó en un tono áspero: —Señora Selig, su visita está aquí, es hora de despertar.

Eva miró a la enfermera con furia. ¿Cómo se atrevía a hablarle así a una mujer centenaria? Antes de que pudiera decir algo, Grete abrió los ojos. Parecía confundida.

—Está usted en el hospital porque no se encontraba bien —explicó Eva.

—Si necesita algo, llame al timbre —dijo la enfermera y salió de la habitación.

Eva le sonrió amablemente a Grete y esperó una reacción de la anciana.

—Antes de morir, quería contárselo todo —murmuró.

¡Así que realmente había más! Eva cogió una silla y se sentó muy cerca de la cama, pues la voz de Grete era baja y temblorosa.

CAPÍTULO 22

Verano / Otoño 1940

Emil llevaba casi dos años viviendo en el ático. En los últimos meses, rara vez había estado al aire libre y, cuando lo hacía, solo era de noche, en el cobertizo detrás de la casa. El mundo había cambiado. Alemania estaba en guerra. En guerra con el mundo. Las tropas de Hitler habían invadido Polonia, ocupado partes de Francia, así como los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Dinamarca y Noruega. La situación de los judíos en Alemania y en los territorios ocupados era muy mala, eso lo sabía por los informes de Grete, Eva y el señor Selig. Solo podía esperar que su madre no hubiera caído en manos de los nazis.

En los últimos meses, Grete apenas había visitado a Emil en el ático, y él sospechaba el motivo. Eva también venía rara vez desde los pogromos de noviembre, ya que temía que su padre pudiera hacerla seguir.

Emil le había dicho que exageraba. Le causaba casi dolor físico no verla durante varios días. Pero entonces su padre había confrontado a Eva con su sospecha de que tenía un amante secreto y por eso salía tanto. Por supuesto, ella lo había negado todo, pero él no se dejó convencer.

—¿Sabes que te vieron? —le preguntó su padre directamente—. Hans te vio. En el cementerio de la montaña, con un joven. Hace ya algún tiempo.

—¿Quizás me confundió?

—No lo creo.

De hecho, era improbable. Hans era uno de los hombres de las SA de su padre, que ya le había pedido una cita varias veces. Hasta ahora, siempre lo había rechazado. Por suerte, Hans no tenía idea de que el joven era judío, de lo contrario lo habría golpeado en ese momento.

—No pienses que no te estoy vigilando —le advirtió su padre.

Desde entonces, Eva solo visitaba a Emil cuando su padre no estaba en la ciudad. Y siempre daba grandes rodeos hasta estar segura de que nadie la seguía.

Para su suerte, desde el inicio de la guerra su padre tenía que viajar al extranjero con más frecuencia. Incluso viajaba como enviado especial de las SA a Polonia para entrenar a las tropas policiales locales. Sin embargo, los momentos juntos eran demasiado cortos y su tía estaba muy pendiente de que los jóvenes no pasaran demasiado tiempo solos. Eva sabía que solo se preocupaba por ella. ¡Impensable si quedara embarazada! Pero anhelaba estar cerca de Emil otra vez.

La vida cotidiana continuaba para el pastor y su esposa. Como muchos miembros de la congregación visitaban a la pareja en busca de consuelo en estos tiempos difíciles, tenían que ser cuidadosos. Emil estaba muy solo y cuanto más tiempo pasaba solo con sus pensamientos en el ático entre viejos muebles descartados, más lo invadían la desesperación y la tristeza.

Se sentía casi como un condenado a muerte. Eva le daba fuerza en sus raras visitas, lo mantenía vivo, era como un fuego que lo iluminaba y calentaba todo. Pero también Grete, con su ingenio e inteligencia, se había convertido en una amiga insustituible en las primeras semanas. Echaba de menos sus visitas diarias. Por supuesto que la entendía. Parecía sentir por él algo más que amistad, y eso no podía dárselo. Era trágico que su relación se hubiera deteriorado tanto por eso. Grete había hecho soportables

sus días en el escondite. Gracias a sus informes sobre la vida exterior y su trabajo, gracias a las conversaciones con ella, había tenido la sensación de no estar tan encerrado. Y ahora todo eso se había ido.

Todo el día esperaba algo o a alguien. Eva solo había venido una vez en las últimas dos semanas y Grete no lo había visitado en absoluto en su escondite. La echaba de menos más de lo que había pensado.

Por supuesto, el pastor o su esposa venían a diario para ver cómo estaba. Sin embargo, generalmente no se quedaban mucho tiempo y solo le traían algo de comer o ropa limpia. Al principio sabía cómo mantenerse ocupado, hacía ejercicios, leía mucho, miraba por la pequeña ventana del techo. Estaba agradecido de tener siquiera un escondite. Pero poco a poco eso ya no era suficiente. ¡Algo tenía que pasar!

Y ahora el otoño estaba llegando de nuevo y los días se hacían cada vez más cortos. Todo era oscuro y sombrío.

Emil yacía en la vieja cama, sin lavarse ni peinarse, preguntándose por qué seguía vivo y si no debería simplemente salir a la calle. La prisión o la muerte seguramente no serían mucho peores que la vida que había tenido que llevar durante dos años.

En ese momento escuchó la voz de Grete desde el primer piso. De repente sintió la necesidad de hablar con ella, de disfrutar de su compañía. Tal vez era simplemente su instinto de supervivencia el que lo impulsaba.

Rápidamente se vistió, se lavó en un pequeño cuenco que la madre de Grete le había traído y bajó.

Grete se sorprendió cuando de repente apareció en su habitación.

—Te he echado mucho de menos —dijo él, mirando tristemente al suelo. Si ambos hubieran sido diez años mayores y hubieran tenido algo más de experiencia, esta conversación probablemente habría transcurrido de otra manera. Pero eran jóvenes e irreflexivos.

Su expresión de sorpresa se transformó en una sonrisa. —¿Sí? —preguntó ella. Aunque no era precisamente el tipo romántico y tenía

los pies en la tierra, esta frase la conmovió. Estaba enamorada y eso era exactamente lo que quería oír, que él la necesitaba.

Él asintió. —Es solitario allá arriba.

La miró y Grete brilló. ¡Así que él también sentía algo por ella! ¿Por qué si no diría que la echaba de menos? Le hubiera encantado abrazarlo. No hizo más preguntas. Para ella estaba claro que se había decidido por ella. Fue a su armario y sacó una pila de libros.

—Estos te están esperando —dijo.

Emil sonrió radiante y la abrazó. —Gracias.

Ella lo observó sonriendo, viendo cómo se alegraba como un niño pequeño. Se quedaron en su habitación, hojeando las novelas, y él se sintió libre de nuevo. Grete se sentó directamente a su lado, brazo con brazo, como siameses. Su compañía le hacía bien, su atención y la conversación. En su cabeza aparecían frases como: *¿Qué pensaría Eva?, ¿Por qué haces esto?* Pero las ignoró, no quería escucharlas. *Somos amigos, no estoy haciendo nada malo. De lo contrario me volveré loco*, se respondió a sí mismo mentalmente.

—¿Pasa algo? —preguntó Grete.

—No, no.

A partir de ese día, Grete volvió a visitar a Emil, pero solo cuando Eva no estaba, lo cual sucedía con frecuencia. Sabía por sus padres cuándo tenían lugar las visitas de Eva, así que ni siquiera se veía tentada a encontrarse con su rival. Construyó su mundo de ensueño con Emil, aunque hasta el momento no había ocurrido nada físico más allá de un abrazo y un beso en la mejilla al despedirse. Estaba tan enamorada que interpretaba cada palabra amable como si fuera una prueba de amor. Cada minuto que pasaban juntos era la declaración de Emil hacia ella. La relación con Eva era simplemente un romance juvenil que pronto fracasaría.

Mientras tanto, el otoño había llegado y la situación en el país había empeorado aún más. La semana anterior, los judíos de toda Baden habían sido deportados. En la mañana del 22 de octubre, trescientos judíos de Heidelberg fueron sacados de sus hogares y transportados en trenes especiales. Solo unos pocos gravemente enfermos se quedaron.

—El pastor Maas de la Iglesia del Espíritu Santo pudo salvar a algunas de las personas mayores —contó el señor Selig una noche mientras estaba sentado con Emil y Grete en el ático.

—¿Cómo lo logró? —preguntó Emil.

—Consiguió medicamentos que aturdieron a los ancianos por un corto tiempo, de modo que fueron considerados no aptos para el transporte. Ya ves, si uno quiere, cada uno de nosotros puede hacer algo. Podríamos hacer mucho más. Yo podría hacer mucho más —suspiró el pastor.

—Usted ya hace suficiente —dijo Emil.

—Siempre hay más por hacer —El pastor guardó silencio por un momento—. Pero lo más importante ahora es sacarte de Alemania. Me he informado. No será fácil. Incluso Suiza ha cerrado sus fronteras a los refugiados.

—¡Eso es terrible! —exclamó Grete.

—Sí, pero encontraremos una manera para Emil. Siempre hay un camino.

En las siguientes semanas, la posible huida de Emil fue el tema dominante en la casa de los Selig. ¿Qué posibilidades podría tener de salir de Alemania sin ser reconocido? ¿Y a dónde podría huir? Sin embargo, Grete no participaba en las consideraciones de sus padres. Disfrutaba las visitas a Emil e intentaba no pensar en el futuro. Probablemente no hubiera manera de escapar, se convenció a sí misma, y Emil estaba más seguro aquí con ellos.

Un día, durante una de sus visitas, Grete se encontró con Eva en el pasillo de la casa de sus padres. Su prima radiaba felicidad. Había recogido sus rizos oscuros en un moño, con algunos mechones sueltos enmarcando su rostro. Sus labios brillaban de rojo, como si hubiera usado lápiz labial.

—¡Grete, querida prima! —exclamó Eva y la abrazó—. Eres la primera en saberlo.

Grete la miró fijamente. —¿Qué?

—Emil y yo acabamos de comprometernos —continuó hablando emocionada—. Sé que está prohibido, pero nos iremos juntos al extranjero y allí finalmente seremos libres de todas estas horribles prohibiciones.

Para Grete, las palabras de Eva fueron como una puñalada mortal. Se sentía como si estuviera fuera de sí. Necesitó toda su fuerza para preguntar: —¿De quién fue la idea?

Eva, rebosante de felicidad por su compromiso, no notó el absoluto horror detrás de la sonrisa forzada de Grete.

En ese momento, sus padres llegaron a casa. Apenas habían cerrado la puerta principal cuando Eva los sorprendió también con la supuesta buena noticia. En lugar de alegrarse y felicitarla, los dos reaccionaron más bien con reserva.

—Subamos, el pasillo no es adecuado para este tipo de conversaciones —advirtió el padre de Grete mientras miraba a través de la cortina hacia afuera. Ya era casi un reflejo mirar alrededor y tener cuidado con lo que se decía.

Como un pequeño ejército de hormigas, los demás siguieron al pastor al ático, su esposa, Eva y al final Grete. Ella todavía se encontraba en una especie de estado de shock, pero intentaba desesperadamente no dejar que se notara. Eva, por otro lado, radiaba. Estaba feliz por el compromiso y nada más parecía preocuparla.

Emil se sorprendió por la gran afluencia y los miró interrogante. El padre de Grete habló primero: —Eva acaba de contarme sobre vuestro compromiso.

Emil no parecía tan eufórico como Eva, pero asintió y sonrió.

—Ustedes dos se aman —dijo Frido—. Eso lo sé. Y el amor de Eva te ha protegido de cosas terribles.

Grete miró a Emil, pero este solo miraba a su padre.

—¿Pero saben lo que esto significa? —preguntó Frido.

Emil preguntó con amargura en la voz: —¿Porque soy judío y no un ser humano?

—No a nuestros ojos ni a los ojos de Dios —respondió Frido—. ¡No quiero volver a oír eso! Pero ustedes dos se están poniendo en gran peligro.

—No podemos seguir viviendo así —respondió Eva con lágrimas en los ojos.

—Eva, tendrías que dejar a tu familia y tu país para estar con Emil, y siempre estarías huyendo —intervino Grete—. Tu padre los

mataría a ambos si los atrapa —Sintió un poco de remordimiento porque no hablaba de manera desinteresada, pero se justificó pensando que era verdad.

—Quedarme aquí sin Emil tampoco es mejor. Y ya no puedo soportar a mi padre y sus acciones —replicó Eva.

Grete miró de Eva a Emil. Emil parecía impotente y totalmente dependiente de los demás. Su amor se transformó en repulsión. Se sintió traicionada porque Emil se había comprometido con Eva y le había dado esperanzas una y otra vez, al menos así lo había percibido ella.

No dijo nada más, sino que abandonó silenciosamente el ático. Su madre lo notó y la siguió.

—¡Gretchen! —dijo cuando estuvieron solas—. No te lo tomes tan a pecho. Eres joven, ya conocerás al hombre adecuado, créeme.

—Todo está bien, mamá, voy a hornear un pastel para nosotros —respondió Grete y puso su mejor sonrisa. Fue a la cocina y se puso un delantal.

—¿Quieres meterte en un lío como Eva? En unos años apenas te acordarás de él, créeme —continuó Elisabeth.

Grete volvió a sonreír a su madre y buscó los ingredientes para la masa. Cuando el pastel estaba en el horno, Eva bajó.

—¡Qué bien huele aquí! —exclamó.

—Grete está horneando un pastel —explicó su tía.

—Grete simplemente puede hacer de todo —dijo Eva con admiración mirando a su prima.

Esta sonrió forzosamente. Se preguntaba si Eva realmente no se daba cuenta de cómo se sentía. ¿O simplemente no le importaba porque solo pensaba en sí misma? Probablemente fuera lo segundo. ¡Y pensar que alguna vez había sido su prima favorita!

Cuando la madre de Grete salió de la cocina, Eva reunió todo su valor y preguntó:

—¿Pasa algo, Grete? ¿Tú también crees que es terrible que nos hayamos comprometido?

¿Qué debía decir? ¿La verdad? Seguramente no quería escucharla.

Grete fingió no haber oído nada y dijo:

—La próxima vez haré un pastel con manzanas.

Eva sintió que algo andaba absolutamente mal, pero no sabía cómo hacer que Grete hablara. Así que lo dejó estar y simplemente asintió.

CAPÍTULO 23

Diciembre de 1940

A principios de diciembre, Grete visitó nuevamente a sus padres. Estaba sentada en la cocina cuando su padre entró con el abrigo de invierno puesto, el rostro enrojecido por el frío, pero sonriendo. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan alegre.

—¿Por qué estás de tan buen humor? —preguntó ella.

Él se sentó con ella a la mesa del comedor y sacó algo del bolsillo interior de su abrigo. Era un pasaporte.

Grete tomó el documento y lo abrió. Dentro había una foto de Emil. Sin embargo, al lado aparecía un apellido diferente. Meier. Emil Meier.

—Lo he conseguido, Grete —dijo su padre. El entusiasmo se notaba en su voz—. He obtenido una identificación falsa para él.

El estómago de Grete se contrajo. Sonrió forzosamente y preguntó:

—Pensé que habías tenido que abandonar el plan del documento.

—Al principio sí. Algunos contactos de Peter ya han sido deportados. Quién sabe si siguen vivos. Otro todavía está aquí, pero ya no tenían acceso a una máquina de matrices. Sin embargo, recientemente pudieron conseguir una nueva máquina. Y este es el resultado —señaló el documento—. Los suizos controlan cada vez

más la zona fronteriza para detener a los refugiados judíos y enviarlos de vuelta a Alemania. Pero con este documento, podrá salir del país sin problemas.

—¿Entonces nos dejará? —murmuró Grete.

—Suenas triste, Grete. Es lo mejor para todos nosotros.

Tal vez para vosotros y Eva, pensó Grete desafiante.

Su padre tomó el documento y se levantó. Se dirigió al armario de la cocina y retiró el cajón inferior.

—Ahora podemos planificarlo todo. Grete, lo mejor será que vayas a ver a Eva y le informes. Dile que todo está arreglado. Tenemos que fijar una fecha para que venga con sus papeles.

Fijó el documento con cinta adhesiva en la parte inferior del cajón y lo volvió a colocar en su lugar.

—Mientras tanto, averiguaré en qué tren pueden llegar mejor a Suiza.

Por la tarde, Grete visitó a su prima en el hospital. Eva estaba tan eufórica al escuchar la buena noticia que quería intentar ir a la casa parroquial al día siguiente. Grete también visitó a sus padres nuevamente al día siguiente.

Sin embargo, cuando su prima realmente apareció y la familia se reunió en el ático, ella se retiró. No estaba de humor para celebrar. Fue sola a la cocina y se sumió en sus sombríos pensamientos. Y entonces hizo algo de lo que más tarde se arrepentiría amargamente.



A la mañana siguiente sonó el timbre y Frido abrió la puerta de la casa parroquial. ¿Sería Eva? Habían acordado que hoy vendría con su pasaporte y luego él llevaría a Emil y Eva a la estación. Pero no era Eva quien estaba en la puerta.

—¿Albert? —dijo el pastor sorprendido.

—Hace tiempo que no nos vemos —respondió su cuñado. Sin más preámbulos, se abrió paso junto a Frido hacia el interior de la casa, fue a la cocina y se acomodó en la mesa.

Frido se quedó de pie en la puerta de la cocina observándolo por un momento. No debía dejar que se notara su nerviosismo. ¿Acaso Albert sabía lo que estaba pasando aquí? ¿O era una coincidencia que apareciera justo hoy?

—¿Puedo ofrecerte algo de beber...? —comenzó el pastor.

—Ahórrate las cortesías, Frido. Es innecesario que finjamos. Nunca me has soportado.

Albert señaló el lugar vacío al otro lado de la mesa. Vacilante, Frido se sentó frente a él.

—Yo tampoco te soporto. Siempre has querido meter esas ideas absurdas de amor al prójimo en la cabeza de la gente. También a mi Eva.

—El amor al prójimo es uno de los mandamientos más importantes que nos enseña la Biblia. ¿Adónde iríamos a parar si nadie se preocupara ya por el prójimo?

—A un mundo mejor, Frido. Hay miembros perezosos en la sociedad que deben ser borrados, de lo contrario todos pereceremos. Pero ese es un trabajo para personas que son fuertes. No debemos dejarnos guiar por nuestros sentimientos si queremos preservar a nuestro pueblo.

—¿Qué quieres en mi casa, Albert?

—Últimamente mi hija se comporta de manera inusual. Todavía no puedo probarlo, pero puedo imaginar que una vez más estás detrás de esto.

Dejó que la última frase flotara en el aire. ¿Esperaba una respuesta? Frido aguantó el silencio y no dijo nada. Finalmente, su cuñado continuó:

—Frido, te tenemos a ti y a los tuyos en la mira desde hace tiempo. Hasta ahora te hemos perdonado porque eres un pastor y tu grupito de fanáticos religiosos todavía tiene uno que otro defensor. Además, mi esposa ha intercedido por ti. Pero podemos actuar de otra manera. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Nuevamente se hizo el silencio. Cuando Albert se dio cuenta de que su cuñado no respondería, se levantó, le lanzó una mirada penetrante y salió.

Frido notó que estaba temblando. Tomó un paño de cocina y se secó el sudor de la frente. Desde la ventana, observó cómo Albert subía a su Mercedes negro. Un joven miembro de las SA, que había estado esperando junto al coche, subió por el lado del conductor y el vehículo se alejó a toda velocidad.

Bebió un sorbo de agua. Luego fue al cajón y lo abrió hasta el tope. ¿Dónde estaba Eva? Afortunadamente no había aparecido cuando su padre estuvo aquí. Frido palpó la parte inferior del cajón, pero no pudo encontrar el pasaporte. Sacó el cajón completamente, lo volteó y miró dentro del armario. Pero no pudo encontrar el importante documento en ninguna parte. Siguió buscando, miró en armarios y cajones, pero no pudo encontrar nada. Y Eva tampoco aparecía.

No fue hasta las cinco de la tarde, cuando ya estaba anocheciendo, que de repente apareció en la puerta.

—¡Eva! —gritó Frido—. Ven rápido a la casa.

Cuando ella entró en el pasillo, él susurró:

—¿Te ha visto alguien?

—No lo creo —respondió ella—. Pero tenemos que irnos inmediatamente. —Corrió hacia las escaleras que conducían al ático y subió.

—Hoy ya no sale ningún tren.

—Lo sé. ¿Estuvo mi padre aquí hoy? Mi madre me dijo algo así.

—Sí, y me temo que sospecha algo.

Eva había llegado a la trampilla que conducía al ático. Sacó una llave de coche del bolsillo de su chaqueta y se la mostró a su tío.

—¡Aquí!

—¿Qué es eso?

—He cogido el coche de mi padre.

—Niña, ¿acaso sabes conducir?

—Sí, he practicado un poco. Emil y yo tenemos que irnos ahora mismo.

—Eso no es posible, Evita. El pasaporte de Emil ha desaparecido.

—¿Cómo puede ser eso?

—No lo sé, Evita. ¡No lo sé!

—Pero tenemos que desaparecer. Ahora que tengo el coche, con más razón.

—Ay, niña.

Su tío guardó silencio por un momento. Luego dijo con voz entrecortada:

—Quizás aún haya una posibilidad.

Le contó sobre una ruta de escape de la que le había hablado el pastor Maas. Hasta ahora había descartado esta opción porque le parecía demasiado peligrosa. Se había sentido tan aliviado cuando el impresor se había puesto en contacto con él y había recibido el pasaporte falsificado. Pero ahora una salida legal ya no era posible y había que actuar. Frido sacó el mapa de Lörrach que había conseguido hacía unas semanas y les mostró a Eva y Emil cómo debían proceder.

Entre lágrimas, el pastor y su esposa se despidieron de la joven pareja. Ahora no les quedaba más remedio que rezar por ellos y esperar que la fuga tuviera éxito.

Dos días después, Albert volvió a aparecer en la casa parroquial. Pero esta vez no venía solo, sino acompañado de varios hombres de la Gestapo, que inmediatamente se pusieron a registrar la casa.

—Si encuentro alguna prueba de que tienes algo que ver con la desaparición de Eva, no te irá bien, cuñado. Te lo prometo —siseó Albert.

Frido caminaba de un lado a otro, inquieto. Esperaba que hubieran borrado todas las huellas de la presencia de Emil. De repente, uno de los hombres de la policía secreta se acercó a él triunfante. En la mano sostenía el pasaporte desaparecido.

CAPÍTULO 24

Presente

—Fui yo quien escondió el pasaporte. Esperaba que Emil no se fuera. Y así, por mis celos infantiles, puse en peligro dos vidas y envié a mi padre a un campo de concentración.

Grete lloró y pasó un momento antes de que pudiera continuar:

—Eres la primera persona a quien se lo cuento. Pero esta piedra ha pesado en mi estómago desde entonces y últimamente se ha vuelto aún peor.

Eva miró a la anciana. Le daba lástima. Su piel era casi transparente, se podían ver bien las pequeñas venas. Su cabello parecía aún más fino ahora en el hospital que hace unos días. En general, parecía más frágil y enferma. Había cargado este peso durante tanto tiempo.

Eva la abrazó y dijo:

—Usted era muy joven entonces, casi una niña.

—Eso no es excusa. Actué por celos y puse a todos en peligro.

—Creo que su padre la perdonaría. Y Emil y Eva lograron llegar a un país seguro. Emil tuvo una vida plena, y estoy segura de que Eva también.

—A menos que haya muerto durante la huida.

—Vamos, usted misma la vio.

—Quién sabe si realmente era ella. Tal vez solo me lo imaginé.

—Podría investigar un poco, en la era de internet todo el mundo se puede encontrar. Puedo buscar si ha dejado algún rastro.

—Si supiera que le fue bien, finalmente podría estar en paz.

—Escuche, seguramente ya ha pagado más que suficiente si se ha estado culpando durante décadas.

Grete le apretó la mano.

—Gracias, usted fue enviada del cielo.

—Ahora seguramente necesita descansar un poco.

—Dormir puedo hacerlo suficiente cuando esté muerta —objetó la anciana—. Por cierto, ¿cómo supo que estaba aquí?

—Su sobrino Karl me informó. ¿Es el hijo de una prima más joven? Parece demasiado joven para ser hijo de Peter. Espero que mi pregunta no la moleste.

—No, no, hija, Karl es el hijo de mi hija adoptiva.

—¿Su hija adoptiva?

—Después de la guerra había tantos huérfanos. Y yo estaba soltera. Así que acogí a una joven llamada Lisa. Ella me llamaba tía y su hijo Karl hace lo mismo.

—¡Vaya! Seguro que no fue fácil ser madre soltera en aquella época.

—Mis padres me apoyaron.

Grete cerró los ojos. Eva observó pensativamente a la anciana. Había cargado con una gran culpa, pero también había hecho mucho bien. Quería ayudarla a encontrar la paz descubriendo qué tipo de vida había tenido Eva.

Durante el viaje en tren a la oficina a la mañana siguiente, buscó en internet a Eva Althig, el apellido de soltera que Grete le había dado. No encontró nada y pensó en cómo podría optimizar su búsqueda, pero nada dio el resultado deseado. Por eso decidió contactar a Ben una vez más. Tal vez su padre sabría más. Le escribió un mensaje y recibió una respuesta inmediata: "Todavía estoy en Alemania. Intento seguir algunas otras pistas de la historia de mi familia".

Le escribió que Grete estaba en el hospital. No pasaron ni dos minutos cuando sonó su teléfono.

—Hola.

—Hola. ¿Qué pasa con Grete?

Con voz entrecortada, dijo:

—Creo que no le queda mucho tiempo, y quiero cumplirle un último deseo. Quiere saber qué fue de Eva.

—Yo también me gustaría saber qué pasó con el gran amor de mi abuelo —respondió Ben.

Eva le contó lo que había averiguado de Grete, y él prometió pensar también en cómo podrían descubrir más.

—Esto se trata principalmente de Eva y Grete —dijo él—. Interrogaré a mi padre, tenemos algunas cajas con viejos documentos de mi abuelo en el sótano. Tal vez haya pistas sobre Eva Althig, si es que la buscó.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Eva.

—En Stuttgart. Aquí vivió mi bisabuelo antes de ir a la Universidad de Heidelberg.

Durante el almuerzo, Eva se encontró con Luca en el Café Sehnsucht.

—¿Cómo va tu historia? —preguntó él.

Eva le contó sobre sus últimos descubrimientos y la búsqueda de Eva.

—Y también me gustaría saber qué pasó con su padre. Tal vez la encontró y la mató.

—Espero que no —respondió Luca—. Si el padre de Eva sobrevivió a la guerra, seguramente fue juzgado. Después de todo, tenía un cargo importante entre los nazis. Tal vez puedas averiguar más sobre él.

—¿Y dónde busco mejor?

—En los archivos de desnazificación. Supongo que los encontrarás en un archivo. Debería haberlos en cada estado federal. Los archivos son bastante interesantes, aunque la mayoría de los acusados fueron absueltos debido a la falta de pruebas. Todo el mundo consiguió testimonios de testigos que los exculpaban. Pero a veces estas declaraciones de los compañeros también son bastante interesantes de leer.

—¡Gracias! ¡Es un consejo excelente!

Pensó brevemente en lo que podía recordar sobre la desnazificación de sus clases de historia en la escuela. Después de la Segunda Guerra Mundial, las administraciones militares aliadas habían intentado examinar el papel de millones de alemanes durante la época nazi. Aquellos que se demostraba que habían sido nazis fervientes se enfrentaban a prohibiciones profesionales. Se trataba de conseguir que la nueva administración de Alemania estuviera libre de nazis. Sin embargo, para la mayoría no se podía determinar exactamente cuán involucrados estaban en las atrocidades de los nazis o si solo habían sido seguidores.

Eva se dirigió de vuelta a la oficina con un café en la mano. Al llegar, recibió un mensaje de WhatsApp de Ben. —Estoy en el Archivo Estatal de Ludwigsburg. ¡No vas a creer lo que he encontrado!

¿Acaso Ben había tenido la misma idea? Un minuto después, le envió fotografías de unos documentos. Se trataba del expediente de desnazificación de Albert Althig. El tío de Grete había sobrevivido a la guerra y había sido condenado a varios años de prisión en un campo como criminal de guerra. Esto les había ocurrido a muy pocos hombres en su posición. Había reunido algunos informes exculpatorios de sus empleados, pero una testigo lo había incriminado fuertemente y eso había sido decisivo para su condena.

—¡No puede ser! —exclamó Eva—. El nombre de esa testigo era...

—Eva Althig —confirmó Ben con júbilo.

Así que había sobrevivido. Y según constaba en acta, había viajado especialmente a Alemania para hacer esta declaración. Había confirmado que su padre ya estaba activo en el NSDAP y en las SA antes de 1933. Esta circunstancia había pesado mucho en aquel entonces, por lo que muchos nazis habían intentado con éxito ocultar la verdadera fecha de su afiliación al partido. Además, Eva, como testigo, había informado sobre los actos de su padre, al menos de aquellos de los que tenía conocimiento.

Eva leyó el texto una y otra vez. Así que la prima de Grete había viajado a Alemania después de la guerra para testificar contra su

padre. Lamentablemente, no había indicado en el acta de dónde había venido.

Eva fue a la oficina de su jefe y le pidió permiso para terminar los artículos de hoy en casa por la noche. Él no estaba muy entusiasmado.

—Eva, últimamente pareces estar bastante distraída. ¿A dónde nos llevará esto si te lo permito ahora? ¿Acaso ya no te gusta tu trabajo con nosotros?

Ella se ahorró una respuesta honesta. En su lugar, dijo:

—Martin, puedo compensar perfectamente las horas extras del último evento nocturno. Y si lo pienso bien, hay algunas otras horas extras que aún no he compensado.

—¡Está bien, está bien!

Lo primero que hizo Eva fue ir al hospital e informar a Grete sobre el último descubrimiento de Ben.

—Entonces realmente sobrevivió a la huida —dijo Grete aliviada—. Al menos ahora lo sabemos con certeza. Así que no me equivoqué cuando la vi años después.

Eva señaló un viejo álbum de fotos en la mesita de noche junto a la cama de Grete y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Ah, le pedí a Karl que me trajera algunas cosas al hospital. También algunos de los viejos álbumes de fotos.

—¿Puedo? —preguntó Eva.

Grete asintió. Eran fotografías que mostraban a Grete y su familia a finales de los años 30. En una imagen de 1939, se la veía con su prima Eva frente a la casa parroquial.

—Sí, probablemente fue la última foto de nosotras dos —dijo Grete—. Mi padre la tomó cuando la locura ya estaba en pleno apogeo. Eva había venido de visita una vez más para ver a Emil. Para la foto, fingí una vez más que todo estaba bien.

Eva contempló la foto pensativa. Hasta ahora, solo había visto una foto de Eva como confirmante, que no era muy nítida. Ahora se había convertido en una joven mujer. Y de alguna manera, esta chica de diecinueve años le resultaba familiar. Era como si ya la hubiera visto en algún lugar.

—¿Qué te pasa, Evita? —preguntó Grete—. Te ves pálida.

¿Acaso Grete acababa de dirigirse a ella como lo hacía con su prima cuando era niña? Seguramente estaba un poco confundida. Eva tomó la mano de la anciana y la sostuvo con firmeza.

—Todo está bien, Grete —dijo—. Solo acabo de tener una idea y quiero comprobar algo.

Cinco minutos después, Eva se despidió. Al salir, se dio la vuelta una vez más.

—Averiguaré qué fue de tu Eva. Lo prometo.

Poco después, Eva se dirigió hacia el portal de la iglesia donde Grete había pasado parte de su infancia. Al abrir la puerta, escuchó música. Una joven mujer tocaba el órgano, pero por lo demás la iglesia estaba vacía. Eva se acercó al mural de fotos que había visto en su primera visita y examinó las fotografías de nuevo con atención. Esta vez, reconoció el parecido de inmediato. En una foto de 1970 se veía a una pareja entregando un cheque para apoyar la renovación de la iglesia, según decía el pie de foto. Ambos ya eran mayores, pero los reconoció. Al lado decía *Salomón y Eva Hirsch de Basilea*. ¡Eva se había casado! Y evidentemente con un judío, porque Salomón no era precisamente un nombre alemán.

Emocionada, Eva se dirigió a la casa parroquial. Esperaba encontrar allí al párroco. Él la recordó de inmediato y la acompañó de buen grado de vuelta a la iglesia para responder a sus preguntas.

—¿Sabe algo sobre esto? —quiso saber Eva, señalando la imagen.

Él miró la imagen durante un buen rato.

—Creo que eran judíos a los que se ayudó a huir del país. En agradecimiento, entregaron este cheque a la parroquia en aquel momento. Les hubiera gustado agradecer personalmente al párroco Selig, pero él ya había fallecido para entonces.

—¿La hija del párroco no estaba presente en ese momento?

Se encogió de hombros.

—Probablemente no.

No pudo darle mucha más información. Eva volvió a examinar toda la exposición, leyó los textos con atención, pero no descubrió nada más. En cuanto salió de la iglesia, buscó a Eva Hirsch en el

buscador. Nada. Luego lo intentó con Salomón Hirsch. ¡Bingo! Un Salomón Hirsch había trabajado como abogado en Basilea. El bufete seguía existiendo, aunque seguramente ahora lo dirigían sus descendientes.

Eva decidió de repente viajar en tren a Basilea a la mañana siguiente. Informó a Ben por WhatsApp. Por la noche, terminó rápidamente los artículos en los que estaba trabajando y los envió a la redacción. Luego solicitó cuatro días de vacaciones. Para su sorpresa, Martin solo le escribió un breve correo electrónico. *Aprobado. Que te diviertas.*

El ICE a Basilea salió de Mannheim a las 8:36. Mientras estaba sentada en el tren, Eva pensaba en qué exactamente debía hacer en Suiza. Sus pensamientos volvían una y otra vez a Ben y se preguntaba cómo estaría. Lo echaba de menos y le habría gustado hacer este viaje con él. ¿Tal vez debería haberle preguntado simplemente si quería acompañarla? Pero probablemente era mejor que cada uno de ellos recopilara información por su cuenta. En unos días, él volvería a su antigua vida, con su novia. Sería mejor que no se perdiera en sueños, como lo había hecho Grete.

El viaje duró solo dos horas. Poco antes de las once, se bajó en la estación de tren de Basilea. Tomó el tranvía hasta la dirección que había encontrado en Internet. Era un gran bufete de abogados que ya iba por su tercera generación. *Hirsch, Cohn y Socios.*

En las elegantes instalaciones, fue recibida por una amable señora. Eva se presentó como periodista y pidió hablar con el señor Hirsch. Efectivamente, después de un rato, un hombre de unos treinta y tantos años salió de una de las oficinas.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? Soy Daniel Hirsch.

Eva se presentó y le explicó en pocas frases el motivo de su visita.

—¿Quiere escribir sobre mi abuela? —exclamó sorprendido cuando ella le contó todo.

—Bueno, en realidad estoy aquí en nombre de la prima de su abuela, que está en su lecho de muerte y quiere reconciliarse.

—¿Su prima? ¿Sabe usted que mi abuela ya no vive?

Eva asintió. —Lo sospechaba. De lo contrario, tendría que tener ya cien años. —Y dos centenarias serían muy improbables, pensó.

—Sí, el mes que viene habría cumplido cien años —dijo él—. ¿Y la prima aún vive?

—Cumplió cien años hace unos días. La conocí porque escribí un artículo sobre la entrega ceremonial de un ramo de flores por parte del alcalde. —Al decir esto, Eva puso los ojos en blanco para indicar que el evento no había sido muy interesante.

El señor Hirsch sonrió. Luego miró brevemente su agenda y dijo: —Tengo una hora libre. Vayamos al café al otro lado de la calle.

Mientras tomaban una Ovomaltine caliente, Eva, aunque no le contó cada detalle, le habló un poco más sobre Emil, Eva y Grete. El abogado la escuchó atentamente. Cuando terminó, se aclaró la garganta y dijo: —Muchas gracias. Su historia me ha conmovido mucho. Mi abuela era una mujer notable. Aunque estaba casada con mi abuelo y realmente no necesitaba trabajar, fue enfermera durante años. Ayudar a la gente era muy importante para ella.

—¿Alguna vez habló de Alemania y de sus parientes?

—Solo de su tío, el pastor Selig, y de su esposa. Decía que los demás no merecían ser mencionados.

—¿Y Emil?

Él negó con la cabeza.

—¿Era feliz con su vida? —preguntó Eva.

Daniel lo pensó por un momento. Eva intentó encontrar algún parecido con Eva en él, pero no lo había, excepto que él también era muy atractivo. Tenía rizos rubio oscuro y ojos verdes.

—Mi abuelo era bastante mayor que ella y murió unos treinta años antes que ella. Pasó la mayor parte del tiempo después en Israel. El clima allí era mejor para ella.

—¿En Israel? ¿De verdad?

Él asintió. —Tenemos dos casas allí, una cerca de Tel Aviv y otra en Jerusalén. Mi abuela convenció a mi abuelo de comprarlas poco después de la guerra. Hoy en día, las propiedades allí son casi impagables. —El abogado tomó un sorbo de su espresso y dijo—: Para volver a su pregunta... Creo que era feliz, sobre todo hacia el final de su vida.

—¿Y realmente nunca habló de Emil o Grete?

Se encogió de hombros. —Al menos no conmigo.

—¿Quién vive ahora en esas casas? —quiso saber.

—La casa de Jerusalén está alquilada. Mi familia vuela muy a menudo a Tel Aviv. No hemos cambiado mucho, todavía hay muchos recuerdos de mi abuela.

Eva negó con la cabeza sonriendo. Cuando Daniel Hirsch la miró interrogante, dijo: —Su bisabuelo era un nazi declarado que perseguía a los judíos. Y ahora me entero de que su hija se casó con un judío y vivió en Israel.

—¿Un nazi? —preguntó Daniel sorprendido.

—¿No lo sabía? Era Obersturmbannführer en las SA. Ayudó a organizar la Noche de los Cristales Rotos en Heidelberg.

Él negó con la cabeza. —Sabía que no era judía de nacimiento, pero no que su padre fuera nazi.

—Incluso fue condenado porque ella testificó contra él. Su tío Frido Selig, el pastor, en cambio, era uno de los que ayudaba a los judíos en aquel entonces.

—Eso lo sé. Siempre recordaba que él se había sacrificado por los demás, y por eso también apoyaba a esa iglesia en Heidelberg.

—Acaba de decir que era judía. ¿Se convirtió al judaísmo en algún momento?

—Sí.

—No sabía que eso fuera posible.

—Bueno, el judaísmo no es una religión misionera, pero es posible convertirse en judío. Algunos de los eruditos más importantes del judaísmo eran conversos.

—¿Sabe cómo logró escapar finalmente de Alemania?

Hirsch volvió a pensar por un momento. —Sí, de vez en cuando hablaba de eso. Ahora que me ha contado sobre Emil, muchas de las historias de mi abuela cobran sentido.

El joven abogado tomó otro sorbo de su espresso y comenzó a contar.

CAPÍTULO 25

17 de diciembre de 1940

Eva iba sentada en el Mercedes, conduciendo hacia la frontera. Ya debía de ser pasada la medianoche, las sirenas hacía tiempo que habían cesado. Tenía frío y temblaba. Sus oídos aún zumbaban por la detonación. Pero tenía que seguir adelante. En la frontera reinaba un silencio espectral, pero en la garita había luz.

Cuando Eva llegó al puesto, el policía fronterizo salió de su cabina y la miró con recelo. Luego examinó sus papeles.

—Necesito ir a Suiza. Quiero visitar a una tía enferma —balbuceó ella.

Como aparentemente no encontró nada que objetar, la dejó pasar.

—Cuídese —fue lo único que dijo.

En el lado suizo de la frontera, los funcionarios se mostraron más escépticos.

—¿Dónde vive su tía? —quisieron saber.

Eva inventó una historia y esperó que no la verificaran. Cuando se dio cuenta de que los policías seguían escépticos, intentó usar su encanto.

—Será realmente una estancia muy breve.

—¿Es usted judía? —preguntó el policía.

Ella se rio.

—Por favor, eso estaría en mi pasaporte.

El funcionario de fronteras volvió a examinar sus documentos.

—Mi padre, Albert Althig, está en las SA —añadió Eva, aunque las palabras casi le revolvieran el estómago. Nunca habría pensado que usaría el nombre de su padre para salir de un apuro.

Después de lo que pareció una eternidad, dejaron que Eva continuara su camino. Sin embargo, pudo ver que uno de los policías la miraba mientras se alejaba y cogía el teléfono.

Eva no tenía ningún contacto en Suiza, no sabía adónde ir y, sobre todo, no sabía cómo encontrar a Emil. ¿Lo habría logrado? Tenía que haberlo conseguido.

Aparcó en el centro de Basilea. A lo lejos se veían fuegos que iluminaban el cielo nocturno, pero en los alrededores inmediatos todo parecía tranquilo. Reclinó el asiento y sacó una manta del maletero. Intentó conciliar el sueño, pero era imposible, estaba demasiado nerviosa.

Cuando salió el sol, se bajó del coche y preguntó a un transeúnte dónde estaba la sinagoga. Poco después, aparcó el Mercedes negro frente a la entrada principal y llamó a la puerta del templo. Un hombre mayor abrió y la miró sorprendido. Ella le pidió que la dejara entrar y luego le contó sobre la huida de Emil, que ella misma no podía volver a Alemania y que esperaba que Emil también acudiera a la sinagoga.

El hombre no dijo nada al principio. Se rascó alternativamente la fina corona de cabello sobre la que llevaba una gran kipá y la larga barba casi blanca.

Eva exclamó desesperada:

—¡Por favor, ayúdeme!

El hombre movió la cabeza de un lado a otro:

—Es un asunto complicado y no sé si puedo confiar en usted.

A Eva se le saltaron las lágrimas.

—Mi tío y yo hemos arriesgado nuestras vidas, ¿y usted se pregunta si puede confiar en mí?

La miró y era fácil ver que estaba luchando consigo mismo.

Finalmente dijo:

—Quiero confiar en usted y espero que no sea una espía.

Eva tuvo que reírse.

—¿Una espía? ¿Yo?

Él la miró seriamente y respondió:

—Son tiempos difíciles.

Ella asintió.

—Lo sé muy bien.

—Veré qué puedo hacer. En cualquier caso, no puede quedarse aquí, el coche es demasiado llamativo. Tenemos un lugar para emergencias.

—¡Pero Emil!

—No se preocupe. Si aparece por aquí, sabremos dónde está usted.

—¿Cómo llego allí? —preguntó ella. El miedo empezaba a apoderarse de ella.

Él suspiró.

—Le preguntaré a un amigo si puede llevarla.

El rabino salió de la habitación y ella pudo oír que estaba hablando por teléfono, pero no entendió nada. Después de lo que pareció una eternidad, volvió a entrar.

—El hombre vendrá en breve. Mientras tanto, puede tomar un té y comer algo si quiere.

Ella asintió. Él la miró y luego preguntó:

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno.

El rabino le trajo un té y un trozo de pan trenzado. Eva había olvidado por completo lo hambrienta que estaba, pero al verlo su estómago rugió. Se sentó en un sillón y empezó a comer. El hombre salió.

Se preguntaba cuándo vendría Emil. ¿Lo habría logrado siquiera?

Poco después se abrió la puerta y su corazón dio un vuelco. Pero no era Emil, sino un hombre de unos treinta y tantos años. Era alto, tenía ojos azules y cabello castaño, y vestía un traje elegante.

—Salomo Hirsch —dijo amablemente y le tendió la mano.

Ella se levantó sobresaltada.

—Eva...

—¿Es ese su coche ahí fuera con matrícula alemana? Los coches de esa marca no son muy populares aquí en este momento.

—Lo sé.

Él miró su reloj y dijo:

—Vámonos.

Eva asintió. Él condujo delante y ella lo siguió con el Mercedes fuera de la ciudad. Pronto llegaron a un bosque. Subieron por una carretera serpenteante, pasando solo ocasionalmente por granjas aisladas. Finalmente, el coche de delante se detuvo y ella también pisó el freno. Tenía la sensación de estar en medio de la nada.

Salomo Hirsch se bajó, se acercó a ella y dijo:

—Meteré el coche en el granero si me da las llaves.

Ella asintió y se sentó a su lado en el asiento del copiloto. Lo observó disimuladamente. Parecía tan seguro de sí mismo, Eva se sentía a salvo en su presencia, aunque apenas lo conocía.

Cuando llamó a la puerta de la granja, le abrió una señora mayor. Los dos hablaron en suizo alemán, Eva no entendió ni una palabra. Luego la mujer le hizo un gesto con la cabeza y la invitó a entrar.

Eva no sospechaba que al entrar en esta casa comenzaría una nueva etapa de su vida.



Los días en la vieja granja pasaban lentamente y Eva se sentía encerrada, aunque podía moverse libremente. Ayudaba a su anfitriona Anna con las tareas diarias, pero sus pensamientos estaban en otra parte. ¿Dónde estaba Emil?

Aparte de Anna, no se encontraba con nadie día tras día. Y la anciana granjera no era muy habladora. Eva tenía la sensación de que no confiaba del todo en ella.

Cuando finalmente una noche oyó el ruido de un motor, Eva salió corriendo de la cabaña y esperó impacientemente en la carretera. Reconoció el coche de Salomo. ¿Estaría Emil con él? Su corazón latía tan fuerte que pensó que se le saldría del pecho.

Pero en el coche solo estaba Salomo. Eva lo saludó llena de esperanza, seguramente traería noticias. Sin embargo, solo le dijo que ningún Emil había contactado con la comunidad judía.

Eva rompió a llorar. Desesperada, preguntó:

—¿Qué puede haber pasado?

—Tal vez no fue a Basilea, sino a otro lugar, o... —Salomo Hirsch se detuvo y continuó en voz baja—: ... o no lo logró.

Eva negó con la cabeza.

—¡No, no lo creo! —exclamó.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Lo siento —respondió en voz baja.

Él la miró con compasión.

—Tal vez aún aparezca.

Eva sollozó y preguntó:

—¿De verdad cree que no lo logró?

—No lo sé. Pero son tiempos difíciles para los emigrantes judíos. Actualmente, la policía está devolviendo a todos los inmigrantes ilegales a Alemania. Por eso la trajimos aquí. Aquí está segura por ahora. Espero que su prometido haya tenido la misma suerte.

—¿Y si cayó en manos de los nazis? —Eva se cubrió el rostro con las manos. Se sentía terriblemente impotente. Salomo pasó con cuidado su brazo alrededor de sus hombros. La cercanía humana le hizo bien y se apoyó en él mientras sollozaba—: ¿Qué voy a hacer ahora?

—Solo han pasado unos días. Tenga paciencia —la consoló.

CAPÍTULO 26

Presente

Daniel Hirsch hizo una pausa. —Así fue como se conocieron mis abuelos —dijo.

—¿Eso significa que Emil nunca apareció en la sinagoga de Basilea?

Él negó con la cabeza.

—Lamentablemente no puedo contarle mucho más.

—¿Y sus padres? ¿Tal vez ellos sepan más sobre su abuela?

El joven abogado se encogió de hombros. —Puede ser. Mi madre está ahora en Israel, en Tel Aviv. Aunque solo era su nuera, tenían una muy buena relación. Creo que mi abuela le confió algunas cosas que ni siquiera habló con su hijo.

A Eva se le ocurrió una idea loca. —¿Cree que podría visitar a su madre allí?

Él la miró sorprendido. —¿En Tel Aviv? —Ella asintió.

—Seguro. Le preguntaré ahora mismo, espere un momento.

El señor Hirsch se levantó, dio unos pasos y sacó su smartphone del bolsillo. Eva no pudo escuchar la conversación, pero lo vio sonreír varias veces. Luego regresó.

—Podemos volar.

Eva lo miró con desconfianza. —¿Podemos?

—Mi madre solo la recibirá si voy con usted. —Sonrió y se encogió de hombros.

—¿No tiene que trabajar?

—Puedo trabajar desde cualquier lugar. Le diré a mi asistente que reserve los billetes para nosotros. De todos modos, quería visitar a mi madre en Tel Aviv la próxima semana, simplemente adelantaré el viaje.

—Pero apenas nos conocemos.

—¿Usted cree? Ya sabe todo sobre mi familia.

—Pero usted no sabe nada sobre mí.

—Sí, definitivamente tenemos que remediar eso.

¿Estaba coqueteando con ella? Eva estaba confundida. ¡La forma en que la miraba! Y luego esta oferta espontánea...

—¿Cómo puedo estar segura de que no es un psicópata que intenta atraerme a una trampa? —preguntó directamente.

Él soltó una carcajada. —No se preocupe. Usted vino a buscarme y yo me tomo unos días libres para volar con usted a Israel. Sería realmente una desafortunada coincidencia si yo fuera un psicópata.

Tenía que darle la razón en eso. Sonrió y dijo: —Si vamos a pasar más tiempo juntos, deberíamos dejar las formalidades de lado —propuso con una sonrisa—. Soy Eva.

—Daniel.

—Tengo que hacer algunas llamadas.

Daniel asintió. —Hazlo, yo organizaré los vuelos. Siempre hay algo que sale desde Basilea.

Eva llamó a sus padres y les contó que estaría fuera unos días por motivos de investigación. Además, le pidió a su madre que visitara a Grete en el hospital y que la informara si el estado de la anciana empeoraba.

—¿Puedes decirle por favor que tengo buenas noticias para ella? He conocido al nieto de Eva.

—¿Qué Eva?

—La prima fallecida de Grete. Te lo explicaré más tarde.

Eva no llamó a la oficina, ya que aún tenía tres días libres y luego era fin de semana. Así podría quedarse incluso cinco días en Israel, y

si regresaba el domingo por la noche, podría estar en la redacción el lunes.

A la mañana siguiente, temprano, estaba sentada con Daniel en el avión rumbo a Tel Aviv. Durante el viaje, él le contó un poco sobre sí mismo. Tenía treinta y seis años, estaba divorciado y actualmente disfrutaba de *la vida*, como él mismo lo expresó.

—A diferencia de mis antepasados, no quiero morir en el bufete. En diez años lo dejaré. Siempre he querido viajar en moto por varios países, Estados Unidos, Japón y Brasil.

—Es una idea genial. Pero ¿realmente crees que puedes vivir sin trabajar? No me refiero económicamente, sino sin una actividad profesional.

Él se rio con ganas. —Por supuesto que puedo. No hay que tomarse el trabajo demasiado en serio.

Eva lo miró pensativa. ¿Tendría razón?

Siguieron charlando y después del vuelo de cuatro horas, ella tenía la sensación de conocer a Daniel desde hacía años.

Después de pasar los controles de pasaportes, tomaron un taxi y se dirigieron a un suburbio de Tel Aviv. Eva miró por la ventana todo el tiempo, disfrutando de las diversas impresiones. Finalmente, el coche se detuvo frente a una casa de piedra blanca.

Una hermosa mujer de unos setenta y tantos les abrió la puerta. Su cabello blanco corto le quedaba bien y la hacía parecer más joven que si lo hubiera teñido. Llevaba una falda larga de lana color crema y un suéter del mismo color. Irradiaba cierta autoridad y confianza en sí misma que impresionó a Eva.

—Rahel —se presentó, abrazó a su hijo y luego los invitó a entrar.

Después de ofrecerles limonada casera, habló con su hijo en dialecto suizo, y tan rápido que Eva apenas entendía una palabra. Parecían estar discutiendo varios temas en pocos minutos, por lo que Eva movía constantemente la cabeza de un lado a otro como en un partido de tenis.

En algún momento, dejó de intentar entender algo y miró alrededor de la sala de estar. Al igual que en casa de Grete, aquí también parecía que el tiempo se hubiera detenido en algún

momento de principios de los años setenta. Sin embargo, a diferencia del apartamento de la anciana, los muebles de diseño aún parecían atemporales y elegantes.

Había una mesa de acero con una placa de vidrio en la sala de estar, dos sofás amarillos con muchos cojines coloridos proporcionaban comodidad, e innumerables cuadros en las paredes aportaban color y un toque personal al espacio.

—Voy a cambiarme —dijo finalmente Daniel en alemán estándar y desapareció por las escaleras que llevaban al piso superior.

—¿Y usted quiere saber más sobre mi suegra? —se dirigió Rahel a Eva.

Algo intimidada, esta asintió. —Sí, he pasado mucho tiempo con su prima Margarethe, recientemente cumplió cien años.

—¿Aún vive?

Eva asintió de nuevo. —Se suponía que debía escribir un artículo periodístico sobre ella, pero nos conocimos más a fondo y me contó la historia de su infancia y juventud, que vivió junto con Eva y Emil.

Rahel preguntó: —¿Y es tan emocionante que ha volado hasta aquí especialmente por eso?

Eva se preguntó si Rahel no confiaba en ella. Por eso explicó: —Bueno, es probable que Grete no viva mucho más, está en el hospital y no desea nada más que el perdón por su error de entonces.

—¿Error? —preguntó Rahel, alzando sus finas cejas, formando innumerables arrugas en su frente.

Eva le contó la versión de Grete.

Rahel asintió comprensivamente. —La culpa es algo terrible. Mi suegra sospechó en aquel entonces que su prima había escondido el pasaporte. ¿Quién más podría haber sido? Aunque llevó años, la perdonó, y con el tiempo esa parte de su historia también quedó en el pasado.

—¿Sabe si alguna vez volvió a encontrarse con Emil?

Rahel se rió y exclamó: —Venga conmigo.

Juntas fueron al jardín. En la propiedad vecina, un hombre de mediana edad estaba ocupado podando un arbusto.

—¡Ari! —llamó Rahel.

El hombre levantó la vista y se acercó a la valla. —¡Rahel, shalom!

—Eva, este es Ari, el hijo de Emil.

Eva se quedó mirando boquiabierta al hombre de pelo corto y gris. ¿Así que este era el padre de Ben?

Rahel habló con él en hebreo. Eva supuso que le estaba explicando por qué estaba allí. De repente, el hombre sonrió radiante, gritó: —¡Un momento! —y corrió hacia la casa.

—Ari vive en la casa de su padre desde hace algún tiempo —explicó Rahel—. Después de la muerte de Emil, empezó a deteriorarse. Por eso decidió mudarse a este suburbio.

Un minuto después, Ari salió de nuevo, pero no solo. Eva sintió que estaba a punto de desmayarse. Detrás de Ari, Ben había salido de la casa. Él la miró tan sorprendido como ella a él.

—¡Eva! —exclamó.

Rahel le preguntó algo en hebreo y Ben asintió.

Rahel le susurró a Eva: —Me parece que se conocen bastante bien.

En ese momento, Daniel salió al jardín. Se había cambiado y ahora llevaba unos vaqueros cómodos y una camiseta.

Bromeando, preguntó: —¿Ya te está presentando mi madre a todo el vecindario?

Eva sonrió con timidez y dijo: —Por así decirlo.

Vio que Ben los observaba atentamente a ella y a Daniel. Llevaba una kipá, algo que nunca había hecho en Alemania.

—¿Es la novia de su hijo? —preguntó Ari en inglés, que al parecer se había dado cuenta de que Eva no entendía hebreo.

Rahel miró a Daniel y este respondió diplomáticamente: —Una buena amiga de la familia.

Sin embargo, Ben no sonreía y miraba a Daniel con cierta desconfianza.

—La joven acaba de llegar, vengan a visitarnos más tarde —sugirió Rahel.

—Gracias, pero tengo que irme pronto con mi esposa, tenemos una cita —respondió Ari con pesar—. Pero Ben, tú podrías visitarlos.

—Por supuesto, así finalmente podré mostrarte mi país, Eva —dijo Ben.

Ari comentó de inmediato: —Es lo mínimo. Nuestro país es el más hermoso del mundo.

Eva le sonrió. El padre de Ben parecía realmente entusiasmado con su tierra natal. Se despidió de él y volvió a entrar en la casa con Daniel y su madre.

—Eva, estás muy pálida. ¿Quieres comer algo? —preguntó Rahel cuando volvieron a estar dentro.

Ella negó con la cabeza. —¿He entendido bien que Emil vivía justo al lado de su suegra?

Rahel asintió.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Era Ben. Rahel lo saludó y lo invitó a pasar al salón. Eva y él se saludaron inseguros con un ligero apretón de manos.

—¿Ustedes dos se conocen? —preguntó Daniel.

Asintieron.

—A través de Grete —dijo Ben en inglés.

Ahora era Daniel quien miraba alternativamente a Ben y a Eva. Algo en su comportamiento parecía revelarles que entre ellos había más que una simple relación. No se atrevían a mirarse directamente a los ojos. Además, Eva tenía las mejillas sonrojadas y las orejas le ardían. Ben, por su parte, la miraba casi furtivamente una y otra vez. Su conversación era algo entrecortada. Si solo hubieran sido buenos conocidos, habrían comunicado mucho más abiertamente entre ellos.

Rahel explicó: —En realidad, ni Emil ni mi suegra querían que nadie se enterara.

—¿Enterarse de qué? —preguntó Ben.

—Bueno, vuestra familia es tan religiosa. Emil tenía miedo de la reacción de tu padre, Ben. Por eso probablemente no lo sepan hasta hoy. —Rahel tomó aire profundamente una vez más. Luego dijo—: Pero ahora que Eva, la joven Eva, está aquí y ya ha descubierto tanto, es hora de revelar este secreto. No es casualidad que ambos tuvieran una casa en la misma calle aquí en Israel. Después de que

ambos enviudaron, con más de sesenta años, se convirtieron en pareja.

—¿Mi abuelo y Eva? —preguntó Ben completamente perplejo.

Rahel asintió. —Intentaron mantenerlo en secreto. Tenían miedo de lo que pensarían sus hijos. Pero yo lo descubrí rápidamente.

—Una relación secreta para toda la eternidad —concluyó Eva.

—Pero se encontraron el uno al otro —dijo Ben en voz baja.

—¿Por qué no se encontraron entonces en Suiza? —preguntó Eva.

Rahel respondió:

—Emil llegó primero a un puesto de policía en un pequeño pueblo. Pensó que estaba a salvo, pero luego notó que el policía se ponía nervioso. Cuando este llamó por teléfono, Emil escuchó a escondidas. Oyó que iban a deportarlo de vuelta a Alemania. Por eso huyó de la comisaría y vagó por la zona durante algunos días, hasta que finalmente encontró refugio con una pareja de ancianos granjeros. Cuando le contó al granjero sobre su gran amor, este se compadeció y le pidió a un sobrino que investigara discretamente. El sobrino viajó especialmente a Heidelberg. Le contó que Eva había muerto. Eva me dijo que su padre la había hecho declarar muerta. Incluso había una tumba en el cementerio donde siempre se encontraba con Emil. No sabía por qué su padre había elegido precisamente ese cementerio. Emil estaba profundamente triste, pero lo necesitaban en la granja, así que se quedó con la pareja de ancianos y los ayudó hasta que terminó la guerra. Después, decidió emigrar a Palestina, donde también se reencontró con su madre, que había estado en Argentina. Eva se mudó a Basilea, alquiló un pequeño apartamento y trabajó como asistente legal en el bufete. Durante tres años no cedió a los avances de Salomo. Pero finalmente perdió la esperanza de volver a ver a Emil y se casó con mi suegro. Por un capricho, convenció a su marido de comprar dos casas en Israel. Sin embargo, nunca vivieron allí, sino que solo alquilaban las casas, hasta que su marido enfermó y se mudaron a Israel en los años setenta, debido al clima más suave. Eva amaba a su marido, aunque no era el amor ardiente de juventud que había

sentido por Emil. Cuando mi suegro murió, decidió construir una nueva vida aquí.

CAPÍTULO 27

Tel Aviv 1984

Eva llevaba un chándal azul y gafas de sol. Sus ojos siempre habían sido algo sensibles. Su rostro estaba enmarcado por cabellos grises cortos y, a pesar de su edad, seguía siendo muy guapa. Caminaba de buen humor con otras cuatro mujeres por el paseo marítimo. Todas tenían entre sesenta y sesenta y cinco años, como ella.

—Fue una buena idea tuya —dijo Miriam, la más baja de ellas. Había nacido en los Estados Unidos y había emigrado a Israel más o menos al mismo tiempo que Eva.

—¿Qué haríamos sin ti, Eva? —bromeó Gitti.

—Estaríamos en casa tejiendo calcetines —exclamó Rebecca, que llevaba su largo cabello teñido de castaño recogido en una coleta.

—No queremos esperar a la muerte, somos demasiado jóvenes para eso —respondió Eva, y las mujeres asintieron con una sonora carcajada.

Un hombre mayor venía trotando hacia ellas, parecía sumido en sus pensamientos. Llevaba la gorra calada hasta los ojos. Como las señoras caminaban todas juntas, tuvo que detenerse un momento para no chocar con ellas.

—Shalom —saludó amablemente mientras trotaba en el sitio.

Eva se sintió inmediatamente atraída por el hombre, le recordaba a alguien, pero no sabía a quién.

A Miriam, que también era viuda, pareció gustarle el hombre, porque exclamó de inmediato:

—No debería correr como un lobo solitario, en grupo es más divertido.

Él se rió.

—Pero yo hago jogging, no doy un paseo.

—¡Tampoco nosotras estamos dando un paseo! —exclamó Eva indignada—. Es un nuevo deporte, es más suave para las articulaciones que el jogging.

Él sonrió amablemente.

—Mejor que no hacer ejercicio.

Cuando miró a Eva, se quedó perplejo y preguntó:

—¿Nos conocemos?

Ella se encogió de hombros.

—Antes tenía buena memoria, pero ahora... —Lo examinó más de cerca, sus ojos estaban en la sombra de la gorra y la parte inferior de su rostro estaba cubierta por una cuidada barba gris.

—Quizás el señor estuvo en uno de tus eventos para mayores —sugirió Gitti.

—Hasta ahora no. Soy Emil —se presentó por su nombre de pila, como es habitual entre deportistas, y estrechó la mano a las mujeres.

Las mujeres también dijeron sus nombres. Eva fue la última.

—Eva —dijo y sonrió vacilante—. Hace una eternidad conocí a un Emil.

Casi susurró las últimas palabras.

—Y yo... —No terminó la frase, sino que la miró fijamente.

—¿Se mudó usted aquí desde Alemania? —preguntó con voz ronca.

—Desde Suiza —respondió ella.

Él asintió y pareció casi decepcionado.

—Durante la guerra viví un tiempo en Suiza —dijo—. Pero en realidad soy de Alemania. Mi difunta esposa también era de allí, pero la conocí en Tel Aviv.

Eva sintió como si la hubiera invadido una fiebre. Sus piernas temblaban y balbuceó:

—Originalmente yo también soy de Alemania, de Heidelberg.

Él la miró asustado y se quitó lentamente la gorra. Las mujeres los observaban. Heidi se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Acaso os conocéis de Alemania?

Eva intentó reconocer al joven Emil de sus recuerdos en él. Había cambiado, pero esos ojos verdes los habría reconocido en cualquier parte.

—Emil, ¿eres tú? —preguntó temblando y se quitó las gafas de sol.

Él la miró a los ojos y de repente todo a su alrededor se difuminó. Solo existían ellos dos.

Heidi miró de uno a otro y luego dijo:

—Creo que deberíais sentaros. Nosotras seguiremos caminando y volveremos a recogerte después de dar la vuelta.

Eva asintió en silencio. Solo tenía ojos para Emil.

—¿Estás viva? —preguntó finalmente.

Ella volvió a asentir.

—Pero la lápida... en Heidelberg.

Eva cerró los ojos. ¡La lápida! Emil lo sabía. ¡Había preguntado por ella!

—Mi padre me hizo declarar muerta —dijo con lágrimas en los ojos. ¡Emil estaba vivo! No podía creerlo y preguntó—: ¿Eres un fantasma o esto está pasando de verdad? ¡Nunca llegaste a Basilea!

—Me perdí en aquel entonces, pero... ¿qué haces tú aquí en Israel, Eva?

—Vivo aquí desde que murió mi marido.

—Estás viva. ¡Y estás aquí en Israel! —balbuceó atónito.

Eva sonrió de repente y dijo:

—Lo mismo podría decir yo.

Estallaron en una risa liberadora.

Luego Emil preguntó con cautela:

—¿Puedo tomar tu mano?

Ella asintió y le sonrió.

Y de repente volvían a tener diecinueve años y experimentaban el milagro del primer amor.

CAPÍTULO 28

Tel Aviv 2006

Eva yacía en su dormitorio. La cama matrimonial había sido reemplazada por una cama de hospital. Su rostro lucía enfermo y demacrado. Era evidente que no le quedaba mucho tiempo de vida. Recientemente había celebrado su ochenta y siete cumpleaños.

Rahel estaba sentada junto a su cama cuando abrió los ojos. Hacía unas semanas que había volado desde Suiza y se había mudado con su suegra para cuidarla.

—Emil, ¿estás despierto? —preguntó Eva en alemán.

Rahel tomó su mano. —Emil no está aquí. Soy yo, Rahel.

Le sonrió a su suegra y le acarició la mejilla.

No tenía el corazón para recordarle a Eva que Emil había fallecido hacía un año.

—¿Rahel?

Ella asintió. —Tu nuera.

—Rahel, no puedo dejar de pensar en Grete.

—¿Quién es Grete?

Eva la miró sorprendida, casi como si se extrañara de la falta de memoria de su nuera.

—Grete, mi primita.

Rahel sonrió. —Ah, ya veo.

—Grete también estaba enamorada de Emil —contó Eva.

—¿De tu Emil?

Eva asintió. —Como Emil me eligió a mí, ella hizo algo terrible. Escondió su pasaporte. No puedo probarlo, pero el pasaporte había desaparecido cuando lo necesitábamos. Sin embargo, más tarde la Gestapo lo encontró en la casa parroquial. Me enteré de eso cuando volví a Alemania una vez más. Su padre fue enviado a un campo de concentración por eso. Estaba tan enojada con Grete, ella lo había arruinado todo. Aunque ya había cerrado el capítulo de mi vida en Alemania hacía mucho tiempo, necesitaba saber qué había sido de ella.

Hizo una pausa.

—¿Y? —preguntó Rahel.

Eva miró por la ventana. —Debes saber que Grete no era una mala persona, al contrario. Era una chica amable y generosa. Nunca se casó, pero después de la guerra acogió a una niña huérfana y cuidó de ella. Realmente no era una mala persona.

—¿Entonces por qué actuó así?

—Por celos, estupidez y la imprudencia de la juventud. Todo se vengó en su padre, pues fue arrestado. Y sé que Grete pagó por ello cada día del resto de su vida.

—Eva, ¿por qué me cuentas esto? —Rahel miró a los ojos despiertos de su suegra, que aún no habían perdido su brillo.

—Porque es hora de liberarla. —Eva sonrió—. Rahel, mi vida ha sido buena, muy buena, y me iré de este mundo en paz. Pero solo si perdono a Grete. Y la perdono.

Rahel tomó la mano huesuda de su suegra, que estaba fría a pesar de que afuera reinaban temperaturas veraniegas.

—Le he escrito una carta. Tienes que enviarla por mí.

Rahel asintió.

—En realidad, Emil y yo escribimos la carta juntos —continuó Eva—. Incluso antes de que él muriera. En los últimos años, a menudo hablábamos sobre Grete y sobre todo lo bueno que su familia había hecho por nosotros. En realidad, desde que yo era una niña. Y eso compensa con creces esa única maldad, por la que Grete también tuvo que pagar caro. Pero me tomó mucho tiempo darme cuenta de

eso. —Las lágrimas corrían por las mejillas de Eva—. Debería haberle dicho esto mucho antes, pero no pude.

Rahel le acarició la mano consoladoramente.

—Lo intenté, hace unos años. Viajé especialmente a Alemania para asistir a un servicio conmemorativo por el tío Frido. —Eva se rio, pero sonó triste—. Intenté pasar desapercibida. Por un lado, quería hablar con ella, por otro, tenía mucho miedo de hacerlo. Fue como en una mala película. Llevaba unas gruesas gafas negras y me quedé al fondo de la iglesia. Pero Grete me reconoció de inmediato. Sin embargo, huí como una niña pequeña. No estaba lista para hablar con ella. No sé por qué. Ella era más valiente que yo. Ella era...

—Oh, Eva —dijo Rahel en voz baja.

—Pero ahora estoy lista. No, en realidad lo he estado desde hace tiempo, pero estaba tan ocupada con Emil y conmigo y... —Las lágrimas volvieron a brotar—. Por favor, envía la carta por mí.

Rahel asintió.

CAPÍTULO 29

Presente

—¿Y la carta nunca llegó? —preguntó Eva preocupada.

Rahel la miró. Había pesar en su mirada. —No. Mi suegra murió esa misma noche y no pude encontrar la carta en ninguna parte de su casa. Ella había dicho que estaba en su escritorio, pero no estaba allí. En algún momento me pregunté si realmente la habían escrito. Busqué por toda la casa. Pero nunca la encontré. —Rahel se encogió de hombros—. Incluso pensé en escribirla yo misma, pero no me pareció correcto.

Eva se puso de pie de un salto. —¡Pero esto no puede terminar así! Grete se está muriendo y busca el perdón. No tiene idea de que ya fue perdonada hace años. ¡Podrían haber llamado a la pobre mujer!

Rahel parecía avergonzada. —También lo había pensado, pero no sabía cómo y era tan, cómo decirlo, absurdo... de alguna manera no me sentía con derecho a intervenir. En todo este asunto, yo era solo la mensajera...

Eva estaba furiosa. ¿Por qué la pobre Grete había tenido que sufrir tanto tiempo?

—¡Tenemos que hacer algo! —exclamó.

—¿Y qué? —preguntó Ben.

—¿Para qué se inventó Skype?

Les explicó su plan a los demás.

Dos horas después, todos se reunieron alrededor del portátil de Daniel. Mientras tanto, Ari, el padre de Ben, también se había unido al grupo. Cuando Ben le contó lo que habían averiguado de Rahel, miró brevemente a su vecina y dijo: —Eva era una mujer maravillosa. Mi padre y ella nos invitaron a cenar a mi esposa y a mí una vez y nos contaron su historia. Mi esposa estaba conmovida, es muy estricta en su fe. No quería que Ben supiera nada de esto.

Ben miró a su padre. En su mirada se reflejaban sorpresa y enojo.

—Tú ni siquiera habías nacido cuando tu abuelo se reencontró con Eva. Y cuando eras pequeño, tu madre no quería que lo supieras. Le prohibió a tu abuelo visitarnos junto con Eva. Y luego tu abuelo murió y ya no había razón para hablarte de ella.

Miró a Ben con aire de disculpa. Antes de que pudiera decir algo más, el portátil de Daniel indicó una llamada entrante. Eva presionó aceptar y su madre apareció en la pantalla. Estaba sentada junto a la cama de hospital de Grete. Cuando giró su tableta hacia Grete, la anciana miró a Eva con confusión.

Eva exclamó alegremente: —¡Hola Grete, soy Eva! Estoy en Israel y he encontrado a la familia de tu prima.

La expresión de Grete le mostró que la anciana no entendía nada. Tampoco reconocía a Eva.

—Grete, Eva la perdonó hace años —continuó imperturbable—. Hace años, finalmente puede estar en paz.

Pero Grete seguía mirando confundida la pantalla.

—¿Es esto una película? —le preguntó a la madre de Eva.

Ella sonrió. —No, no, así es como se hacen las llamadas hoy en día.

—¡Esto es como el apocalipsis! —exclamó Grete asombrada.

La madre de Eva se rio. —Esa de ahí es mi hija, Eva, usted la conoce.

Grete miró a Ben. —¡Ahí está el hijo de Emil! —exclamó.

Él sonrió. —El nieto.

—Eva y Emil la han perdonado —dijo Eva.

—¿Perdonado qué? —preguntó la anciana.

La madre de Eva intervino: —Grete no está teniendo un buen día, cariño. Creo que no sabe de qué estás hablando.

Eva lo intentó una vez más, pero tuvo que admitir que su madre tenía razón.

Decepcionada, colgó y dijo: —Necesito salir a tomar aire fresco.

Los demás asintieron comprensivamente.

Afuera la recibió un agradable calor, pero Eva no podía disfrutarlo. Era demasiado frustrante. Todo esto, los esfuerzos, toda la vida... tantas cosas dependían de las casualidades.

De repente, oyó la voz de Ben detrás de ella: —¡Espera!

Se dio la vuelta y se detuvo hasta que él la alcanzó. Ben respiraba rápidamente. Eva le dirigió una mirada que debería haberle dejado claro que no quería ser molestada ahora, pero él no se dejó intimidar.

—Es bueno verte —dijo y le sonrió.

Eva preguntó con desconfianza: —¿De verdad no sabías que tu abuelo y Eva estuvieron juntos?

—Evidentemente, ambos eran buenos guardando secretos —respondió encogiéndose de hombros.

Mientras Ben la miraba con esa mirada especial que no había visto en nadie más, su ira y su decepción se desvanecieron. Se dio cuenta de que lo había echado mucho de menos y deseó que la hubiera abrazado.

Apartó ese pensamiento y dijo: —Simplemente escribiré una carta yo misma.

—¿Crees que sería bueno?

—Quiero que encuentre la paz. Cometió un error, pero no tenía malas intenciones. Simplemente no era consciente de las consecuencias, después de todo era muy joven.

Ben asintió y dijo: —Sin su error, probablemente yo no estaría aquí ahora.

Eva sonrió, luego volvió a ponerse seria: —Lo que no entiendo es: ¿Por qué Eva no escribió y envió la carta mucho antes?

Ben se encogió de hombros. —Tal vez pensó que aún tenía tiempo. O no encontraba las palabras adecuadas. O planeaba volver

a Alemania y hablar personalmente con Grete.

Eva lo miró pensativa. De repente, oyeron un grito detrás de ellos.

—¡Ben, aquí están! —exclamó Ari eufóricamente—. Eva, usted ha sido tan amable con mi hijo y le ha mostrado la ciudad de su abuelo, él debe mostrarle nuestro país a cambio.

—Es muy amable, pero no estaré aquí mucho tiempo.

—Oh, nuestro país es maravilloso, pero también tan pequeño que se puede ir de un extremo a otro en poco tiempo. No necesita mucho tiempo.

—¿Cuándo tienes que volver? —preguntó Ben.

—El domingo por la noche —respondió ella.

—¡Entonces tienen tiempo suficiente! —se alegró su padre—. Vean Tel Aviv hoy mismo.

Se preguntaba si trabajaba como vendedor de alfombras en un bazar oriental, tan convincente era. En ese momento, una mujer salió de la casa. Ben la presentó como su madre Dvora. Eva la saludó y se dieron la mano. Sin embargo, la madre de Ben era menos efusiva que su padre.

—Eva está aquí con la familia de Rahel y no sé si Daniel también ha planeado algo —objetó Ben.

El padre de Ben le lanzó una breve mirada. —Seguro que lo entenderá. Yo hablaré con él.

—Gracias, es muy amable, pero lo hablaré con él yo misma —respondió Eva con firmeza.

—El día de hoy es tan hermoso, la playa de Tel Aviv es un sueño. Y mañana tienen que ir a Jerusalén sin falta, es obligatorio. Luego al Mar Muerto. Y de todos modos pasarán por el desierto. —Ari apenas podía contener su entusiasmo.

Su esposa, sin embargo, era más reservada. Examinó a Eva con desconfianza y, por su expresión, no estaba segura de si podía confiar en ella, especialmente en relación con su hijo.

Ari pareció notarlo, porque dijo: —Dvora, si sus abuelos le hicieron tanto bien a mi padre, tenemos que agradecerles de alguna manera.

Eva miró a Ben con curiosidad. ¿Su padre había entendido algo mal? ¿Pensaba que ella era descendiente de los Selig? Mientras consideraba cómo decirle mejor que este no era el caso, Ari seguía hablando de los lugares de interés de Israel, por lo que ni siquiera tuvo la oportunidad de hablar. Sin embargo, pudo ver en la mirada de Ben que él sabía exactamente lo que estaba pasando por su mente.

Finalmente, este interrumpió a su padre sonriendo: —Aba, ya está bien, o Eva pensará que trabajas para la oficina de turismo.

Ari soltó una carcajada. —Entonces hable rápidamente con Daniel y Rahel. Ben la recogerá en una hora.

Por alguna razón, Eva no le contradijo y dejó que la familia de Ben la acompañara a la casa de la familia de Daniel. Daniel abrió, su madre estaba detrás de él.

—Daniel, queremos secuestrar a la joven dama para mostrarle nuestro hermoso país —exclamó Ari de inmediato.

El joven abogado pareció algo sorprendido. Rahel, en cambio, solo se encogió de hombros. —Mientras prometan devolverla.

—Por supuesto —prometió Ben sonriendo.

—En realidad, queríamos llevarla a cenar —objetó Rahel.

—¿Por qué no lo hacen mañana? —sugirió Ari—. Así hoy no tendrán que apresurarse tanto.

Rahel miró a Eva y esta asintió en señal de aprobación. Recogió su mochila de día y antes de darse cuenta, estaba sentada junto a Ben en un viejo Peugeot descapotable. Pertenecía a su padre y solo se usaba en ocasiones especiales.

—Mi padre es un poco insistente, lo siento —se disculpó Ben mientras arrancaba.

—Cree que soy una Selig, ¿verdad?

Ben sonrió. —Bueno, se ha hecho una idea. Dejémoslo creer eso por ahora.

Después de un corto viaje, durante el cual Eva observó maravillada los alrededores, vislumbró el mar a través de la ventana. Allí se veía exactamente como Eva lo conocía de las películas. En la hermosa y ancha playa de arena se alineaba un hotel tras otro y el sol brillaba desde el cielo azul sin nubes. Solo faltaban los turistas,

pues en esta época del año no había mucho movimiento. Algunos corredores y dueños de perros solitarios hacían sus rondas.

—El mar es hermoso, pero sugiero que primero veamos la ciudad y el casco antiguo de Jaffa.

Ben parecía muy diferente a como era en Heidelberg, mucho más seguro de sí mismo, y a Eva le gustaba eso. Aquí estaba claramente en su terreno.

—Mañana iremos a Jerusalén —continuó—. No puedes venir a Israel sin ver la ciudad donde ha ocurrido tanta historia.

Eva asintió. En esta zona, todos los edificios eran muy claros. En general, Tel Aviv parecía luminosa y ligera. Se lo comentó a Ben.

Él sonrió y explicó: —De hecho, a esta parte de Tel Aviv se la llama la Ciudad Blanca. Hay varios miles de casas de estilo Bauhaus aquí.

Ella asintió. —Probablemente debido a los seguidores de la Bauhaus que huyeron, ¿no?

Él la miró con admiración. —Buen razonamiento lógico.

Ella sonrió y dijo: —Bueno, no era tan difícil de adivinar.

En algunas calles había complejos enteros de estilo Bauhaus que parecían recién construidos.

—De alrededor de cuatro mil edificios, casi dos mil han sido renovados —continuó Ben.

Por todas partes se veían familias y jóvenes sentados en elegantes cafés.

—Ahora estamos en uno de los barrios de moda, Neve Tzedek —explicó el autodenominado guía turístico de Eva.

Aquí, muchas cosas le recordaban al sur de Francia. Las casas estaban diseñadas en estilo mediterráneo, de piedra, con contraventanas de colores. Arcos de hierro con rosas trepando por ellos decoraban las entradas. En general, había mucho verde y esa luminosidad que ya había notado antes. En Alemania, ni siquiera en los días calurosos de verano era tan luminoso. Tal vez tenía que ver con las casas. Aunque no todas eran blancas, todas tenían un tono claro que irradiaba una amabilidad y alegría que Eva nunca había experimentado en ninguna otra ciudad.

Después de que Ben aparcara, pasearon por una de las encantadoras calles.

—¡Es hermoso aquí! —exclamó Eva entusiasmada.

—Aquí también se ha restaurado mucho con esmero. Es muy diferente a Heidelberg —explicó Ben—. Heidelberg es hermosa y Tel Aviv es simplemente hermosa de otra manera. Y, por supuesto, aquí hay más horas de sol.

Eva se detuvo un momento y volvió su rostro hacia el sol. Había mucho movimiento en las calles. Además de algunos turistas, también había muchos lugareños. Eva notó cuántas naciones diferentes estaban reunidas. En las mesas frente a los cafés y restaurantes, personas rubias de piel clara se sentaban junto a afroamericanos de cabello oscuro, europeos del sur, isleños y orientales.

—La gente aquí es tan hermosa —dijo Eva con admiración.

Ben se rio. —Cuando vives aquí, apenas lo notas. Creo que en Heidelberg están las mujeres más hermosas.

Con estas palabras, la miró profundamente a los ojos.

—¿Se supone que eso es un cumplido? Porque no tengo ganas de juegos —advirtió Eva.

—No estoy jugando.

—¿Entonces por qué dices eso, sabiendo que no vamos a tener una relación?

—No puedo evitarlo, de alguna manera siempre me comporto diferente cerca de ti, de lo que pretendo.

—Sí, como un idiota.

Quería mantenerse seria, pero al final no pudo evitar reírse.

—¿Puede ser que el nieto de Eva se haya encariñado contigo? —preguntó Ben casualmente.

Ella sonrió. —Puede ser, y si es así, al menos va en serio.

—El nieto de Emil también va en serio.

—Hay tantas cosas que se interponen entre nosotros —respondió Eva mirándolo con seriedad.

Ben suspiró y se pasó la mano por su espeso cabello negro. Ella apenas podía mirarlo, porque cada vez que lo hacía, sentía un deseo incontrolable de besarlo.

—Podríamos buscar un camino juntos... si te interesa —dijo él casi tímidamente.

Eva respondió coquetamente: —Depende de la oferta.

Doblaron en una calle donde había varios cafés uno al lado del otro. Los locales generalmente ocupaban solo unos pocos metros cuadrados en el interior, pero tenían grandes terrazas. Cada uno era diferente, algunos con un diseño minimalista moderno, otros como desgastados por el tiempo, o reminiscentes de los viejos cafés parisinos. Se detuvieron frente a un pequeño café y Ben dijo: —Aquí sirven el mejor chocolate caliente de Tel Aviv.

Las sillas y mesas de este café eran una mezcla ecléctica de muebles de mercadillo. Sin embargo, aquí y allá Eva reconocía también piezas modernas y de alta calidad. Un cliente estaba sentado en una silla de plástico transparente, como las que se ven a menudo en Alemania. A pesar de los muchos estilos, todo parecía encajar de alguna manera.

Se sentaron en la terraza, cubierta por un toldo. Eva podía imaginar que esta protección era más que necesaria en pleno verano. Ahora en invierno, era muy agradable estar aquí fuera con chaqueta.

—He roto con mi novia —dijo Ben de repente.

Eva sintió como si una mariposa revoloteara en su estómago.

—¿Por qué? —preguntó con fingida indiferencia mientras sorbía el chocolate caliente, que realmente estaba delicioso.

—Porque me he enamorado de otra mujer —respondió Ben.

Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que los demás podían oírlo. Mordió un trozo de su pastel de naranja para ganar tiempo. El pastel de sémola sabía maravillosamente a jugo de naranja, miel y coco, y estaba muy jugoso.

—¿Quién es esa otra mujer? —preguntó Eva.

Él sonrió. —Está sentada frente a mí.

Eva recordó las miradas con las que Dvora la había examinado y preguntó con el corazón en un puño: —Pero ¿qué dirían tus padres sobre una no judía?

—La afiliación religiosa es más importante para mi madre, ella es la que es estrictamente religiosa. Mi padre es más liberal. Ya lo

conociste. Pero en este momento no se trata de mis padres.

La mirada de Eva se posó en la kipá y no sabía muy bien si debía creerlo.

—¿Siempre llevas la kipá aquí? —preguntó.

Él asintió.

—Pero en Alemania no lo hacías.

—No quería llamar la atención innecesariamente. Mi fe tampoco exige que la use siempre, solo para rezar. Pero aquí en Israel también es práctico, simplemente como cubrimiento para la cabeza. Oye, Eva, ¿me siento como si estuviera en un interrogatorio! ¿No te alegras ni un poco por lo que te he dicho?

Ella observó atentamente su reacción mientras preguntaba: —Eso depende. ¿Qué significa para mí?

Él puso su mano sobre la de ella. —Eva, he roto con mi novia para estar contigo.

Eva no sabía cómo reaccionar. Esto era exactamente lo que había esperado. Solo que el segundo punto seguía interponiéndose entre ellos. ¿O realmente no era tan importante?

—¿Qué significa para ti? —preguntó Ben, y ella pudo escuchar la tensa incertidumbre en su voz.

—¿Me amas? —preguntó Eva de nuevo.

Él asintió. Solo entonces la noticia llegó a su corazón. Ben quería estar con ella, sin importar las circunstancias externas. Lo miró profundamente a los ojos, esos hermosos ojos grandes que esperaban su veredicto.

—Necesito pensarlo —respondió.

Ben tragó saliva y sonrió con dificultad. Comieron el resto del pastel en silencio.

Cuando continuaron caminando, Eva sintió un agradable calor surgir en su estómago y puso su brazo alrededor de Ben. Él la miró brevemente, con alivio en su mirada, y caminaron juntos, brazo con brazo.

Después de un rato, Ben dijo: —Mira, nuestras diferentes religiones definitivamente no son un tema fácil y no quiero presionarte. Pero tenemos que darnos una oportunidad a los dos.

—De acuerdo. Siempre y cuando no sea solo un romance de vacaciones para ti...

—¡Definitivamente no lo eres! —exclamó Ben.

—Entonces hablemos de eso en otro momento, ahora prefiero ver tu país.

Ben la llevó a Jaffa, una antigua ciudad portuaria que se fusionaba casi sin interrupciones con Tel Aviv, y que en realidad era el origen de la metrópolis. Apenas quedaban edificios que recordaran los tiempos bíblicos de su fundación, sin embargo, la pequeña ciudad se veía encantadora. Los edificios habían sido cuidadosamente restaurados y los muros de piedra brillaban bajo el sol.

—Mañana verás edificios realmente antiguos en Jerusalén —prometió Ben.

Pasearon un rato más por las callejuelas, luego él la llevó de vuelta y la dejó con Daniel y su madre, donde se alojaría. Rahel había preparado una cena con sopa de hummus, ensalada y pollo.

—Solo algunas cositas —dijo ella—. Pero mañana te invitaremos a cenar a un restaurante especial, Eva.

En un ambiente relajado, Rahel contó algunas anécdotas de su suegra y Daniel le preguntó a Eva cómo le había gustado Tel Aviv. Abrieron una botella de vino y cuando se fue a la cama, era mucho después de la medianoche.

A la mañana siguiente, Eva se despertó con un aroma dulce que olía maravillosamente tentador.

—¿Estás cocinando otra vez? —le preguntó a Rahel cuando entró adormilada en la cocina.

—Solo algo pequeño para el desayuno —dijo Rahel, que estaba en la estufa con una sartén de hierro fundido, en la que había huevos pochados en una salsa roja de verduras.

—¿Es shakshuka? —preguntó Eva—. He oído hablar de eso antes.

—Sí, exactamente. Son huevos en salsa de tomate con pimientos y hierbas frescas. En Israel, el día comienza con un verdadero desayuno —dijo sonriendo mientras le servía un plato a Eva. Además, sirvió humus y pan de pita.

—¿Y? —preguntó después de que Eva lo probara.

—Inusual por la mañana —admitió—. Pero sabe simplemente maravilloso.

A las diez, Ben pasó a recogerla. La autopista estaba bastante vacía, por lo que avanzaron bien.

—Jerusalén está a solo una hora en coche de Tel Aviv —explicó Ben.

Eva observó las áridas colinas. Había pocos árboles, que destacaban aún más en la piedra caliza clara. Percibió cierta similitud entre el sur de Italia y este paisaje.

Tan pronto como se acercaron a Jerusalén, el tráfico se volvió más denso. Hombres con grandes sombreros negros y rizos en las sienes caminaban por las aceras. Judíos ultraortodoxos, más que en Tel Aviv. Mujeres con faldas largas y la cabeza cubierta o con cabello largo formaban parte del paisaje urbano normal. La mayoría empujaba cochecitos dobles y varios niños pequeños caminaban a su lado. Tanto las mujeres como los hombres se apresuraban por las calles. No vio a ninguno sonreír relajado. Ben le contó que los sombreros en realidad se habían convertido en vestimenta tradicional hace solo unos cientos de años, no se mencionaban en ninguna parte de la Biblia.

—Las judías ultraortodoxas deben cubrir completamente su cabello. Pero no se nota de inmediato porque hace muchos años un rabino decidió que las pelucas eran una alternativa al pañuelo.

—¿En serio?

Ben asintió y dijo:

—Por cierto, en la Ciudad Vieja hay uno de los mejores locales de falafel de Israel.

Eva recordó su primer falafel en Heidelberg. Aunque todavía estaba bien satisfecha con el desayuno de shakshuka, se le hizo la boca agua.

Primero condujeron hasta una colina desde donde se podía ver bien la Ciudad Vieja en el valle. Justo debajo de ellos se extendía un enorme cementerio. Tumbas de piedra se alineaban una tras otra en un área de aproximadamente dos campos de fútbol.

Jerusalén estaba rodeada por la antigua muralla de la ciudad. Lo más llamativo era la Cúpula de la Roca con su cúpula dorada y color azul. Entre la muralla de la ciudad y la Cúpula de la Roca había muchos árboles, casi parecía un parque. Torres de iglesias se alzaban del mar de casas. Se podían ver algunos techos de tejas, pero predominaban los techos planos de piedra y en ninguno faltaba la antena parabólica. La gente en la plaza frente a la Cúpula de la Roca parecía, desde la distancia, pequeñas hormigas ocupadas.

Alrededor de Eva y Ben había muchos turistas que intentaban capturar la ciudad digitalmente.

—La ciudad está cambiando rápidamente. Bueno, no el corazón de la Ciudad Vieja, pero alrededor están surgiendo tantos edificios nuevos —explicó Ben.

Después de que Eva tomara algunas fotos, continuaron. La Ciudad Vieja se fusionaba sin problemas con la nueva Jerusalén, pero debido a la piedra uniforme con la que estaban construidas las casas, todo parecía antiguo. La ciudad era enorme, el mar de casas parecía no tener fin. Y de repente llegaron al crisol de religiones, conocido por innumerables reportajes y calendarios. Ben estacionó el auto en una calle tranquila.

—Tenemos que caminar un poco, pero así tendrás una buena impresión de la ciudad —explicó Ben.

El entorno era hermoso y Eva se preguntó cuánto costaría una casa en este suburbio.

—Hace veinte años, las ovejas aún pastaban frente a las puertas de la Ciudad Vieja —contó Ben, mientras la tranquilidad del adormilado suburbio se transformaba en un caos confuso. El ruido de los autos tocando la bocina se mezclaba con innumerables idiomas. Quioscos, pequeñas tiendas de souvenirs y cafés se alternaban. Eva no sabía dónde mirar primero. Constantemente se anunciaba algo o les hablaban animándolos a comprar.

—¡Bienvenida a Oriente! —exclamó Ben, y ella apenas podía imaginar que este era realmente su hogar.

El tomó su mano como si fuera lo más natural, para no perderse de vista en la multitud. Eva sintió un agradable escalofrío. Intentó no dejar que se notara y simplemente siguió caminando. Tan pronto

como atravesaron la puerta de la ciudad, se encontraron en otro mundo. Los callejones estaban llenos de gente y puestos que vendían postales, camisetas y otros productos turísticos, la mayoría con la inscripción *The Holy Land*, la tierra santa. De hecho, en estos estrechos callejones se vendía todo lo que tuviera que ver con la fe. Ben contó que había vendedores ingeniosos que incluso vendían latas con la etiqueta "Aire Santo". Eva se detuvo en el primer puesto para examinar la oferta.

—El aceite de oliva y el incienso son muy populares —explicó Ben.

Eva olfateó. De hecho, olía a incienso, al mismo tiempo a aroma artificial de rosa, madera, aceitunas. Los olores aquí eran diferentes, mucho más intensos de lo que estaba acostumbrada en Heidelberg.

—Ven, sigamos, esto es solo el comienzo. Te mostraré el verdadero bazar con las mejores especias.

El vendedor probablemente presintió que perdería a su cliente interesada, así que inmediatamente le ofreció sus productos a Eva.

—Todo cien por ciento de Jerusalén y sagrado —explicó en inglés.

Le mostró una especie de certificado que aparentemente lo acreditaba como vendedor honesto. Cuando Ben dijo algo en hebreo, el hombre los dejó ir sin más palabras.

—¿Qué le dijiste?

—Que eres mi prometida y que te deje en paz.

Eva sacudió la cabeza divertida.

En su camino, se encontraron con muchos policías y soldados que estaban armados hasta los dientes. Eran notablemente jóvenes, muchos llevaban gafas de sol y, a diferencia de Alemania, aproximadamente la mitad eran mujeres. Eva pensó que todos se veían bien, tanto mujeres como hombres.

—Tantas mujeres en el ejército —dijo sorprendida.

Ben explicó:

—Sí, todo israelí debe servir tres años en el ejército. Solo están exentos los judíos ultraortodoxos.

—Interesante.

Mientras caminaban a veces por callejones anchos llenos de bullicio y a veces por callejones estrechos y desiertos, Eva se sentía

como en cámara rápida. Tantas épocas diferentes parecían estar reunidas en el espacio más pequeño.

—Es una lástima que no tengamos más tiempo. Definitivamente tenemos que volver —opinó Ben—. Se podría pasar una semana entera en Jerusalén, especialmente si quieres visitar los lugares importantes para los cristianos.

Sus palabras la trajeron de vuelta al desafío que enfrentaban. Eva se preguntó cómo él había imaginado su relación. ¿Cómo podrían ser pareja si él vivía en Israel y ella en Heidelberg? ¿Podrían estar juntos sin la aprobación de su familia, como Emil y Eva?

De repente, fueron casi abrumados por una mezcla de aromas de cilantro, canela, incienso y otras especias que Eva no podía nombrar y que le recordaban a Las mil y una noches. Desde cada puesto, los vendedores —casi todos hombres— pregonaban sus mercancías. Había de todo lo que uno pudiera desear, nueces, dátiles, higos, chiles, frutas y verduras frescas o dulces ya preparados. Unos metros más allá se vendían lámparas, alfombras, narguiles, ropa, bolsos de imitación de marca y zapatos.

Cuando tuvo suficiente del bullicio, Ben sugirió:

—Vamos al vendedor de falafel de mi confianza.

Eva asintió. Estaba completamente abrumada por las ruidosas ofertas y olores. Mientras se abrían paso entre la multitud, muchos comerciantes les hablaban. Cuando pasaban por sus puestos, les gritaban que solo echaran un vistazo y de repente ofrecían sus productos a mitad de precio. Eva se alegró cuando finalmente salieron del callejón.

—Ese era el barrio cristiano —explicó Ben—. Ahora estamos en el judío.

—¿Y cuáles más hay?

—El armenio y el árabe.

—¿Están todos tan llenos? —preguntó Eva.

Ben asintió con pesar.

Eva se alegró cuando llegaron a una pequeña plaza que no estaba tan concurrida. Había bancos bajo los árboles y en una esquina había un pequeño local.

—Los mejores falafels de Jerusalén —anunció Ben.

La fila frente al negocio era bastante larga. Ben vio su mirada y negó con la cabeza sonriendo.

—No esa tienda. Enfrente hay mejores. Esos solo tienen mejor publicidad.

Poco después, estaban sentados en un banco y Eva le dio un mordisco a su pan de pita relleno. En efecto, no había comparación con los falafels que había probado en Alemania. Todo estaba perfectamente condimentado, de ninguna manera seco o insípido, sino jugoso y sabroso. Los garbanzos se podían saborear claramente y la salsa de yogur combinaba maravillosamente. La ensalada estaba crujiente y los tomates sabían como recién cosechados.

—¡Delicioso! —exclamó con la boca llena.

—Es cierto, pero no puede faltar el hummus —respondió Ben y trajo un plato con la salsa más popular de Oriente.

—Todo local —explicó Ben y ella se rio porque sonaba como un anuncio de YouTube.

Sin embargo, asintió en acuerdo y dijo entre bocados:

—Solo por esto vale la pena venir a Jerusalén.

Después de haber comido y disfrutado de la tranquilidad, Ben dijo:

—¿Quieres ver el Muro de las Lamentaciones? Es el lugar sagrado más importante para los judíos.

—Me encantaría.

Mientras caminaban de nuevo por un bazar, Ben preguntó:

—¿Quieres un postre?

Eva observó los escaparates. Le recordaban a las panaderías turcas en Heidelberg. Baklava de todo tipo se exhibía en enormes bandejas, justo al lado había sacos de pistachos y hierbas.

—Estoy completamente llena —dijo—. Pero huele maravilloso, a menta y perejil.

—Aquí es impensable comer sin perejil —respondió Ben—. Por si te preguntas por qué hay tanto.

Dejaron los oscuros callejones con sus tentadores puestos y ahí estaba: el lugar sagrado de los judíos, el único vestigio del Templo, una de las maravillas del mundo de aquella época. El muro de grandes bloques de piedra caliza no había sido parte del Templo en

sí, sino que solo había rodeado la explanada del Templo, pero como no quedó piedra sobre piedra del Templo, era el último recuerdo tangible.

La gran plaza frente al muro estaba relativamente vacía en ese momento. Algunas personas rezaban o metían sus peticiones de oración en las grietas entre las piedras.

—Si tienes una oración, puedes escribirla en un papel y luego ponerla en el muro —explicó Ben—. Pero si quieres acercarte más, tendremos que separarnos, allí está el lado de las mujeres, los hombres van por aquí.

Eva sintió como si se sumergiera en otro mundo. En Heidelberg rara vez pensaba en la religión, pero aquí era inevitable pensar en un Dios. Incluso comenzó a imaginar cómo debió haber sido el Templo en aquel entonces. En los puestos había imágenes que ahora intentaba transferir al entorno real.

Eva sintió la necesidad de poner una oración en el muro y tocarlo. Arrancó una página de su cuaderno y escribió algo en ella, luego se acercó al muro y se quedó quieta frente a él. Durante más de mil años, las personas habían estado aquí como ella, rezando. La atmósfera era impresionante. Colocó el papel entre dos piedras y luego regresó con Ben.

—¿Quieres continuar? —preguntó él.

Ella asintió y ya estaba ansiosa por volver aquí. El siguiente gran punto de interés era la Cúpula de la Roca. Sin embargo, el acceso no era posible ese día debido a enfrentamientos entre judíos y musulmanes, por lo que solo se permitía la entrada a los musulmanes que querían rezar allí.

—¿Ves? Tienes más de una razón para volver a Israel —dijo Ben—. La Cúpula de la Roca realmente vale la pena ver. Pero ahora tenemos otros dos objetivos importantes: el Jardín de Getsemaní y la Iglesia del Santo Sepulcro.

El Jardín de Getsemaní estaba un poco alejado, así que primero fueron a la Iglesia del Santo Sepulcro. Similar a la Cúpula de la Roca, la iglesia también tenía una gran cúpula, pero esta era gris y había otra más pequeña. La plaza frente a ella estaba llena de gente y tuvieron que esperar en una fila para que los dejaran entrar.

—Probablemente haya varios autobuses de peregrinos aquí —comentó Ben.

Eva contempló la imponente construcción.

—Aquí están representadas varias confesiones —explicó Ben—. Las iglesias armenia, sirio-ortodoxa, católica, copta e incluso la etíope comparten este santuario. Se dice que esta iglesia está ubicada en la colina del Gólgota, donde Jesús fue crucificado y enterrado. Aunque hay varios otros lugares que los científicos o arqueólogos consideran como el Gólgota, Constantino el Grande hizo construir la iglesia aquí porque en ese momento estaban seguros de que la tumba estaba aquí. También hay varios argumentos a favor, incluso se había construido un templo de Venus sobre las tumbas, probablemente para impedir la veneración de la tumba y la nueva religión.

Cuando por fin entraron, avanzaron a paso lento. Por todas partes había guías turísticos explicando cosas sobre la iglesia en todos los idiomas imaginables. La tumba en sí se encontraba bajo la gran cúpula; la sala era una rotonda con columnas. En el centro había una pequeña capilla, la entrada a la tumba de Cristo, como una pequeña iglesia dentro de otra grande. Era impresionante estar allí. Eva se sentía diminuta en esta enorme iglesia. La tumba misma estaba bajo tierra. La fila para entrar era tan larga que solo pudo admirarla desde fuera.

—La iglesia necesita urgentemente una renovación, pero debido a disputas internas no pasa mucho —comentó Ben con pesar.

Entraron en la pequeña capilla, donde olía fuertemente a incienso porque allí se habían quemado muchas velas de incienso. Por todas partes había papeles con deseos y fieles rezando. Eva sintió el deseo de encender también una vela. Después de hacerlo, no se le ocurrió otra oración que el Padrenuestro, así que lo rezó junto a otros fieles que quizás estaban recitando la misma oración en diferentes idiomas.

—En el pasado, la iglesia fue destruida muchas veces —contó Ben cuando volvieron al espacio interior más grande—. Sin embargo, los muros exteriores siempre se mantuvieron en pie.

Eva miró hacia arriba, hacia la cúpula por donde entraba la luz del sol. La idea de un poder superior, un Dios, era muy real aquí. En casa, estas historias eran para ella cuentos de la infancia, pero en este lugar ya no estaba tan segura de que no existiera un Dios.

Cuando salieron, Ben dijo:

—Ven, ahora vamos a mi lugar turístico favorito: ¡Getsemaní!

El Jardín de Getsemaní se encontraba fuera de las murallas de la ciudad, bajando la colina. Era una gran área con árboles y una iglesia baja y ancha en el centro. Tres grandes columnas adornaban la entrada. La iglesia se integraba maravillosamente entre los majestuosos olivos. Sus troncos tenían hasta un metro de ancho en algunos casos, la tierra a su alrededor era marrón, bordeada de flores y pequeñas piedras que formaban rectángulos. Senderos de guijarros blancos invitaban a pasear y meditar.

—Algunos de estos árboles probablemente tienen dos mil años. Quién sabe, tal vez ya estaban aquí cuando Jesús rezó, poco antes de su arresto. Si pudieran hablar, ¿qué historias contarían?

—Serías un maravilloso guía turístico —dijo Eva—. ¿Todos los israelíes saben tanto sobre los lugares cristianos en Jerusalén como tú?

Sonriendo, respondió:

—Me has pillado. De hecho, durante un tiempo me gané un dinero extra como guía turístico.

Eva dijo guiñando un ojo:

—Entonces he elegido al acompañante de viaje adecuado.

El jardín era hermoso y emanaba una tranquilidad especial. Eva se sentía extraña, no podía describirlo exactamente, sentimental, vulnerable.

—Ben, ¿podemos quedarnos aquí un rato? —preguntó.

Él asintió.

—No he prometido demasiado.

Eva sintió de repente la necesidad de reconsiderar su vida. Miró a Ben, que parecía sentir cómo se encontraba ella.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo él.

Dieron un paseo por el jardín, echaron un vistazo a la iglesia y finalmente se sentaron en un banco cerca de los olivos. Aunque

también aquí había muchos turistas, no molestaban, pues apenas hablaban y parecían sobrecogidos con reverencia. Tal vez sentían lo mismo que Eva.

No quería rezar de nuevo el Padrenuestro, pero no se le ocurría nada más. Por eso, intentó una formulación libre: "Querido Dios, por favor cuida de mí y de mis seres queridos". Luchó por encontrar las palabras adecuadas. "Y ayuda a Grete. Tú sabes mejor lo que necesita para encontrar su paz".

Eva estaba tan contenta de que Ben estuviera con ella. Cuando lo miró, sintió calor en su corazón. Se sentía cerca de él y experimentó el deseo de estar en sus brazos. Sin embargo, no lo dijo, en su lugar sonrió y explicó:

—En esta ciudad hasta un ateo se vuelve creyente.

Ben se rió y dijo:

—Eso no es nada inusual. Mucha gente que normalmente no tiene nada que ver con Dios viene a Jerusalén y se ve abrumada por tanta religión. Suele empezar de forma muy inocente, rezan más, reconsideran sus vidas, se adhieren a una religión. A menudo vienen en grupos organizados de viaje, pero se separan de ellos, se quedan más tiempo, cambian su apariencia, tienen la sensación de que la religión o Dios es real. Incluso hay quienes creen ser un personaje importante de la Biblia, como Moisés o Pablo.

Eva se rió y dijo:

—Claro.

—En serio. Incluso hay una sección en el hospital Kfar Shaul para estas personas. Se llama a este trastorno psicológico el Síndrome de Jerusalén.

—Espero no contraerlo, aunque me quede aquí unos minutos más —dijo Eva fingiendo miedo.

—¡Seguro que no! —dijo Ben—. Tienes los pies bien plantados en la tierra.

Eva apoyó su cabeza en el hombro de él y por un momento guardaron silencio.

—Podría imaginarme viviendo aquí —suspiró de repente.

Ben la miró sorprendido.

—¿En serio? ¿O es el Síndrome de Jerusalén?

Ella se encogió de hombros.

En el viaje de regreso, sonó el teléfono de Eva. Daniel quería saber cuándo volverían para poder reservar la mesa en el restaurante.

Eva miró a Ben interrogante.

—Estaremos allí en tres cuartos de hora.

Eva repitió las palabras de Ben por teléfono y se despidió.

—Creo que le gustas —dijo Ben.

—Puede ser —respondió Eva brevemente, aunque sabía que Ben esperaba más.

Pasaron el resto del viaje de vuelta en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Era extraño, hasta hace poco solo salía a comer con sus amigas y ahora tenía dos citas en un día con hombres atractivos. Eva tuvo que admitir que disfrutaba de la repentina atención desde varios frentes. ¿O Daniel solo estaba siendo amable e interesado en la historia de sus antepasados?

CAPÍTULO 30

Después de despedirse de Ben, Eva se arregló. Se puso el único vestido que había empacado y bajó. Daniel estaba sentado en el sofá de la sala de estar. Hojeaba un periódico y se pasaba la mano por sus rizos una y otra vez para que no le cayeran sobre la cara. Eva lo observó. Era bastante atractivo, tenía que admitirlo: el cabello rubio oscuro, la barbilla marcada.

—Estoy lista —dijo Eva en voz baja. Rahel no estaba, probablemente también se estaba cambiando.

Él levantó la vista, dejó el periódico a un lado y se puso de pie.

—Bien. Entonces vámonos.

—Pero ¿dónde está tu madre?

—Lamentablemente no puede venir.

Eva lo miró sorprendida.

—Espero que no estés muy decepcionada. Prometo que me comportaré de manera ejemplar en la mesa.

Eva recordó sus reflexiones durante el viaje de regreso. ¿Acaso Daniel estaba interesado en ella y su madre había inventado deliberadamente una excusa para que pudieran cenar solos? ¿Y qué significaba eso para ella?

Fueron en taxi a un restaurante ubicado justo en la playa. Ya no quedaba nada de la tranquilidad de la tarde anterior. El paseo marítimo se había convertido en una pasarela de exhibición para los

hermosos y los amantes de la vida nocturna, y Eva se sentía completamente fuera de lugar.

Daniel pareció notarlo y dijo:

—Te ves maravillosa.

—Pero me siento como el patito feo ahora mismo.

Él sonrió.

—Si alguna vez fuiste el patito feo, ahora eres el hermoso cisne.

Ella soltó una risita y se dio cuenta de lo cómoda que se sentía. La compañía de Daniel le hacía bien. Era tan maravillosamente sencillo.

La camarera del restaurante parecía conocerlo, al menos los dos se saludaron calurosamente y la mujer los condujo a una mesa junto a la ventana con vista al mar. Llevaba un traje pantalón negro, tenía el cabello recogido en un moño ajustado y lucía muy profesional.

—Mi restaurante favorito —dijo él—. Y mi lugar favorito.

Eva admiró su entorno. Era fácil reconocer que se trataba de un restaurante de alto nivel. La decoración era minimalista, muebles en tonos grises y beige, entre los cuales había costosas esculturas hechas de la misma piedra con la que se construían los edificios en Jerusalén.

—¿Tuviste un día lleno de turismo con Ben? —preguntó Daniel.

—¡Jerusalén es hermosa!

—Mañana me encargo yo del recorrido turístico —dijo—. Tienes que ir al Mar de Galilea sin falta. ¿O prefieres ir al Mar Muerto?

—Creo que tendré que pensarlo. Muchas gracias en todo caso.

La camarera volvió a su mesa para tomar el pedido.

Después de que Daniel eligió un vino tinto, confesó:

—Si soy sincero, prefiero los vinos españoles a los israelíes.

Eva respondió sonriendo:

—Ah, yo no sé mucho de vinos. Juzgo según *Mmm, me gusta o Puaaj, no me gusta*.

—¿Entonces según el sentido común?

Ella sonrió y Daniel continuó:

—Si te gusta la comida internacional, estás en el lugar correcto en Israel. Debido a todos los inmigrantes de todo el mundo, nuestra cocina es extremadamente diversa. Probablemente no exista una

cocina israelí genuina, tiene influencias de Europa del Este, orientales, sudamericanas y asiáticas.

—Y árabes, si creemos a nuestro vendedor de kebab. En cualquier caso, hoy comí el mejor falafel del mundo. Veamos si la comida de aquí puede competir.

Él se rio y respondió:

—Es un buen comienzo, pero aquí probaremos con pescado, si te parece.

—Con mucho gusto.

Daniel esperó hasta que llegó la camarera y pidió dos platos del día.

Eva expresó con entusiasmo:

—Solo llevo dos días aquí, pero ya estoy totalmente encantada con Israel.

Daniel asintió amablemente, pero su expresión era seria. Eva no podía interpretarla bien. ¿Acaso le preocupaba que le gustara tanto aquí por Ben?

—Esta tarde incluso jugué brevemente con la idea de mudarme aquí —añadió.

—¿Qué?

—Sí. ¿Por qué no arriesgarse a algo nuevo? Para ser honesta, ahora mismo estoy un poco estancada en mi vida en Alemania. Y siempre quise pasar un tiempo en el extranjero. ¿Es fácil emigrar a Israel?

—Depende. Las regulaciones de inmigración aquí son muy complejas. Puedo recomendarte un abogado que se especializa en este campo si quieres. Básicamente, hay reglas claras para la *aliyá*, la inmigración judía a Israel. Hasta donde sé, es muy difícil para los no judíos obtener un permiso de residencia permanente.

—Podría empezar a estudiar.

—Por ejemplo. O casarte con un israelí... —dijo y la miró con desconfianza.

—Solo era una idea —dijo ella rápidamente y se rio.

Él pareció aliviado.

—No sé qué hacer con Grete, que es la verdadera razón de mi viaje —suspiró Eva.

Daniel reflexionó:

—No hay muchas opciones. La pregunta es, ¿qué ayudaría a Grete en su situación?

—Saber que ha sido perdonada.

—Entonces díselo.

—¿Me creería? Tal vez debería escribir una carta. Pero quizás se daría cuenta de que no es de su prima Eva...

Él se encogió de hombros.

—Parece que es muy importante para ti que Grete pueda morir en paz.

Eva asintió. Simplemente le agradaba la anciana y pensaba que ya había sufrido lo suficiente. Durante todo el día no había pensado en Grete. Se preguntó cuánto tiempo le quedaría de vida.

—Probablemente sería bueno que volviera lo antes posible. De alguna manera me siento culpable. Mientras ella está en el hospital, yo estoy disfrutando de la vida.

—Seguro que a Grete no le importaría —objetó Daniel.

Eva se encogió de hombros. Sentía cierta obligación hacia la anciana. ¿Realmente no importaba si disfrutaba sus días libres aquí, aunque tuviera la información que podría darle paz a Grete?

Cuando llegó el aperitivo, se distrajo por un momento. Daniel le contó un poco más sobre Israel. Le caía muy bien, era culto y se comportaba como un verdadero caballero. De repente, sonó el teléfono de Eva.

—Mi padre —murmuró después de mirar la pantalla—. ¿Qué querrá?

Ignoró la llamada y decidió enviarle un mensaje más tarde. Pero cuando su padre llamó por segunda vez, contestó. ¡Esperaba que no le hubiera pasado nada a Grete!

—Eva, ¿por qué no contestas? ¡Estamos preocupados! —exclamó su madre, sin siquiera decir hola.

—Es muy caro hacer llamadas desde el extranjero.

—¡Has recibido una carta! —interrumpió su padre—. De un importante semanario de Hamburgo, te ofrecen una entrevista para una pasantía.

—¿En serio?

—Eso es lo que dice.

—¿Habéis abierto mi correo?

—Teníamos que hacerlo, tú no estás aquí.

—¡No nos habías contado que te habías postulado allí! —exclamó su madre.

—No lo hice.

—Aquí dice algo sobre una recomendación —dijo su padre—. Y que han leído algo tuyo y están muy ansiosos por conocerte.

Eva pensó en Luca. ¿Acaso la había recomendado?

Después de colgar, Daniel la miró con los ojos muy abiertos. — ¿Y?

—He recibido una invitación para una genial oferta de trabajo en Hamburgo.

—Felicidades.

—Bueno, de momento solo es una entrevista. Pero el trabajo sería increíble. La invitación llegó hoy por correo.

—Bastante anticuado.

—Sí, ¿verdad? —Se rio.

Daniel pidió champán para celebrar y brindaron. —Así que parece que no te mudarás a Israel después de todo —comentó.

Sus pensamientos se desviaron hacia Ben. Daniel pareció adivinarlo.

—No deberías hacerte muchas ilusiones con Ben —dijo—. Él solo se casará con una judía practicante. —Sus palabras le dolieron—. Seguramente tiene sentimientos por ti, pero tendría que luchar contra su familia. Y luchar contra una madre judía es imposible.

¿Tendría razón? Eva se debatía entre la alegría y la tristeza. Probablemente lo de Ben solo fuera un sueño. Y ahora llegaba esta oferta de trabajo de Hamburgo. Eso era definitivamente más prometedor que la idea de trabajar en el campo con Ben.

Apartó estos pensamientos y charló con Daniel sobre esto y aquello. Justo cuando estaban con el postre, su teléfono volvió a sonar. Era su madre.

—Eva, cariño. El hospital acaba de llamarme. Grete está mal, los médicos no saben cuánto tiempo le queda de vida. Quien quiera despedirse de ella puede ir al hospital en cualquier momento.

—Tengo que cambiar mi vuelo urgentemente —le explicó Eva a Daniel después de colgar—. Quiero ver a Grete antes de que muera.

—Veré qué se puede hacer.

Por suerte, Daniel tenía la tarjeta Senador y pudo cambiar el vuelo para el día siguiente sin grandes costos adicionales.

Por la mañana, fueron juntos al aeropuerto. Después del control de seguridad, fueron a la sala VIP; Daniel pudo llevarla como su acompañante. Aunque Eva le había enviado un mensaje a Ben informándole sobre su partida, él aún no había respondido. Algo triste por no haber podido despedirse de él, se sentó en su silla y miró al vacío en silencio. Finalmente, se levantó para buscar un café. En ese momento, una señora de la aerolínea se acercó y le pidió que la acompañara.

Daniel preguntó sorprendido: —¿Pasa algo?

—No, solo un control de seguridad adicional —respondió la señora.

Eva lo miró insegura. Pero Daniel se encogió de hombros.

—Los controles de seguridad en Israel son muy estrictos. Pero no te preocupes, no te pasará nada —dijo.

La señora llevó a Eva a una habitación sin ventanas y la dejó allí sola. Se sentía inquieta. ¿Qué querían de ella? ¿Había hecho algo sospechoso?

Entonces la puerta se abrió y, para su sorpresa, entró Ben.

—¿Qué haces aquí? —exclamó sorprendida.

—No podía dejarte ir así sin más —respondió.

—Tengo que volver, Grete se está muriendo.

—Eso escribiste, y aun así sonaba definitivo. Como si no quisieras volver.

—Bueno, ayer también recibí una invitación a Hamburgo. Se trata de un trabajo genial.

—Vale...

—¿Has venido hasta aquí solo para despedirte?

Asintió. —Tengo amigos que trabajan aquí.

—Pensé que me iban a encerrar o que Mossad quería interrogarme.

Ben se rio. —No, solo yo.

Ella se encogió de hombros. Ahora que lo tenía frente a ella de nuevo, se sentía insegura. Por un momento, ninguno de los dos dijo nada.

Entonces Eva dio el primer paso y dijo: —Bueno, gracias de nuevo por el hermoso día de ayer.

Ben miró al suelo, luego la miró de nuevo. Eva tuvo la sensación de que estaba reuniendo todo su coraje.

—Eva, intentémoslo.

—Ben, hay tantas cosas que simplemente no encajan.

—Lo sé. Pero al mismo tiempo, también sé que la vida es más hermosa cuando estás cerca.

Sus palabras la conmovieron y lo abrazó. Él la sostuvo fuerte y la besó. Justo en ese momento, la señora de la aerolínea entró en la habitación: —Tiene que ir a la puerta de embarque, su vuelo sale en breve.

—Tengo que irme —dijo Eva con pesar.

—Danos una oportunidad —pidió Ben.

—Necesito tiempo para pensar —respondió ella.

Desde afuera escuchó el anuncio de que su avión estaba listo para el embarque. Se dirigió hacia la puerta, pero luego se dio la vuelta, regresó a Ben y lo besó.

Cuando llegó a la puerta de embarque, Daniel ya estaba esperando impaciente. Decidió no decirle la verdad y dejarlo creer que realmente había sido un control de seguridad.

Aterrizaron puntualmente en Basilea y aunque Daniel le ofreció llevarla en su coche a Heidelberg, ella se negó. Ya había abusado demasiado de su hospitalidad. Además, tenía claro que él estaba interesado en ella y que no hacía todo esto solo por pura caridad. Él la había ayudado increíblemente en los últimos días y ella no quería darle falsas esperanzas. Por eso, solo dejó que la llevara a la estación de tren.

Al despedirse, le agradeció profusamente y prometió la mejor hospitalidad si alguna vez él visitaba Heidelberg. Era un hombre maravilloso, eso estaba fuera de duda.

Al llegar a la estación central de Mannheim, Eva tomó directamente la línea 5 del tranvía, que la llevó a Heidelberg y luego

al hospital. Su madre le había dicho por teléfono que el estado de Grete había empeorado aún más. Nadie podía decir si sobreviviría el día.

Al llegar al hospital, Eva entró en pánico. ¿Cómo iba a explicarle todo esto a Grete? Se sentía abrumada por la situación y lo que más deseaba era salir corriendo. Su mano ya estaba en el pomo de la puerta, pero le faltaba el valor para girarlo.

De repente, otra mano se posó sobre la suya y la ayudó a abrir la puerta. Conocía esa mano, ese olor. Era Ben. Eva no estaba segura de si estaba alucinando y se dio la vuelta como en trance.

—¿Qué haces aquí? ¿Y cómo has llegado? —tartamudeó.

—En avión hasta Frankfurt y de allí en tren. Pero eso te lo cuento luego —dijo Ben—. Ahora primero te ayudo a terminar este capítulo. ¿Pensabas que no querría despedirme también de Grete?

Entraron juntos en la habitación. El aire estaba viciado. La cama de Grete estaba junto a la ventana. Parecía frágil y agotada, y tenía los ojos cerrados. Ben esperó a que Eva la despertara. Ella no sabía cómo hacerlo. Pero la presencia de Ben le dio fuerzas. No estaba sola y su miedo se desvaneció. Acarició la mejilla hundida de Grete. En ese momento, la anciana abrió los ojos. Le llevó tiempo reconocer quién estaba frente a ella.

—Eva y Emil. ¿Sois vosotros? —dijo tan bajo que Eva apenas pudo oírla—. ¿Ha llegado por fin el momento de volver a veros?

Ben se encargó de hablar: —Ha llegado el momento, Grete.

—¿Podréis perdonarme alguna vez?

—Lo hicimos hace mucho tiempo, Grete, hace mucho tiempo —respondió él.

El rostro de Grete cambió. —Toda mi vida he lamentado y sufrido por mi estupidez, de verdad.

—Lo sabemos, Grete. Ya no tienes que cargar con ese peso. Ambos tuvimos una buena vida, los últimos quince años incluso juntos en Israel —dijo Eva.

A Grete le corrían las lágrimas y Ben la besó en la frente. Eva lo miró sorprendida. Grete no podía dejar de llorar y Ben le acariciaba la mejilla.

—Soy tan feliz —dijo entre lágrimas.

—Te queremos, Grete —dijo Ben—. Fuiste nuestra mejor amiga.

La anciana suspiró aliviada, cerró los ojos y se volvió a dormir. Su rostro parecía ahora más relajado.

Unas cuantas veces más abrió brevemente los ojos, pero parecía estar solo semiconsciente. Murmuró algo que ninguno de los dos entendió. Ben sostenía la mano de Eva mientras ella acariciaba suavemente el brazo de Grete.

En algún momento, la enfermera les pidió que salieran de la habitación. Exhaustos, fueron a la sala de espera y se sirvieron algo de beber. Apenas hablaban entre ellos, solo esperaban tener noticias de Grete. Tal vez quisiera hablar con ellos una vez más.

El señor Beier llegó con una mujer de unos sesenta años y se la presentó como su esposa. Luego, la pareja fue a ver a Grete y se sentó junto a su cama. Ya entrada la noche —Eva y Ben se habían quedado dormidos en la sala de espera—, el señor Beier vino a decirles que Grete se había dormido pacíficamente.

Eva sollozó y los ojos de Ben se llenaron de lágrimas.

EPÍLOGO

Al funeral asistieron más personas de las que Eva habría esperado. Además del matrimonio Beier, estaban presentes los padres de Eva, Ben con su padre y Daniel con su madre. El párroco dijo unas palabras y el señor Beier contó todo lo que Grete había hecho por su madre.

—Sin la tía Grete, mi madre se habría marchitado en un orfanato. Las condiciones en aquel entonces eran devastadoras, había mucha violencia y poco amor. La historia de la tía Grete era en muchos aspectos completamente normal para aquella época. Muchas mujeres permanecían solteras porque tantos hombres habían muerto en la guerra. Pero la tía Grete no se amargó por eso, sino que intentó ayudar a otros. No necesitaba un don especial para hacer el bien. Simplemente veía la necesidad y hacía lo que podía —tenía lágrimas en los ojos—. Por eso mi familia le estará eternamente agradecida.

Su esposa le rodeó con el brazo y él asintió hacia Eva. Le había pedido que también dijera algo sobre Grete.

—Grete era una persona especial, estaba dispuesta a aprender de sus errores y a asumir las consecuencias. Era capaz de amar, pero también de odiar. Sin embargo, comprendió rápidamente que el odio no es una solución. Amó a muchas personas y las apoyó.

Persiguió la paz interior durante mucho tiempo y la encontró poco antes de su muerte —al decir estas palabras, Eva miró a Ben.

—Gracias a todos por estar aquí y por haber estado con ella. Gracias a ustedes, no estuvo sola en sus últimos días y horas —dijo el señor Beier con voz quebrada.

Después del discurso, Grete fue enterrada junto a sus padres. Eva no estaba triste por su muerte, sino aliviada y feliz de que la anciana hubiera encontrado su paz y de que al menos un pequeño grupo de personas se hubiera reunido para rendirle un último homenaje.

Su mirada recorrió a los dolientes. Allí estaba Karl Beier, cuya madre había tenido una hermosa infancia y juventud gracias al compromiso de Grete después de la muerte de sus padres. Daniel, de quien se preguntaba si estaría enojado o decepcionado con ella. Y finalmente Ben. Él era importante para ella y, sin embargo, tenía claro que había mucho en juego. ¿Qué pasaría si las cosas no funcionaban entre ellos? ¿Qué pasaría si los muros entre ellos eran demasiado altos? Una relación con Daniel quizás sería más fácil, pero cuando miraba a Ben, su corazón se calentaba. Con él se sentía en casa.

En ese momento, Ben la miró y con su sonrisa las mariposas revolotearon en su estómago.

Después de que cada uno arrojara una rosa blanca sobre la tumba, el señor Beier quiso invitarlos a tomar café y comer pastel, pero Eva odiaba ese tipo de reuniones y se negó.

Cuando se habían despedido y caminaban lentamente por el sendero, Ben tomó la mano de Eva y jugó con sus dedos. Luego le dio un beso en la frente. Ella cerró los ojos y se sintió ligera como un pájaro. Él la miró a los ojos y Eva sonrió.

—Quiero intentarlo —dijo ella.

¿Cómo podía ser de otra manera? Este hombre había volado tras ella, había estado ahí cuando lo necesitaba. Para ella, esa era una señal clara de que quería intentar todo para tener una relación con él. Sostuvo su rostro con ambas manos y le dio un largo beso.